

VENIDA SIN PASO

Narrativas fronterizas desde nuestra América.

Yolanda Alfaro - Roxana Rodríguez

(Coord.)

Este libro es el producto de una colaboración entre el Grupo de Trabajo CLACSO “Fronteras: movilidades identidades y comercios” y el Grupo de Investigación de Estudios Fronterizos de la UACM, en el marco del Seminario Permanente de Estudios Fronterizos 2021-2022.

ÍNDICE

Presentación

Grupo de Investigación de Estudios Fronterizos
GT Fronteras: movilidades, identidades y comercios

Prólogo

Claudia Guerra

Pasajera en tránsito

Yolanda Alfaro

De cómo me torné habitante fronteriza

Yulliam Moncada

Chilanga fronteriza

Lucía Cristina Ortiz Domínguez

Nosotros__nós os Outros

Militza Perez Velázquez

Weird female

Andrea Itzel Padilla Mireles

Los bordes, los huecos

Federica Ambra Psaila

Evacuación

Omar Vargas

El puente quebrado

Gabriela Pinillos

La jodida se las llevaba y no se oía nada

Patricia Ramos

Transgresiones

Alethia González

Linaje de *peanut butter* y otras historias

Carolina Aguilar Román

PRESENTACIÓN

El grupo de investigación Estudios Fronterizos de la UACM se ha dedicado a estudiar las zonas de convivencia fronteriza internas, nacionales, binacionales, regionales y transcontinentales de forma comparativa e interdisciplinar, mediante el modelo epistemológico de la frontera (Rodríguez, 2020¹), basado en el desarrollo de categorías conceptuales que dan cuenta de las prácticas transnacionales, transculturales y transfronteriza de las comunidades fronterizas (incluso las que se encuentran en limbo administrativo), de las comunidades receptoras de migrantes y refugiados, y de las personas en tránsito. Los objetivos del grupo se dirigen a plantear supuestos epistemológicos (especialmente vinculados a modelos de sociedad) desde la ontología social que sirvan de guía en la redacción de políticas fronterizas, políticas culturales, políticas migratorias y políticas de justicia distributiva-recreativa, aplicables a las zonas de convivencia fronteriza, así como a los lugares de mayor índice de migración y de mayor recepción y tránsito de migrantes y refugiados. Desde sus inicios en 2010, el Grupo de Estudios Fronterizos participa en diferentes proyectos en alianza estratégica con instituciones e investigadoras nacionales e internacionales y ha participado en convenios de intercambio con universidades como la Autónoma de Barcelona (2015-2019).

El Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios, por su parte, inició en 2019 como un espacio para compartir los insumos, hallazgos y resultados de las investigaciones que realizan sus integrantes sobre las movilidades transfronterizas, las identidades puestas en juego en situaciones de frontera (material o simbólica) y también las mercancías que transitan entre mercados transfronterizos. Tras dos años de impulsar diferentes actividades de debate y discusión, también se presenta como un espacio para repensar y reinventar narrativas sobre las fronteras desde la perspectiva de los Estudios Críticos de Fronteras.

La colaboración de ambos grupos ha sido particularmente enriquecedora y los resultados han quedado plasmados en la publicación de dos números del boletín (Trans)Fronteriza: “Hospitalidad en época de covid: Propuestas para pensar las fronteras, los tránsitos, los confinamientos” (2021) y “De-maternidades, movilidad y fronteras” (2022). Ambas publicaciones son resultado del trabajo de discusión, análisis y reflexión realizado en el Seminario Permanente de Estudios Fronterizos (SPEF), como lo es también este libro: *Venida sin paso. Narrativas fronterizas desde nuestra América*.

El diseño, redacción y edición de este libro estuvo dividido en dos momentos. El primero consistió en la organización del “Taller de Narrativas Fronterizas Latinoamericanas” por parte de Estudios Fronterizos; el segundo en la organización del Seminario Permanente de Estudios Fronterizos (2021-2022). En ambos casos se privilegió la necesidad de ampliar la perspectiva de análisis de los estudios de fronteras y los estudios de migración, pasando de lo meramente sociológico, demográfico, antropológico, a integrar en sus metodologías la teoría literaria, los estudios culturales, la autoetnografía, de la mano de apuestas

epistemológicas que incluyan lo que algunos autores han denominado el “giro ontológico”, la estética, la ética, el derecho y la política.

El reto creativo consistió en deconstruir las fronteras geográficas, históricas, culturales, idiomáticas, íntimas, emocionales, de género, desde y a través de los relatos fronterizos de investigadoras/es de las fronteras. El resultado de dicha escritura fue proponer una obra colectiva que proyectara paisajes de otras fronteras; aquellas que no se ven, pero que existen. Esas fronteras que hablan de tensiones y de resonancias que emergen del lugar del narrador/a-investigador/a (conocimiento situado).

La experiencia de escribir un texto sobre fronteras desde la escritura creativa resultó un reto para todas, dado que la formación académica de las asistentes estaba ya muy estructurada y aprehendida. Se buscaron perfiles diversos, aunque el común denominador entre las participantes fue el vínculo educativo con alguna rama de las Ciencias Sociales, lo que permitió una comunicación fluida sobre las fronteras que atraviesan el quehacer académico. Contar con un espacio de diálogo e intercambio de preocupaciones se convirtió en una ruta para comenzar a soltar las ideas, propuestas y conocimientos.

Romper con los esquemas de la escritura provocó incertidumbre y falta de claridad desde el inicio del Seminario. Disponer de palabras sin guía, sin una lógica de escritura específica se volvió a ratos imposible. Fue entonces que nos dimos cuenta cómo el pensamiento sujeto a la lógica inhibe las ideas. Escribir en modo maquila es a lo que estamos acostumbradas: el mismo formato, la misma lógica argumentativa, con números, citas, y otros elementos que borran la personalidad y la forma en que se interpreta la realidad. De pronto, el producto final se convierte en uno más dentro del mar de documentos académicos. Escribir distinto se volvió un oficio, un trabajo de artesanía. Después de varios intentos la voz (personal y colectiva) se dejó escuchar, llegó la relajación y el entusiasmo de compartir lo que se empezaba a narrar en una polifonía de voces fronterizas. Finalmente, cada una se descubrió como escritora, no solo como académica.

Venida sin paso es dejar reposar la racionalidad académica. Abrir la memoria, el cuerpo y la emociones para hablar de las fronteras que nos han cruzado en diferentes momentos y de varias maneras en el trabajo de campo, en el aula, en la escritura, en las lecturas o en el simple transcurrir de la vida cotidiana. Venida sin paso es el ejercicio que nos permitió construir la narrativa de este libro que hoy les presentamos. Un trabajo íntimo, sin lugar a dudas. Venida sin paso es aquello que recuperamos de la deconstrucción: la imposibilidad de escribir aporéticamente, como nos lo muestra Jacques Derrida en repetidas ocasiones, como lo son también las fronteras. Una escritura ética que da cuenta de lo otro en corresponsabilidad con quién escribe.

En retrospectiva, nuestro propósito no solo fue alcanzado, sino superado en sus expectativas iniciales. Logramos crear una obra con las experiencias fronterizas de quienes habitamos, estudiamos o investigamos las fronteras, y también confeccionar una obra que desde y a través de relatos autobiográficos pone en debate la ontología de las fronteras.

Antes del punto final, gracias a Claudia Guerra por dejarse seducir con nuestras palabras. Su amorosa lectura periodística y sus indispensables aportaciones en el proceso de edición han hecho realidad un proyecto que concluye aquí, en mayo del año dos mil veinte dos.

Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios
Grupo de Estudios Fronterizos

PRÓLOGO

Los ensayos académicos suelen tener información dura y estructurada. Siguen una lógica de datos, estadísticas y citas de otros investigadores para reforzar las tesis que salen a la luz después de un agudo trabajo intelectual. También son generalmente neutros. Escasean las emociones que hagan al corazón encogerse, alegrarse o rabiar. Es un electrocardiograma que va en línea recta. Partimos de A para llegar a B. No hay giros ni sobresaltos que mantengan el azoro, solo la lógica impecable. El nuevo conocimiento exige lectores atentos, conocedores y disciplinados para llegar a la meta. Esa es su naturaleza.

Los escritos de *Venida sin paso* se salen de la norma para ver las divisiones geográficas con otras miradas. Nos llaman a quitarnos los zapatos de tacón o la corbata y soltarnos. Sus autores son especialistas en fronteras, ciudadanía, migración, género, políticas del afecto, racismo, centros de detención, deportación, retorno, entre otras líneas de investigación, pero hablan aquí desde otro lugar: desde ellas y ellos como seres que viven los fenómenos que describen. Se sitúan, como el monito naranja del Street View de Google Maps, a nivel de calle.

En *Pasajera en Tránsito*, Yolanda se quita su título de socióloga y doctora en estudios del desarrollo y nos transmite las ansiedades y angustias de moverse por aeropuertos en época de pandemia. Nos obliga a detenernos y preguntarnos: ¿qué tanto hemos cambiado?, ¿retornamos siendo las mismas personas o ya somos otras? Y nos deja las preguntas en el aire, sabiendo que no hay una respuesta posible.

Como buena periodista, desde el asombro y la honestidad Yulliam muestra las aparentes incongruencias y surrealismos, sus frustraciones y transformaciones personales como habitante de una sorprendente triple frontera: Foz do Iguazu, Brasil; Puerto Iguazú, Argentina, y Ciudad del Este, Paraguay.

Y también está Lucía, investigadora postdoctoral reconoce sus transformaciones. Nos dice que es chilanga, pero también es fronteriza porque no solo nació en Nuevo Laredo: confiesa que de niña iba al mol y volvía al DeEfe con ropa gringa y tenis naik... y aparte, vivió en Tijuana y, como ella misma escribe: “habitar Tijuana transforma”.

La caraqueña Militza estudió en su maestría la movilidad forzada de venezolanos al Brasil. Ella abre sus sentimientos para contarnos el miedo y el desamparo, así como la determinación de ella y tantos miles más para no sucumbir al peligro y la oscuridad en el cruce de esa frontera.

Andrea es antropóloga social y doctora en sociología, pero aquí entre nos es *Weird female*, como le dijo el *officer* gringo cuando fue detenida con otros amigos como sospechosa de un crimen en su primera incursión al gabacho. Ese acontecimiento la hizo reflexionar en las múltiples fronteras que la cruzan.

Entre los barrios de São Paulo, Federica, doctoranda en política internacional, vivió su primera Navidad tropical, llena de calor y de personajes alegres y conmovedores que le enseñaron a sambar y a dejar fuera los prejuicios.

Pródiga en descripciones y atractivos personajes, la narración de Omar, doctorante con estudios de migración y fronteras, nos mete de lleno en el mundo del cultivo de la mariguana, y los dramas y sinsabores de ser *trimmigrants* en California, donde además de la ley te enfrentas a los incendios forestales.

Gabriela, investigadora postdoctoral, describe un hecho desolador: el puente que tantas veces cruzó para estudiar en la frontera Colombia-Venezuela desapareció poco a poco, a la vista de todos. De ser puente se convirtió en muro. Todo cambió y ella también. Lo que permanece, sin embargo, es el flujo de migrantes, que abrió nuevos caminos.

Patricia, periodista y doctora en ciencias sociales y política, visibiliza otra realidad: le pone nombre a los feminicidios que ocurren en la provincia de El Oro, en la frontera sur de Ecuador. La capital bananera del mundo, explica, exporta esta fruta manchada de sangre e impunidad.

Alethia deja de lado también su piso académico como doctora en sociología para narrar, desde su rabia e impotencia, las atrocidades e injusticias que enfrentan quienes son deportados y se cuestiona y nos cuestiona: ¿Cómo académicos, hay que mantenerse lejanos o hay que traspasar la línea para resistir y transgredir?

Y at last but not least, las historias de Carolina, candidata a doctora en ciencias sociales y activista, atraen por su originalidad: desde la familia atrapada en el cable hasta el linaje al que orgullosamente pertenece de *peanut butter* y que habla de sus ancestros, sus migraciones, su maternaje y su sueño de un mundo sin fronteras.

Hermanados por el género periodístico de la crónica, que observa, describe e interpreta hechos, estos escritos nos ofrecen en un lenguaje literario y personal un mosaico de las fronteras que, aunque por momentos parecen ser ficción, son tan reales como sus autores.

Claudia Guerra

PASAJERA EN TRÁNSITO

Yolanda Alfaro

Hace una semana que no logro dormir bien. Desde que me tomaron la prueba no puedo dejar la sensación de asco. No aguanto el tedio, el vacío, el silencio, la pesadumbre, la desazón. Pienso en la mujer detrás del mostrador. Recuerdo el blanco impactante de su cabello. Su mirada fija. Su voz porteña preguntándome: ¿Necesitás ayuda?

La prueba consiste en detectar material genético del virus. El procedimiento consiste en dividir la prueba en cincuenta unidades para someterlas a diferentes temperaturas y así identificar si el virus está activo. Mientras más lejano de la unidad cincuenta se manifieste el virus, más activo está en su cuerpo. Mientras más cercano de la unidad cincuenta aparezca significa que el virus ya no está en estado activo. Como podés ver, vos estás en el nivel cuarenta y nueve, prácticamente de salida. Aun así ¿no puedo viajar mañana?, le pregunto. Formalmente no, me responde y me hace un guiño.

Son las cinco de la tarde.

Algo me perturba en estas calles.

Parece mentira que sean el mismo lugar por el que caminé a diario durante años, esquivando a la gente, a los perros, a las bicicletas. Todo está de alguna manera cambiado. Aunque el semáforo se ha puesto *naranjaverdoso* la ciudad no supera la sensación de duelo. Todavía se siente la catástrofe que fue para los *Godínez* quitarles la cotidianidad del Paseo de Reforma. Hace mucho que no me detenía a ver de frente al Ángel de la Independencia. Había olvidado que es de color dorado ¿Cuándo habré dejado de ser turista en esta ciudad? No hay ni un solo carro en el cruce de Río Tíbet y Florencia. Los pocos transeúntes evitan incluso el contacto visual. Todos vemos miedo en los ojos de los otros. Caminamos con precaución, como si de pronto el silencio desapareciera y el tráfico de automóviles nos envolviera en el caos habitual. ¡Una pesadilla!

Quiero huir de este caos silencioso.

¿Será tedio?

¿Será aburrimiento?

¿Será depresión?

¿Será melancolía?

¿Será enojo?

¿Será miedo?

Ver mi maleta casi lista esperando ser cerrada me confunde. Todo lo que tengo tiene que caber en una estructura de 55 cm x 35 cm x 25 cm (alto, largo y ancho) y no debe pesar más de 10 kilos. Esta vez, como me enseñó Herta Müller, empaco lo necesario. Muchos buenos recuerdos, pocos regalos con dedicatoria, algunos de mis hilos y agujas para coser, el único libro que releo siempre y los dos títulos que acreditan mis estudios. Con eso la maleta queda llena. Yo, que he hecho el mismo viaje de varias maneras, en otros tiempos, puedo decir que todo lo demás puede seguir esperando.

Otra noche sin dormir.

Faltan dos horas para salir al aeropuerto. Sigo sin entender bien lo que me dijo con aquel guiño. Tengo la cabeza partida. Abro y cierro los ojos, finjo dormir. Mentalmente, en silencio, reviso, por quinta vez, mi pasaporte, mi billetera, las llaves y el celular. Desde la mesa de noche Cristina Peri Rossi me repite deliberadamente: *Soñé que volvía, pero una vez allí tenía miedo y quería irme a cualquier otro lado.*

Antes de cerrar la puerta vuelvo a revisar, mi pasaporte, mi billetera, las llaves y el celular. Tengo miedo de olvidar algo. Con los años, viaje tras viaje, mi angustia se agrava. No puedo ignorar o evitar que mi mente sea corrompida por los más fútiles pensamientos. ¿Y si derramo mis documentos al bajar del taxi? ¿Y si quedo atrapada por el tráfico en plena autopista? ¿Y si asaltan el taxi cuando se detenga en el semáforo rojo, justo en el cruce de Eje Central y Flores Magón?

Aquí estoy, del otro lado de la puerta.

El aeropuerto está irreconocible. No hay nadie en la fila de la aerolínea. Me siento en otro lugar, en uno completamente ajeno a mis recuerdos. La pandemia cambió todo de muchas maneras. Es abrumador caminar por pasillos y escuchar el silencio. En este lugar solo era posible comprar el silencio en las salas VIP.

El silencio me aturde.

¿Por qué una situación de silencio exterior me convoca a una reverberancia de voces? No puedo distinguir entre mi voz y mi pensamiento.

Jamás pensé que echaría tanto de menos descalzarme para pasar por el escáner del control fronterizo. Cruzar por debajo del detector de metales es como atravesar el limbo. ¿Será que por fin puedo dejar atrás la sensación de estar atrapada en el mismo domingo?

Con los nervios en la punta de la lengua, me acerco a la zona de control de documentación. Entrego mis papeles, el código QR de embarque y el certificado de prueba PCR. Desde el cubículo número 7 de migración, la voz de una señorita que parece recién llegada de la luna, resuena con el eco que tienen las preguntas vacías.

¿Cuál es el motivo de su viaje?

¿Qué tipo de trámites?

¿Dónde se va a quedar en su estadía?

¿Sabe que tiene que cumplir 15 días de aislamiento en su domicilio?

Adelante, por favor.

Por unos segundos se me congela el pensamiento. ¿Será que me salté alguno de los pasos de control? ¿La enfermera de cabello blanco tiza y acento porteño tenía razón? ¿Lo único que realmente importa es que en la prueba PCR consten los datos del laboratorio, la fecha y la hora en la que se realizó la prueba?

Desde que tengo memoria siempre he sido una ávida lectora corporal, rápidamente concluyo la razón de los movimientos gestuales. Puedo, incluso, leer el estado de ánimo de una persona por su postura corporal. En la adolescencia leía la borra del café, las líneas de la mano, incluso intenté aprender a leer en braille. Aunque los libros siempre han sido mis favoritos, leyendo cuerpos descubrí muchas cosas, tal vez por eso creí que estudiar sociología era la mejor opción para mí. Pero esta vez fui una lectora lenta y temerosa. Hasta el último minuto dudé de que ese lindo guiño, ese breve instante, fuera el verdadero pase a bordo que necesitaba para cruzar el cerco. A la luz de la razón me era imposible creer que las medidas de emergencia sanitaria solo fueran un trámite burocrático más, igual de inútil que los ya instalados, asumidos, incorporados y normalizados.

Cierro los ojos.

En el asiento del pasillo una señora duerme, parece que con la boca abierta porque cada cinco minutos se escucha cómo traga una bocanada de aire. Llevo mis manos a mi cara, para percatarme de que traigo bien puesto mi barbijo y el escudo facial que estoy obligada a portar mientras sea la pasajera en tránsito perpetuo. La canción de Charly agita mi mente:

Pasajera en trance
Pasajera en tránsito perpetuo
Pasajera en trance
Transitando los lugares ciertos

Me duele el cuerpo, siento que la cabeza me estalla. Parece que tengo temperatura y escalofríos a la vez. Una voz interna me dice, solo es hambre. So-lo-es-ham-bre. Hace más de 20 horas que mi cuerpo no recibe bocado alguno. Faltan alrededor de dos horas más para aterrizar en Lima. La señora sigue durmiendo como en una especie de viaje intergaláctico.

La voz de una aeromoza anuncia que estamos prontos a aterrizar. Repite el protocolo que debemos seguir en inglés, aunque estoy segura de que esta vez no es necesario. Guardo mi libro y me acomodo para observar por la ventanilla cómo las nubes forman figuras hermosas para deshacerlas luego. Siempre me ha gustado sentir cómo la ciudad se hace más grande a mis pies y sus bordes se desdibujan en medio de edificios y avenidas a medida que el avión desciende.

¡Por fin! ¡Aterrizamos!

La Ciudad de México quedó atrás.

Siguiendo las instrucciones de aterrizaje con un orden impresionante, jamás antes visto por mis ojos llenos de lágrimas contenidas, todos los pasajeros empezamos a descender del avión. El silencio del avión amplifica el murmullo de las azafatas. Aparte de ellas nadie parece realmente interesado en lo que está sucediendo. Parece que a nadie más le persigue la ansiedad. Nadie se salta ni una de las pautas de seguridad de un vuelo. Pese al reducido espacio del pasillo los pasajeros guardan el metro y medio de distancia. Cuidan sus movimientos. Evitan tocar los asientos. Evitan tocarse. Evitan empañar su escudo facial. Evitan mostrar su felicidad.

Otra vez la angustia, pero por lo menos ahora estoy bajando por una escalera mecánica que acelera mi paso. El aeropuerto está desolado. Mis zapatillas rechinan con cada paso que doy. Los pisos están muy limpios, mas no veo a quienes los limpian. Las tiendas están abiertas, pero vacías, parece que las mercancías del *Duty Free* se venden solas. Los baños funcionan con normalidad, aunque da la impresión de que los pasajeros no los usan. Las puertas corredizas se abren y cierran, funcionan.

Me siento vigilada. ¿Dónde estarán las cámaras?

Me mareé. Seis horas de espera en una sala de almas en pena, con un café en el estómago, es demasiado para cualquiera. Teniendo en cuenta que es un domingo a las 6 de la tarde, debería estar feliz porque estoy aquí y no en casa sintiendo el bajón de un atardecer que pinta de naranja la última luz diurna. Mejor me echo una siesta mientras espero el lunes, si al final el perjuicio del retraso del vuelo no será más cansancio del que ya tengo.

Nunca antes me había puesto a pensar que la magia de este lugar está en que todos somos pasajeros en tránsito. Hacia el sur o hacia el norte. A pesar de que surja una cancelación o retraso de vuelo, o incluso una pérdida de conexión, nadie permanece más de lo necesario. En el “anonimato” todos somos transeúntes, con la misma intención. Cruzar el portal. Dejar atrás. Llegar a destino. Retornar, o simplemente volver. Quizás lo único que nos diferencia es que unos tienen un ticket de ida y otros de vuelta.

El sentimiento del retorno me vuelve a pesar.

Hasta ayer padecí el miedo a no poder retornar. Temía quedar atrapada para siempre en la espera del retorno. Tejiendo la idea de día y destejiendo el deseo en la noche, igual que Penélope. Repitiendo el mismo día una y otra vez. Una parte de mi quería retornar lo más rápido posible, pero la otra, como siempre, se negaba a cumplir el mandato. Prefiere vivir el retorno como un tiempo de espera. Una espera que sobreviene a la melancolía. Una melancolía que abraza la angustia y el deseo en una especie de alucinación.

¡Sí, claro que es un mandato!

Todos esperan que quien se va, vuelva. Como si el retorno fuera un fin para alcanzar la felicidad. Como si solo al cumplir el mandato del retorno los migrantes pudiéramos encontrar el verdadero camino. El arraigo a la patria. Una vieja historia que nos cuentan para sopesar el utilitarismo que le han dado al retorno. Tal vez por eso nunca me convenció la historia de penurias que padece Ulises antes de que Poseidón le permitiera volver a Ítaca, aunque siempre me quedó claro que su búsqueda era volver al lugar de la felicidad. Cuando por fin volvió a Ítaca solo le reconoció su perro. La Penélope que dejó no existía más.

Su historia me interpela, pero a la vez me frustra, porque varias veces caí en la misma trampa. Me propuse buscar el retorno, como si no fuera una maniobra imposible de realizar. Creí posible retornar al punto de partida, sin saber que los puntos de partida no se quedan quietos y que a cada intento de vuelta ya no son los mismos. La espera los modifica, los degrada, los sustituye.

Las personas que se quedaron esperando tampoco están.

No son las mismas.
Crecieron. Envejecieron. Murieron.
Se perdieron.
Se resignaron.
Te olvidaron.

Yo tampoco soy la misma.

¿Qué tiene que ver la que espera en esta sala con la que desesperó el viaje hace más de 20 años?

Ni mejor, ni peor.

Simplemente soy distinta.

Ojalá fuera fácil de entender que la persona que partió ya no existe, aun y cuando regrese al lugar de partida. El camino de retorno no es una recta en reversa. Para retornar no solo hay que tener preparado el corazón. Todas las demás partes del cuerpo también importan. Hay que juntar sentimientos que andan sueltos entre el aquí y el allá. Confrontar las heridas del pasado con las del presente. Resignificar las imágenes deformadas que quedan en medio de las idas y vueltas.

Sanar.

A mí todavía me duele.

Quizás debí haber buscado el retorno en otro tiempo. Quizás después de hacer la maestría, con mi flamante título. Quizás cuando me ofrecieron dar clases en esa universidad. O cuando me avisaron que mi mamá estaba muerta. Tal vez el mejor momento para retornar era cuando estaba de vacaciones, enfiestada, carnavalearo. Quizás hubiera sido posible buscar el retorno desde el lugar de partida.

¿Cuál era el momento de retornar?

Desde el altavoz. Pasajeros del vuelo K-181020, en 30 minutos empezaremos el abordaje por la puerta 17. Tengan a la mano pasaporte, pase de abordar y certificado de prueba PCR.

DE CÓMO ME TORNÉ HABITANTE FRONTERIZA

Yulliam Moncada

Não se nasce habitante fronterizo, tornar-se¹

Nacer en un espacio fronterizo no significa que seamos fronterizos. La identidad es una construcción social y cultural activamente producida por nosotros²; es la narrativa del sí mismo, la historia que nos contamos de nosotros mismos para saber quiénes somos. Y esta es mi historia de cómo llegué a considerarme habitante fronteriza en Foz do Iguaçu, Brasil, aun cuando nací y me crié en San Cristóbal, Venezuela. Éste es el relato de por qué ahora me identifico como habitante oriunda de la frontera colombo-venezolana, eje Norte de Santander, San Antonio y Ureña; y habitante de la Triple Frontera Foz do Iguaçu (Brasil), Puerto Iguazú (Argentina) y Ciudad del Este (Paraguay).

1

El cinco de noviembre de 2017 aterricé en Foz do Iguaçu, Brasil. Cansada, estaba muy cansada, fue un viaje largo y difícil. El último tramo había sido el más desgastante. El aeropuerto de Río de Janeiro es inmenso, y en Brasil se habla portugués, idioma que desconocía. En el mostrador de la aerolínea, en medio de palabras sueltas en español y mucha mímica, me enteré que el precio del equipaje no estaba incluido en el boleto de avión y debía pagarlo para abordar. Hice la fila para cambiar dólares y poder pagar en reales. Estaba angustiada, sabía que era tarde y podía perder el vuelo; de hecho, estuve a punto de hacerlo. Mientras caminaba desesperada buscando la zona de embarque para vuelos nacionales vi en la pantalla que mi vuelo decía: *Última chamada*. No necesité saber portugués para entenderlo, estaba perdiendo el vuelo.

Pasos después descubrí que lo que andaba buscando eran los vuelos domésticos, y estaban en la parte de abajo. Mientras atravesaba el *Duty Free* a toda carrera, con un niño y su mochila en cada mano, además de mi pesada mochila en la espalda, apareció un hombre con radio en mano que me preguntaba algo que no entendí, pero extendí una mano con los boletos y de inmediato el tipo se comunicó por la radio, alcancé a entender la palabra: familia. Empezó a caminar rápido y hacía señas de que lo siguiéramos, estábamos corriendo atrás de él, y de repente mi hijo menor ya no quiso caminar más, estaba cansado y le temía al reflejo de la luz en el piso, lloraba asustado, mientras yo moría de angustia por la posibilidad de quedarme en Río. Saqué fuerzas no sé de dónde y lo cargué en brazos.

El avión estaba esperando por nosotros, atravesé el pasillo buscando los asientos mientras me sudaba todo el cuerpo y los brazos amenazaban con desplomarse. No me senté, me dejé caer, mientras respiraba profundo y recobraba el aliento. Los niños empezaron a explorar la pantalla y descubrieron que podían jugar. Ahí se entretuvieron un rato, mientras yo dormitaba. Y en un cerrar y abrir de ojos había transcurrido una hora sin que el avión despegase. Seguidamente anunciaron por altavoces que debido a fallas mecánicas el avión no iba a despegar, y teníamos que bajar y aguardar para subir a otro. El retraso era evidente

¹ Tadeu Da Silva, Tomás (2000). A produção social da identidade e da diferença. En T. T.; S. H.; K.W. Identidade e diferença: *A perspectiva dos Estudos Culturais* (pp. 73-102) Petrópolis, RJ, Brasil: Editora Vozes.

² Hall, Stuart (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. (2 ed.). Colombia: Editorial Envión.

y no tenía cómo avisar. Los niños tenían hambre, y yo también, pero podía aguantar. Los convencí de esperar el servicio de avión luego del despegue, pero resultó que no tenía, apenas podían darme un vaso con agua, la comida era pagada y solo aceptaban tarjeta de crédito, yo apenas tenía efectivo.

2

Salí de Venezuela el viernes tres de noviembre por el Puente Internacional Simón Bolívar, maletas y niños en mano, abriéndome paso en medio del gentío que iba y venía, bajo un sol inclemente, sudando, y asustada. Dejaba mi casa, mi familia, mis amigos, mi trabajo, mi vida hasta ese momento quedaba atrás, y adelante solo había incertidumbre. Salí de mi casa al mediodía, luego del almuerzo. Una hora después estaba en San Antonio para sellar la salida del país y entrar a Colombia. La idea era hacerlo temprano y pasar el resto del día y la noche en casa de un amigo en Cúcuta porque el vuelo a Bogotá era al día siguiente al final de la mañana.

Temía algún problema con la autorización para sacar los niños del país sin su padre, aunque tuviera el consentimiento legal, pero había sido tan difícil obtenerlo, que no descartaba un nuevo inconveniente. Iba a reencontrarme con él, quien nueve meses antes había partido con destino a Foz do Iguaçu, Brasil, después de haber conseguido una beca para estudiar una maestría. Él no necesitaba el título, ya tenía una maestría y era profesor universitario, pero decidió pedir un permiso y salir del clima hostil venezolano.

Nos dijimos que sería como tomar unas vacaciones. Él iba primero, yo después con los niños, y al terminar la maestría, regresábamos juntos a Venezuela.

Antes de irse solicitó los servicios de un abogado y fuimos asesorados sobre los trámites legales necesarios, entre ellos, un poder notariado donde autorizaba la salida del país de los niños con su madre. Pero ese documento era apenas uno de los requisitos exigidos por la Ley de Protección al Niño, Niña y Adolescente para emitir el tan anhelado permiso de viaje al exterior. No faltaron las trabas, a cada paso surgía un nuevo obstáculo que sortear. El Estado, a través de este órgano debía asegurarse de que los niños llegarían a un lugar donde su papá se encontraba solvente económicamente y podía sustentarlos. Y aunque tenía la carta de aceptación de la universidad y la constancia de otorgamiento de una beca, exigieron que fuese original, es decir, enviada desde Brasil, no podía simplemente ser descargada por e-mail e impresa.

Para evitarnos más inconvenientes no dije que pensábamos quedarnos un año, sino por las vacaciones de Navidad, entonces pidieron los boletos de regreso y una constancia de las escuelas donde les aseguraban el cupo a su regreso. Tuvimos que hacer una reserva de vuelo y con esos boletos cumplir el requisito. La constancia que les aseguraba el cupo no fue difícil. La verdad, ya no recuerdo cuántos documentos fueron, pero lo cierto es que el abogado debió hasta sobornar funcionarios para conseguir una atención menos demorada y acelerar el proceso.

A pesar de esto el viaje estuvo a punto de suspenderse por falta de este permiso, que apenas fue emitido cuatro días antes del viaje. Solo hasta entonces tuve certeza, aunque faltaba otro trámite importante: el carnet de vacunación contra la Fiebre Amarilla. Los niños ya habían sido vacunados, pero no tenían la tarjeta solo otorgada para viajes al exterior, y para obtenerla debía presentar el permiso de viaje. Una vez con el permiso en mis manos fui a solicitarlo y resulta que ahora no había material, debía esperar a la próxima semana a ver si llegaba, el problema es que no tenía tanto tiempo. Fui preguntando en cada ambulatorio y nada. Entonces recurrí a mis contactos en la red de salud pública del municipio y justo el mismo día del viaje, pasadas las diez de la mañana lo conseguí.

Emigrar con la documentación en regla no es fácil, y menos desde un país como Venezuela, donde dar un paso requiere solventar un problema, pagar a un gestor o pedir un favor a alguien con influencias. Pero además son absurdas tantas exigencias para sacar niños del país, cuando dentro del territorio nacional no se le garantizan sus derechos. Recuerdo la impotencia de aquellos días, si había decidido irme del país era precisamente pensando en ellos y en la necesidad de alejarlos de tanta inseguridad social y económica.

No hubo problemas para sellar el pasaporte de salida de Venezuela, y el permiso por el que tanto luché los últimos meses había pasado casi desapercibido. Entonces nos encaminamos al puente abriéndonos paso entre una gran multitud de personas que iban y venían. Funcionarios de la Guardia Nacional revisaban el equipaje en alcabalas improvisadas. Subí a la mesa una maleta y después la otra. El hombre metió sus manos intentando palpar algo no autorizado o ilegal, la verdad no sé qué...me dijo que podía continuar. Cerré las maletas y seguimos el camino. No estaba sola, mis papás, mi hermano, mi cuñada y mi sobrino me acompañaron. Cruzamos juntos el puente y fuimos hasta Migración del lado colombiano para sellar la entrada al país.

Aquel diciembre de 2016, mientras José Ramón recibía su carta de aceptación en la Universidad, a mí me propusieron asumir la dirección del Diario donde había trabajado los últimos nueve años, y que no atravesaba por su mejor momento, ni económico, ni editorial. Ser jefe nunca estuvo en mis planes, pero entendí que el Diario me necesitaba, y sabiendo que debía partir a Brasil a mediados del próximo año, asumí la responsabilidad. Lo vi como la oportunidad de retribuir lo que recibí durante ese tiempo. Pero no se lo comenté a nadie. Solo mi familia conocía los planes.

Fueron cuatro horas de cola en plena calle, bajo el sol, y rodando nuestros traseros de vez en cuando sobre la acera donde nos sentamos a esperar. Cuando vi la fila no lo podía creer, era interminable y caótica. No era una línea recta, ni curva, eran grupos de personas con maletas, cobijas, almohadas, unas paradas, otras sentadas, y algunas más, acostadas, cubriéndose del sol con sombrillas, cartones, o cualquier cosa que encontraran. Todos rodeados de vendedores ambulantes que ofrecían agua, helados, refrescos, cervezas, platanitos, papitas fritas, pepitos, chupetas, y hasta la posibilidad de no hacer la cola pagando 100 dólares por persona.

Nunca tuve la certeza de viajar, y menos, sola. No me imaginaba haciendo este viaje con dos niños, uno de 6 y otro de 4 años. Muy en el fondo guardaba la esperanza de que José Ramón regresara a buscarnos, pero no fue así. Y las semanas previas al viaje fueron una locura. Conseguir la autorización de viaje para los niños fue lo más difícil. Apenas cuatro días antes de la fecha pautada para el viaje recibí el documento y asumí que el viaje se iba a dar. Entonces comenzó la carrera contra el tiempo.

3

La frontera siempre fue para mí sinónimo de multitud, de caos, de calor, de incomodidad. Ir a Cúcuta me aseguraba un fuerte dolor de cabeza y un agotamiento general. Unos 40 kilómetros a través de la carretera Transandina separan a San Cristóbal, la ciudad donde yo vivía, del límite internacional con Colombia. Entre 40 minutos y hora y media, dependiendo del medio de transporte: público o privado, y del tráfico en carretera. Curva tras curva en una sucesión de paisajes de montaña, unos pastos más verdes que otros, y unos vientos más fuertes y fríos que otros; hasta llegar al infierno.

San Antonio y Ureña son calientes, agrestes, bulliciosas, caóticas. Las calles están abarrotadas de vendedores ambulantes que ofrecen sus mercancías a gritos, de otros que te persiguen insistiendo en las ventajas de comprar una raqueta para matar moscas y zancudos,

o las linternas que no necesitan pilas ni energía eléctrica para recargarse, porque lo hacen con el movimiento. De los cambistas que ofrecen siempre un mejor pago por la moneda venezolana, aunque cada vez valga menos. Letreros ofrecen pesos colombianos a cambio de billetes venezolanos, pero no por su valor, sino por su peso en una balanza; y otros procuran cabellos largos y naturales, también a cambio de la moneda colombiana.

Por esta frontera salí de Venezuela y entré a Colombia con destino a Brasil, donde me esperaba otra frontera, esta vez, una triple. Foz do Iguazu es una de las tres ciudades que integran la denominada triple frontera: Ciudad del Este, Paraguay; Puerto Iguazu, Argentina, y Foz do Iguazu, Brasil.

No sabía de su existencia hasta entonces, y la verdad no me preocupé en averiguar sobre ella, me quedé apenas con los comentarios que me hacía José Ramón.

La rutina diaria como jefa del Diario no era fácil, además tenía dos niños y el clima político-social en Venezuela era cada vez más denso. Por eso cuando él me propuso preparar un proyecto sobre la frontera para intentar entrar a una maestría y aprovechar el tiempo que pasaría allá, mi reacción inmediata no fue de entusiasmo, era un trabajo más y además de tipo académico, hacía mucho tiempo que estaba distanciada de la academia, me dediqué al periodismo, y como si fuese poco, debía mostrar interés por el tema fronterizo, cuando la verdad me parecía desagradable y ajeno.

Para mí la frontera era un gran mercado de compra y venta de mercancías a cielo abierto, ya fuese en territorio venezolano, en el colombiano; o entre ambos. Mercancías legales o ilegales, la frontera era sinónimo de contrabando. No podía ver más allá de eso, de lo que había visto y experimentado como periodista. A los medios de comunicación les interesa el intercambio comercial y el contrabando, ese incumplimiento de la Ley en el que suele incurrirse en las comunidades fronterizas, y a eso íbamos, a observar, a describir, a denunciar las “irregularidades”, las pérdidas económicas, las fallas de los sistemas de control, en fin, a buscar la noticia.

4

La frontera se mostró ante mí como otro mundo, como un submundo, sin reglas, peligroso, donde siempre hay que estar alerta. La primera vez que tuve conciencia de ello fue cuando atravesamos el puente internacional Simón Bolívar y en La Parada, el caserío colombiano más cercano a la delimitación entre países, a la orilla de la carretera empezaron a aparecer filas de pimpinas, embudos, y hombres bajo la sombra de cartones y latas, que solo se levantaban cuando un carro se detenía al frente.

Incrédula de lo que veía, pregunté lo evidente: ¿Están vendiendo gasolina? Sí, licenciada, venden a los colombianos, y les compran a los venezolanos que la venden, me respondió el Sr. Lucas, nuestro conductor. ¿Pero así, en la calle, y eso no es ilegal?, reclamé, a medio camino entre el asombro y la ignorancia, mientras el fotógrafo seguía disparando la cámara para contar con material de apoyo para la nota periodística que escribiría. Sí, y no. Pagan y ya. A los colombianos les sale más barata esta gasolina que la de ellos, la diferencia es muy grande. Y los venezolanos vienen, y con 20 litros que le saquen al tanque es suficiente, me respondió el Sr. Lucas.

Y mientras yo seguía en el asiento trasero del carro, prácticamente escondiéndome para que los vendedores ilegales de gasolina no me vieran, el Sr. Lucas dijo: Licenciada, no se asuste, vamos a hacer un toque técnico, y así usted lleva información de primera mano, para que entienda cómo es el negocio aquí en la frontera. Giró el volante a la derecha y salimos de la carretera principal para entrar en un camino de tierra y piedras hasta llegar a una especie

de depósito, de donde rápidamente salió un muchacho en bermuda, sin camisa, y en cholas. Ya venía con una pimpina en la mano, la manguera y el embudo.

Estaba aterrada, no lo podía creer. Le decía a Carlos, el fotógrafo: Estamos vendiendo gasolina, y este carro está rotulado, todos saben que somos de la prensa. ¡Qué vergüenza! Al regresar al carro el conductor ya tenía los datos del precio que tenía la gasolina ese día, de un volumen estimado de las ventas de las últimas semanas, de los controles de la policía, en fin... aprendí a tomarle el pulso a la información de otra manera. Con el dinero resolvimos el almuerzo en uno de los mejores lugares del lado venezolano, y decidimos no regresar a la frontera con carros rotulados.

Días antes del viaje hubo un tiroteo en pleno puente. Las imágenes mostraban la desesperación de las personas tumbadas en el suelo cubriéndose la cabeza mientras se escuchaba la ráfaga de disparos. Fue a pleno día, mientras cientos de personas caminaban por el lugar. No se supo con certeza de dónde provenían los tiros, se dijo que fue enfrentamiento entre paramilitares por el control de la zona. Y obviamente la noticia le agregaba un poco más de preocupación a la travesía que estaba a punto de emprender. La violencia es una de las características que definen la frontera, tanto como la sorpresa.

Años antes, la frontera también me había sorprendido, sin duda, estas comunidades junto al límite internacional tienen esa capacidad. Me enviaron para dar cobertura a un referendo constitucional, uno de los tantos que llevó a cabo Chávez durante su mandato; si mal no recuerdo fue en el año 2009, cuando sometió a consulta popular la enmienda a varios artículos de la Constitución Nacional, entre ellos aquel que suprimía el número de mandatos y hacía posible la reelección indefinida a cargos públicos.

Hicimos un recorrido por los planteles educativos que durante las elecciones son habilitados como centros de votación y la jornada transcurría con normalidad, filas para entrar y los inconvenientes de siempre, algunas mesas abrieron con retraso porque el personal llegó tarde, o porque las máquinas presentaron desperfectos y hubo que cambiarlas, en fin, lo de siempre. Después fuimos a los puentes internacionales, el Simón Bolívar en San Antonio del Táchira, y el Francisco de Paula Santander en Ureña, todo tranquilo, desolados, cerrados y resguardados por funcionarios de la Guardia Nacional y el Ejército venezolano, como debía ser.

El verdadero ajeteo estaba en las trochas² en los caminos verdes, por donde las personas pasaban para ir a votar. Venezolanos y colombianos con cédula venezolana en mano atravesaban el río Táchira con los pantalones a media pierna y sin zapatos. Del lado venezolano una fila de carros con el vidrio parabrisas marcado con Griffin, unos con el “Sí” y otros con el “No” aguardaba por pasajeros, mientras a la orilla del río, en medio de la tierra se escuchaba el griterío de quienes anunciaban: ¡Por el Sí, por el Sí, por aquí!, ¡Por el No, venga, venga aquí, por el No!

Parecía una competencia, era una disputa por conseguir más votantes, unos por el Sí, y otros por el No. Se les ubicaba en un carro que los llevaba al centro de votación y los esperaba para regresarlos a la trocha y que volviesen a Colombia. Pero además se les pagaba una cantidad de dinero, que sinceramente no recuerdo. Obviamente estaba sorprendida, para mí era una actividad ilegal, inconcebible, y pensé que tenía la noticia del día. No fue así, algunos se asombraron tanto como yo, pero para el resto fue lo normal en la frontera, su *modus operandi*.

² Los caminos ilegales, por lo general en medio de la vegetación, por donde se llega al río para atravesarlo a pie y llegar al país vecino.

En futuros comicios electores la situación se repitió y me habitué a la dinámica. Ya sabía a dónde ir, y a quién preguntarle para conseguir la información.

A medida que la situación económica en Venezuela iba empeorando la frontera ganaba más protagonismo. Y ya no solo los habitantes de San Antonio y Ureña atravesaban los puentes para llegar a Villa del Rosario o a Cúcuta para vender productos venezolanos y obtener ganancias económicas como consecuencia del diferencial cambiario; empezaron a ir los habitantes de San Cristóbal y otros municipios del estado Táchira. Entonces apareció la figura del “bachaquero” de quien iba y venía cada día cargando mercancía de un lado a otro, tal cual las hormigas que cargan hojas en su lomo hasta el hormiguero y forman largas filas.

La escasez se incrementó del lado venezolano, y los productos nacionales que el Gobierno nacional subsidiaba para que llegaran a la población a menor costo empezaron a aparecer del lado colombiano, y no solo eran adquiridos por colombianos, a quienes les beneficiaba el costo, sino por venezolanos que no los encontraban allá y debían ir hasta el país vecino y pagar sobreprecio.

La frontera está llena de particularidades incongruentes para el sentido común de quien no la vive. Hubo una época en la que los operativos de incautación de mercancía ilegal o contrabando a menor escala se incrementaron, fueron más estrictos, y los motorizados que atravesaban los puentes llevando y trayendo gasolina fueron despojados de sus pimpinas y se les impedía transitar por allí. Entonces estas personas, quienes habían hecho de una actividad ilegal, su empleo y único sustento económico, cerraban los puentes para protestar porque la Guardia Nacional no les permitía trabajar. Venezolanos y colombianos juntos, porque ahí no importa la nacionalidad, de hecho, muchos tienen doble nacionalidad y aprovechan los beneficios que ofrece cada país a sus connacionales.

5

Eso era la frontera para mí, caos, contrabando, riesgo, temor... y con esa idea era difícil pensar en un proyecto atractivo para ingresar a una maestría, sin embargo, lo intenté. Propuse hacer una revisión de la cobertura dada por la prensa al tema fronterizo en este espacio geográfico y a partir de esto construir su imaginario de frontera. La propuesta no fue aceptada y yo sentí alivio. Estaba muy perdida, mi vida había cambiado por completo. Hasta hace apenas unos días era la periodista, jefa del Diario, inmersa en reuniones y discusiones editoriales, con múltiples ocupaciones, además de ser madre y preparar un viaje. Y ahora estaba en un estado casi de contemplación, siendo madre y ama de casa, rodeada de cosas y personas ajenas, distintas, muchas veces incomprensibles.

Entonces apareció el “allá” y el “aquí”, el allá yo era, allá yo hacía, allá yo tenía...y el aquí yo no soy, aquí yo no hago, y aquí yo no tengo, yo no sé, yo no entiendo... me sentía completamente ajena a todo lo que tenía a mi alrededor... Salir de la casa era depararme con otro mundo donde no podía comunicarme más allá de los gestos y la expresión: “*Não falo português*”. Y en medio de esto apareció algo que yo conocía, que yo entendía, algo en lo que podía reconocerme: la frontera. La experiencia fronteriza no me era ajena, reconocí en la frontera Foz do Iguazu (Brasil)-Ciudad del Este (Paraguay) la frontera San Antonio-Ureña (Venezuela)-Cúcuta (Colombia). La primera vez que atravesé el puente internacional de La Amistad y llegué a territorio paraguayo, sentí que había llegado a Cúcuta. Allí estaba el caos, la fila de carros y personas, los vendedores ambulantes que te acorralan ofreciendo sus productos, los cornetazos, los gritos, los cambistas... el calor, el dolor de cabeza y el cansancio.

Comencé a frecuentar la universidad y a estudiar la frontera preparándome para el próximo proceso selectivo. Y entonces, la frontera me volvió a sorprender al descubrir su

aspecto sociocultural. Porque todo aquello a lo que yo le había restado importancia en Venezuela, ahora tenía sentido. Despertó mi curiosidad por la frontera, por las fronteras, y empecé a buscar la mía, la de allá, en esta de aquí, comprendiendo una a partir de la otra.

El 20 de agosto del 2015 el presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, ordenó el cierre de la frontera colombo-venezolana a través de la aplicación de un Estado de Excepción en la zona con el fin de proteger a la población de amenazas extranjeras. Esto luego del ataque a efectivos del Ejército Nacional y un civil por supuestos paramilitares colombianos. Como parte de esta medida fue desalojado un barrio cercano al límite internacional habitado por colombianos indocumentados, quienes forzosamente cruzaron el río Táchira con parte de sus pertenencias al hombro. Los medios de comunicación publicamos escenas dramáticas, que debo confesar no llegaron a impactarme. Dentro de mi lógica como no habitante fronteriza, cada quien en su territorio.

El cierre fue prolongado por más días, luego por meses, y finalmente se ha extendido a lo largo de estos años, aunque con ciertas flexibilidades. Al principio, estudiantes y trabajadores de un lado y otro quedaron imposibilitados de llevar a cabo su rutina diaria; es decir, estudiar o trabajar del lado contrario de la frontera al que viven. Entonces los caminos verdes comenzaron a cobrar más protagonismo. Finalmente, el Gobierno accedió a abrir el paso peatonal controlado a través del puente internacional Simón Bolívar, y así se mantuvo, con ciertas interrupciones como consecuencia de la tensa relación política y diplomática entre ambas naciones, hasta el comienzo de la pandemia por COVID-19 cuando los controles se hicieron más rígidos y las trochas o caminos verdes son más transitados.

Debo reconocer que como periodista el tema fronterizo llegó a saturarme, ciertamente no entendía las dinámicas fronterizas, la movilidad de quienes la habitan, la necesidad de ese ir y venir cada día de un país a otro para estudiar, trabajar, ir de compras, o sin ningún motivo en particular. Fue estudiando la frontera, y habitándola, como llegué a entenderla, sin embargo, no deja de sorprenderme. Lo que ha cambiado es que ahora también yo soy parte de ese asombro que genera, porque me torné una habitante fronteriza, y habito mi propio Nepantla.

6

La palabra náhuatl Nepantla es usada para designar el espacio entre dos masas de agua, el espacio entre dos mundos. Un espacio limitado, un espacio donde no eres una cosa ni la otra, sino que es donde te encuentras en proceso de cambio. Aún no te has metido en la nueva identidad ni tampoco has dejado atrás la antigua. Te encuentras en una especie de transición. Es raro, incómodo y frustrante porque te encuentras en mitad de esa transformación³.

Así se siente habitar un espacio fronterizo, ésa es la sensación de migrar, no ser una cosa ni la otra. La frontera ofrece a sus habitantes la posibilidad de un tránsito constante, tanto físico, como simbólico. Habitar la frontera es desplazarse entre un territorio y otro, entre diferentes culturas, es hablar varias lenguas a la vez. Y no es preciso estar en un lugar marcado por límites internacionales para habitar la frontera, pero en mi caso coincidió. Soy habitante fronteriza, habito Nepantla, me muevo entre dos mundos, entre el que dejé allá y el que tengo aquí, soy la periodista que daba cobertura a la frontera y la habitante fronteriza que atraviesa los límites internacionales de esta triple frontera en busca de ropa y calzado más barato, disfrutar de Quilmes y aceitunas rellenas, o simplemente hacer turismo. Y mi lengua es el portuñol, la *mistura* del portugués con el español, ya no traduzco a otros, me traduzco a

³ Anzaldúa, Gloria (2016). *Borderlands. La Frontera/La Nueva Mestiza*. Madrid, España: Colección Ensayo.

mí misma... y la rutina incluye un ejercicio de traducción cultural permanente. Tránsito entre culturas... Mi lugar es la frontera, soy fronteriza.

CHILANGA FRONTERIZA

Lucía Cristina Ortiz Domínguez

Norteada

Soy tan chilanga como la virgencita de Guadalupe. Al menos, durante los primeros diez años de mi vida me la creí. Incluso, mis parientes, los norteños, nos recibían con un: “¡Ya llegó la chilangada!” cada vez que visitábamos la casa de los abuelos en la esquina derecha del norte de México¹.

Transando de arriba abajo
ahí va la chilanga banda
chinchín si me la recuerdan
carcacha y se les retacha
Café Tacuba, 1996²

No había duda, éramos chilangos. Y no es que no fuera cierto, pero la realidad es más compleja que Tepito. La sagaz de mi madre, en complicidad con su padre, tuvo la astucia de bordear las leyes mexicanas para que pudiera, en mis vacaciones, pasear por el mol y comer hamburguesas. Los primeros meses de vida fui una apátrida ciudadina, no tenía papel alguno que dijera dónde había nacido. Después, se consumó el acto identitario. Es real que nací en el *De Efe*, en el barrio de La Villa, en un cuadrante cercano al recinto de Tonantzin, pero también es cierto que mi acta dice:

“Lugar de nacimiento: Nuevo Laredo, Tamaulipas”.

Todavía sonrío cada vez que leo el documento. Me enviaron sola, en un avión de Mexicana y con apenas seis meses de vida para sacar la mica fronteriza. ¡Mira que se requieren agallas para dejar a la niña, con un chupón en la boca, en manos de una azafata! Ese acto de valentía ha definido mi vida, sí soy chilanga, pero estoy norteada.

Aunque han atravesado mi vida, hasta hace poco entendí que las fronteras son espacios de retención con movibilidades que transcurren en tiempos distintos; se construyen de arriba abajo y se transitan por todos lados. También se bordean, se conocen, se observan y se estudian para encontrar aquellos huecos que permiten sortearlas. Son duras, ríspidas y muchas veces duelen. Hay llaves que abren fronteras, yo tengo una, la que me sirve para ir al gringo, la que me nortea. Sé que es mucho, pero no lo es todo porque antes y después de una frontera hay otra, algo así como una *metafrontera*. Un sinfín de líneas que se proyectan hacia todos lados. A veces como un laberinto, y otras como caminos que parecen llegar a ninguna parte. Cruzar una frontera es como encontrarse un oasis en medio del desierto. Es un alivio, un descanso que dura poco, pues al tiempo se presenta otra que puede ser más dulce o más dura.

¹ Música incluida. Dar click en los subrayados

² Café Tacuba (1996), “Chilanga banda”, *Avalancha de éxitos*:
<https://www.youtube.com/watch?v=bKjn26agAEs>

Las fronteras se viven, se les da forma, color, sabor y textura. Tienen aromas que emanan de quienes las habitan. Pueden ser al mismo tiempo un callejón sin salida o una ventana de oportunidades. Frenan por minutos, horas, días, años o décadas el fluir de los deseos. Las fronteras son un espacio de reflexión, condensan experiencias acumuladas que permiten tomar conciencia del soy y del lugar que ocupo.

Soy un cúmulo de fronteras, no siempre las habito.
Aquí es todo diferente, todo, todo es diferente

en la frontera,

en la frontera,

en la frontera.

(Juan Gabriel, 1980)³

La herencia

Los abuelos maternos emigraron de Progreso, Yucatán, al norte en el sesenta y tres, cuando sus cuatro hijas y un varón eran unos críos. El abuelo se fue a trabajar a la aduana de Nuevo Laredo, antes ya había estado en Los Ángeles, pero no le gustó. Conocía muy bien la lógica de las importaciones y exportaciones porque en el puerto recibía barcos con mercancía que llegaban de algún lugar del mundo. Por eso fue a parar al pico derecho de la frontera mexicana con Estados Unidos, y nosotras con él.

Y aunque mis movimientos han sido un vaivén, sus decisiones están en mi cuerpo, son parte de su herencia y de la mía. Son semillas que enraízan la existencia de la prole, de las generaciones. De este lado de la sangre nuestro primer apellido sabe a frijol con puerco y el segundo, a frijoles charros.

Los ombligos

Cuando tomé conciencia de que el acta de nacimiento decía algo diferente a lo que sabía llegaron las preguntas: ¿Por qué me habían registrado en Nuevo Laredo si el *De Efe* era más grande que aquel pueblo amarillo con olor a carne asada? ¿Cuál es la necesidad de “nacer” en un lugar esquintero, sin edificios y todo recto? Cada Semana Santa, cada verano, cada fin de año y cada vez que se podía, íbamos del Distrito Federal a Nuevo Laredo a pasar el más tiempo posible. Alguna vez, incluso, viví ahí. Fue una época económicamente dura para mamá y papá, quienes buscaron el cobijo de la familia para pasar la crisis. No aguantaron mucho, prácticamente nació mi hermana y yo me enemisté con alguna que otra huerca del kínder de la colonia. Nos regresamos al chilango.

Haber vivido ahí, las constantes idas y vueltas y los lazos con la familia hicieron que brotara un nuevo ombligo en mi alma. Un ombligo que alimenta mi norte, un ombligo que bordea mi existencia, y que conecta el centro con la frontera.

El otro Laredo

³ Juan Gabriel, (1980), “La Frontera”, Recuerdo: https://www.youtube.com/watch?v=N_FadJX-UJE

Con cierta frecuencia cruzábamos al otro lado para ir al guaraburguer, deiriquin, pollo chorch, al *mol* y a visitar a mi tía, la hermana más chica de mi mamá y quién había decidido buscar, junto a su exmarido y un hijo, una mejor vida en Laredo. Resulta que una vez cruzaron con visa y se quedaron ahí. Pusieron un negocio: *El Tapatío restaurant*, en donde servían unos totopos que hasta ahora no he vuelto a probar. Vivían tan cerca de la casa de los abuelos y se sentían tan lejos. Por más de quince años no pudieron volver a cruzar el río. Nos pedían que lleváramos comida y fotos, mientras esperaban a que el abogado pudiera arreglar los papeles. Al tiempo, nacieron otros dos niños, más gringos que mexicanos, a quienes llevábamos y traíamos como extensión de mi tía.

A la hermana de mi mamá y a su primer hijo les dieron la residencia, al ex marido lo regresaron. Mi abuelo tenía una *greencard* que agarró en aquella estancia en California. Había pedido⁴ a dos de sus hijas, que tuvieron a bien divorciarse, y a mi abuela. La suerte llegó meses previos a que el abuelo falleciera, quien por cierto se fue un día antes de que cayeran las torres gemelas. Desde entonces, mi tía y primo pueden cruzar a México, pero no lo hacen. La violencia en la frontera les ha hecho pensarse más “americanos” que Trump, texanos, pues.

El Nintendo

Nos tocó viajar en tren, en auto, en camión y pocas veces en avión. Llegábamos a casa de los abuelos con las piernas entumecidas y con historias de carretera; el camino era natural, parecía como si las venas nos jalaran a nuestro destino. Ahí me esperaban los juguetes más nuevos del mercado, después me enteré que eran los que confiscaba el abuelo en la aduana a uno de los cientos de fayuqueros que cruzaban mercancía a diario. Me lo imagino en la garita aduanera, pensando en las sonrisas y los besitos de sus nietecitas.

En una ocasión había tres Nintendo apilados en el cuarto de los abuelos. Estaban destinados a los nietos varones porque a las niñas nos tocaban las muñecas meonas que salían en la tele. Yo quería el Nintendo. Me imaginaba hacer saltar al Mario Bross mientras movía mis manos al ritmo del control. Las norteñas de mis primas estaban felices con sus muñecas. No veían las consolas, o sabían que eso no les pertenecía. Yo veía el Nintendo.

No guardo más rencor, de cualquier forma, nunca aprendí a jugar videojuegos, aunque tampoco a cambiar pañales.

La carne asada

Recuerdo, con alegre nostalgia, que cada vez que llegábamos se organizaba una carne asada donde se juntaban la familia y los amigos. Eran buenas comilonas: las costillitas, los *ribais*, los frijoles charros, las tortillas de harina, el guacamole, las *bodlails*, las cebollitas. Mis primas y uno que otro muchacho me preguntaban cómo era México: ¿Cómo que cómo es México?! ¿No conocen la civilización? Les decía. Me sentía una mujer de mundo. Les platicaba que ahí sí había tacos al pastor y no de trompo, que los elotes no eran amarillos, que las mujeres podíamos platicar con los hombres, que podía tener amigos y salir a montar bicicleta. Ellas me decían, “¡ay, está con madre!” y me causaba risa mientras las remedaba: “¡ay, está con madre!” (acento norteño). También les decía que las de la ciudad viajábamos más y podíamos conocer otros lugares más allá de Monterrey, Nuevo Laredo y Laredo. Para

⁴ Solicitud para emigrar a un familiar elegible

mis primas yo era salvaje, hacía cosas que las mujeres no hacían, como platicar con hombres, salir sola a jugar y a viajar. Al principio les causaba curiosidad, después me dijeron liberal, pues además no me gustaba ni plancharme el cabello ni depilarme la ceja, y mucho menos usar tacón. Ahora no sé qué piensan de mí, pero las hijas de mis primas se parecen mucho a ellas, siguen creyendo que el matrimonio es la llave de la felicidad y que es mejor casarse con uno del otro lado que de éste.

También, me acuerdo de que tenía que quedarme en la cocina mientras los hombres asaban carne, sin importar en qué Laredo estuviera. ¡No me gusta la cocina!, por eso me escondía para observar al otro bando, el de los hombres que escuchaban a Vicente Fernández y la banda El Recodo, y quienes me llamaban “la chilanga”. Por ser distinta me era permitido estar donde no correspondía. No recuerdo de qué hablaban, quizás de trocas o de carnes. Incluso, era más interesante lo que contaban las mujeres en la cocina, ahí saltaban los chismes de la familia, pero me gustaba romper las reglas. Lo bueno es que tampoco me ponían a cocinar. Sabían que por más que insistieran jamás me sentiría orgullosa por preparar unos buenos frijoles o una buena salsa habanera. Su preocupación era por mi futuro: ¿Cómo iba a encontrar un buen marido? Pues lo encontré. El banquete terminaba recordando la mejor carne asada y cantando en el *karioki*. Los hombres se quedaban hasta el final, cuando la última lata de *budlait* ponía el punto final.

La fayuca

Conocí Macdonals a temprana edad, crecí con el olor a papas fritas y con japimils. Es más, yo le digo Laredo a los dos Laredos. Eran los noventa. Yo iba y venía a cada rato. Regresábamos con ropa americana que comprábamos en el *mol* porque mi mamá decía que era de mejor calidad; también comprábamos electrodomésticos, juguetes, dulces nerd y esniquers. Ahorrábamos para poder llenar el carro de cosas americanas. Mi papá daba vueltas por el centro de Laredo para buscar fayuca y siempre salía con algo del mercado de la pulga que a los pocos días dejaba de servir.

¡Ay, Armando! ¿Ahora qué trajiste? Le decían.

Salíamos convertidos en gitanos.

Al regresar al chilango teníamos que cuidar la mercancía de los tamarindos⁴, calculábamos con admirable precisión el arribo por la noche a la ciudad. No podíamos arriesgar los ahorros; tampoco regresábamos con dinero suficiente para alimentar la corrupción. Ajustar el reloj implicaba pararse en las gasolineras para darle tiempo al tiempo, aferrados al microondas o a cualquier objeto que despertara interés de los demás.

Llegar era un alivio.

La ropa

Cuando regresaba al De Efe después de algunos kilos de más, con unos tenis ribuc o naik, la muñeca meona y la ropa gringa, mis amigas preguntaban dónde había comprado todo lo que usaba. Tener unos tenis así no era común para la época.

“¿Laredo? ¿Dónde está eso?”.

Les platicaba...

⁴ Policía de tránsito

“¡Ah!, Estados Unidos”. Para mí Laredo no era Estados Unidos, era un ombligo más que no concordaba con el monstruo de Miki Maus.

Decían que era rica, pero mamá siempre nos dejaba claro que comprábamos todo al otro lado porque era más barato. Así que yo lo entendía al revés, era imposible comprar lo mismo en donde vivíamos. Conocí tarde los centros comerciales, los lugares en México para comprar ropa y zapatos, no tenía idea de lo que implicaba comprar unos naik en la ciudad. No era rica y ahora sé que tampoco pobre.

Con el tiempo lo entendí todo. Los que vivían en el chilango me hicieron consciente del poder de la mica. Me habían registrado en Nuevo Laredo porque era más fácil tener un pase para cruzar. Me tenían que nortear.

Desde mis ojos la frontera estaba en otros lados y no donde decían que estaba. Crecí con la naturalidad de un documento, conocí rápido el dólar y me gustaba ver Telemundo para escuchar la voz de los latinos. Pronto me di cuenta que Estados Unidos no es solo Disneylandia ni Los Ángeles, California; también es Laredo, es carne asada y es amarillo. No ayudaba que en Laredo los güeros y los negros son escasos, hay puro mexicano hablando español e inglés, a veces.

¿Cuál es la diferencia entre un neolaredense y un laredense? El pasaporte.

El tiempo

Así transcurrió mi infancia, adolescencia y juventud. Todo fluyó con la lógica de ser chilanga y fronteriza. De repente comenzaron a encargarme cosas: unas pilas, unos dulces, unas ropas, unas cámaras para tomar fotos. Me di cuenta que ir a Nuevo Laredo no era cualquier cosa, y que ir a Laredo era todo un privilegio. Se dibujó una línea, comencé a ver esa frontera, el río, el puente, las personas. Se abrió una nueva mirada en mí. Laredo ya no era solo un punto más en la Tierra, también era Estados Unidos y todo lo que ello significa.

Entonces llegó la pregunta:

¡¿Mamá, por qué no nací en el otro lado?!

En ese tiempo no se usaba, contestó...

¡¿Cómo que no se usaba? ¡¿Nacer al otro lado es una moda?!

Pues no se usaba porque no había necesidad. México no estaba tan jodido como me ha tocado conocerlo. En los ochenta y noventa había esperanza de que las cosas se pusieran mejor. Lástima que todo quedó en un sueño y mi mamá no fue visionaria. Pero tampoco lo fueron mis tías, pues todos sus hijos, mis primos, nacieron y vivieron en Nuevo Laredo. Era otra frontera, otro tiempo. Ahora mis sobrinos han nacido al otro lado, son gringos de nacimiento, mexicanos de crianza, viven en un Laredo y estudian en el otro.

Así es el tiempo, transforma decisiones y cambia generaciones. No sé qué pasará con los hijos de mis sobrinos gringos, seguramente nacerán en el otro Laredo, el que solo tiene águila y no serpiente. Seguirán migrando la sangre, los hilos de la familia olvidarán a los abuelos yucatecos-norteños y a esta tía chilanga-fronteriza.

Somos una especie en viaje
no tenemos pertenencias sino equipaje
vamos con el polen en el viento
estamos vivos porque estamos en movimiento

Migrar es un movimiento geográfico y también de vida, aunque desde la objetividad de la teoría las personas migran cuando cambian de lugar de residencia. Mover la vida implica una serie de transformaciones que afectan no solo a las personas que se van, sino a aquellas con las que hay un vínculo. Los cambios no son cosa menor, pueden doler, pero también aliviar, dan esperanza y momentos de duda, pueden ser tranquilos o turbulentos; migrar es cambiar.

Cuando una persona se mueve, otras se detienen y unas más se desplazan en distintos sentidos. Es el vaivén del migrar, el efecto mariposa y su metamorfosis. Imaginemos las explosiones de energía en las migraciones colectivas, el calor que se dispersa por diversas direcciones y trastoca vidas, sueños y experiencias. Pensemos que irse no es tan sencillo como cambiar de dirección. Migrar es una acción colectiva; por ello, cuando la invocamos hay que hablarla en plural, sin perder al individuo, pensándolo en colectivo.

Ser migranta implica que antes no se fue y que hemos sido tocadas de mil maneras por el movimiento de unas y otros. Una se mueve entre distintas migraciones, que no siempre son propias ni geográficas; simplemente se instalan como parte del fluir de la vida. Definen nuestra existencia y personalidad, nos hacen tomar conciencia de quiénes somos y el lugar que ocupamos.

Una migra cuando escucha una y cien historias de migrantes, porque migrar es cambiar de vida, de fronteras, de pensamiento, de ideas. Y cuando las historias vibran, la vida cambia, una se ve a sí misma y a los suyos: los lugares que se han habitado, las personas con las que se ha compartido, las raíces y los hilos.

Tijuaneados

Me fui estudiar un doctorado, algo fortuito, no tan planeado. Me traje más que un diploma: amigas, diversión, experiencias, ropa y un hijo.

La vida me llevó a cambiar de frontera. Fue de punta a punta, de derecha a izquierda. También cambié de árbol, ya no era la herencia de mi madre la que me dirigía en ella, sino la de mi padre. Tíos y primos que, aunque tenía tiempo de no verlos, se convirtieron en mi ancla. Será que la sangre llama a la sangre o que simplemente son buenas personas.

Fue la primera vez que dejé el nido chilango por tanto tiempo y, aunque Tijuas está en México, las cosas se viven y se sienten distintas. Para mí Tijuana es otro país: pienso que es porque se ubica en una península que pronto será una isla o porque le dicen “la Wal-Mart” al Wal-Mart. Hay una coincidencia entre Nuevo Laredo y Tijuana: los tacos, y no los de asada que son un manjar, sino los de trompo, son un error en ambos costados.

No hay manera, no hay manera
de bajar la borrachera
por La Revu y por La Sexta
nos besamos con cualquiera
no hay manera de no ir a La Mezcalera
no hay manera, no hay manera

⁵ Jorge Drexler (2017), “Movimiento”, Salvavidas de hielo:
<https://www.youtube.com/watch?v=lIGRyRf7nH4>

Un auto “tijuaneado” es un carro gringo que transita las calles de Tijuana, y aunque nosotros no somos gringos, salimos tijuaneados de ahí. Aquí hablo en plural porque al principio me fui yo, después me alcanzó el buen marido, y al final nació el huerquis, como le digo de cariño. ¡Qué si transitamos las calles de Tijuana! ¡Qué si caímos en los baches de la vida! ¡Qué si bordeamos la existencia! Quizás nos faltó más, nunca es suficiente Tijuana. Aprendimos a comprar de segunda, a pasear por el sobre ruedas, a comer burritos, tacos de asada y camarón, a meternos al mar helado y hediondo, a disfrazarnos en jalowin, a beber cerveza y vino de la región, a pasear por el muro, a cruzar pa’ San Ysidro. Pero lo que más nos tijuaneó fue haber parido un niño ahí, un niño que no crecerá en esa frontera, sino en otras distintas, más chilangas. ¡Vaya vida! Ahora todo es al revés.

Las historias

I wanna go to San Diego
I wanna go y no puedo...
Manu Chao, 2002⁷

A Tijuana fui a recolectar historias de las que una aprende, por ello no las cuento con números sino con anécdotas.

Una vez quise entrevistar a Ana; me tenía con los nervios de punta porque ella no estaba segura de querer compartir su historia; yo pagaba el precio de investigadores que lucraron con su vida, como suele suceder. Hizo bien en primero entrevistarme ella, fueron una o dos veces que sus preguntas me pusieron en jaque, me observó minuciosamente antes de decir que sí. Tenía razón. Representaba aquello que le había hecho daño, y me enseñó en dónde estábamos paradas las dos.

También iba con las mamás deportadas. Eran convivencias lindas. En la escuela decían que no tenía que ver con mi tema, pero me gustaba estar ahí. Además, todo tiene que ver con todo, solo es cuestión de imaginación. Llegaba puntual a las citas en donde compartíamos experiencias colectivas. Había tiempo para todas, nos definíamos unas frente a otras, teníamos cosas en común y otras tantas no. Ellas me enseñaron quién era yo en Tijuana.

Cada domingo, religiosamente, iba al Parque de la Amistad, al mar. Ahí las historias se contaban en tiempo real, sin palabras, eran los cuerpos los que interpretaban la migración, las fronteras y la vida. Era el performance de la cotidianidad de un muro. Las gaviotas cruzaban sin problema, y nosotros, los bípedos nos deteníamos a gritar, cantar y soñar que podíamos derribar ese límite brutal.

Habitar Tijuana transforma.

La semilla

⁶ Nortec Collective- Kinki (2020), “Sueño Fronterizo”: <https://www.youtube.com/watch?v=eqWiB4IF26s>

⁷ Manu Chao (2002), “Bienvenida a Tijuana”, Radio Bemba Sound System:
https://www.youtube.com/watch?v=FvN-2X_upgg

No sé qué decirle a mi hijo, no sé qué historia contarle cuando me reclame no haber nacido en el otro lado. Creo que la pregunta tendría que ser “¿Por qué no nací en el chilango?” Le diré que nació en Tijuana por convicción política, porque estaba Trump y porque no tuvimos las suficientes agallas para parir en San Diego. Le haré ver que el mundo es un pastel mal dividido, le diré que el lado donde nació suele estar jodido, que le tocará bordear sus fronteras. O seré como mi mamá, le diré que no se usaba.

NOSOTRO _____ NÓS OS OUTROS

Militza Pérez Velázquez

Aún dentro

Muchas semanas pensé de qué manera sobreviviría y no eran muchas las alternativas. De la gente de mi pueblo, gran parte ya estaba en Brasil, lo más cerca que nos quedaba, consiguieron cruzar, aunque su frontera estaba cerrada ya hacía más de un año; otros se fueron a Trinidad, de ambas opciones, el trayecto por mar me parecía más peligroso. Entre semanas de circulación flexible y cierre radical por la pandemia del Covid-19, me llevó tiempo elegir lo que podía ser la ruta más segura y menos costosa. Entonces decidí salir por el sur de Venezuela, en la flexible, suponiendo que serían menos los controles.

Dos mochilas bastaron para meter lo que quedaba de mi vida, así como la poca comida que tenía para los próximos días. De familia pequeña y formada con gran sacrificio, no dejaba nada atrás.

Ese día muy temprano me uní a un grupo en la salida del pueblo. Conseguimos un gandolero que nos llevaría por 5 dólares de Maturín en Monagas hasta el kilómetro 88 en Bolívar. Después de cinco días de viaje, un trayecto que solo debía durar ocho horas, pasamos más de 15 puestos policiales, militares y de la Guardia Nacional, que nos habían retenido en castigo al no pagarles para pasar; ellos se justificaron diciendo que también debían comer.

Espera agotadora, tanto física como emocionalmente, las dudas se revolvían en el pensamiento cuando las esperanzas no bastaban para ablandar el piso duro y la falta de condiciones de parada en parada. Por mi parte sabía que tenía poco dinero y que debía ver cómo llegar a Santa Elena, pero iba pa'lante, fijando mi destino.

Cuando al fin se asomaban los anuncios de llegada al 88 de la Troncal 10, el chofer nos indicó que debíamos bajarnos, que no podía continuar con nosotros. Cada quién siguió su camino, diversos senderos para un mismo destino. No muy lejos se veía la entrada al temido pueblo de Las Claritas, paso obligatorio, donde la minería ilegal rige las dinámicas en torno al oro. La moneda oficial no existe y la ley son los denominados sindicatos. Caminé rápidamente entre sus calles polvorientas y de mucho movimiento, eso sí, vigiladas en cada esquina por hombres del sindicato en motos, atentos a cualquier situación.

En el trayecto, un sinfín de locales, con personas que a sus puertas me ofrecían trabajo en las minas como cocinera, en otras como minera o hasta vendiendo mi cuerpo como fichera. Allí todo se negocia en gramas de oro: una grama son al menos 40 dólares. Llegar a la frontera era de 3 a 4 gramas o 2 gramas para el alquiler de una habitación por un mes. Muchos aún creen en el sueño dorado y hacen parada allí, pero nada les garantiza que podrán salir vivos de los grandes fosos de lodo, sortear el paludismo, la malaria, a los paramilitares, los sindicatos, y los propios militares que pasan buscando su cuota; ¿quién podría, a fin de cuentas, asegurarme conseguir las gramas para pagar un transporte directo a la frontera?

A la distancia avisté y me uní a un grupo de personas. Estábamos determinados a cruzar la frontera. Cualquier cosa menos quedarse en Las Claritas. Familias, mujeres con sus hijos,

ancianos, adolescentes y algunos jóvenes solos como yo, sobre todo venezolanos del oriente del país, coincidimos en un punto geográfico, en una circunstancia, en vulnerabilidad, con ganas de vivir y también en la posibilidad de huir.

A partir de allí, lo amplio, lo inhóspito, lo desolado, lo salvaje y lo verde del ambiente se proyectaba en días de caminata por la única vía existente de salida por el sur, un verdor que el asfalto rompía brevemente. Las restricciones sanitarias afectaban el tránsito de camiones, único transporte disponible y nuestro destino era inexorable. Nos aferramos a la fe y en el kilómetro 98 nos esperaba la Piedra de la Virgen, encomendándonos para soportar la subida. A lo largo de la carretera, la fila de personas se distanciaba.

Poco a poco íbamos aligerando la carga: dejaba una mochila, soltaba ropas, zapatos y lo que creía no iba a necesitar. Apegos superfluos que a cada metro se hacían más pesados, pero sujetaba las memorias y los recuerdos para darme fuerzas. Con el pequeño grupo con el que caminaba compartía los pocos alimentos que me quedaban y en la noche, a la orilla de la carretera, buscábamos un árbol para dormir. El frío era inclemente, los niños lloraban e intentábamos abrigo, solo que no podíamos cubrirlos del hambre y del cansancio que aumentaba el desconsuelo y el duelo que arrastrábamos todos.

La marcha de día se tornaba eterna y la lluvia nos encontraba, humedeciendo lo poco que teníamos y haciéndolo aún más pesado mientras seguíamos soltando. Las ampollas en nuestros pies eran dolorosas, aun así, continuábamos como quien solo tiene un destino posible y estaba al frente. Me asumía como caminante, como se les llama por estos días a los venezolanos que se abren a nuevos destinos. No puedo recordar bien en qué kilómetro de la vía, ni que día del trayecto Dios nos ayudó; pasó un gandolero que nos subió a todos, se apiadó. ¡De verdad que fue un milagro! Se abrió delante de nuestros ojos la Gran Sabana, imponente. ¡Qué manera de conocerla!

Al poco tiempo nos advirtieron que debíamos bajarnos antes del Puesto del Ejército en Luepa, en el km 144, los militares bolivarianos tenían prohibido el paso a los caminantes. ¿Cómo haríamos después?, pensaba. ¿Cómo sabríamos el camino? ¿Cómo pasaríamos? Veía de lado a lado distinguiendo a otros que iban cual procesión al lado de la carretera, y que al encontrarlos a pocos metros se convirtieron en nuestros guías.

Veíamos cómo una línea recta dejaba de ser la distancia más corta, bordearla nos prometía seguir, bordearla de hecho nos permitiría vivir. No entendía muy bien eso de los caminos verdes o trochas dentro de Venezuela, pero existían, y yo los recorría. En fila burlábamos los controles, como otros antes de nosotros, de aquellos que los abrieron rompiendo el verde, pensando que era la única posibilidad de seguir y de los que vendrían después. De día o de noche, en silencio, sin detenernos continuamos caminando; seguimos soltando aquello que no necesitábamos, para que no pese, para que no duela, para que pase rápido, para que nos impulse a continuar y podamos llegar a aquel destino, esa posibilidad que se vislumbra como la última oportunidad.

El ser humano, desde la sutileza, la levedad y la empatía representa la delicada fascinación que motiva el descubrimiento de vidas en su acompañamiento, lo cual es el ser revelador en cada caso (Militza Pérez, 2021).

Fronteras cruzadas

Caminaba y lloraba. Un paso, una lágrima. No puedo pensar mucho en esos amplios espacios y tiempos sin entristecerme. Durante ese gran trecho de asfalto envuelto en verdes solo tres palabras palpitaban en mi cabeza: salir para vivir. El miedo me entumecía y obligaba a mis pies, acompasados con mis piernas, a continuar. Estaba deshidratada y ya venía desnutrida. En grupos, intentábamos caminar de noche para evitar el desgaste por el sol, pero el frío nos paralizaba en esas horas majestuosamente estrelladas y los animales salvajes constituían una seria amenaza, así como la posibilidad de ser atropellados; pensándolo bien, creo que tenía fiebre y alucinaba, solo así puedo entender como seguía.

A ese ritmo, obligadamente constante, llegamos a Santa Elena de Uairén, lugar decisivo para cruzar al otro lado. Este último poblado venezolano, estaba abarrotado de gente, muchos niños, cientos de realidades y circunstancias que tenían en común la mirada puesta al sur. Sabía que no podía quedarme ni un día allí e intentaba escuchar los comentarios de unas y otras para decidir lo que debía hacer, todas tenían alguna opinión, ya que alguien les había contado cómo era el paso. Los trocheros criollos e indígenas, cual subasta, ofrecían el mejor camino, según ellos la forma idónea y un precio accesible para bordear los controles venezolanos y brasileros, pero no tenía con que pagar ni uno ni otro.

Nos arriesgamos a que los caminos verdes se mostrasen, que el paso de tanta gente dejase el rastro para recorrerlos, eso sí, de noche, para que los controles militares y otros no tanto, no obstaculizaran la huida al anochecer. No éramos las únicas, algunas ya habían sido robadas en el primer intento y lo intentaban nuevamente, para otras era la primera vez o regresaban luego de buscar algún familiar en Venezuela.

Estaba muy oscuro, la luna no estaba de nuestro lado esa noche, las nubes ennegrecían todo. Se respiraba miedo con susurros intermitentes, voces deseando no ser escuchadas. Eran por lo menos dos horas a pie para llegar a la línea, sin la certeza de saber en qué momento estaríamos del otro lado. Según, sabríamos que estábamos llegando a Pacaraima por las luces de las casas que están bordeando toda la frontera, del lado venezolano solo era monte.

Aferrándome a lo poco que me quedaba, por trechos caminábamos, en otros corríamos, nos escondíamos en los arbustos de una explanada que se perdía a lo lejos en lo negro. El corazón se me iba a salir del miedo, del agite y de repente balbucearon que venían en motos robando a todas las que estaban en el camino, quizás hasta eran los mismos a los que no les habíamos querido pagar para pasar; no lograba distinguir quién estaba conmigo, era todo muy borroso, goteaba sudor que caía en mis ojos y solo pensaba en escapar. Desesperada no veía dónde ocultarme.

Casi sin aliento, junto a otras, subí rápidamente una montaña con un camino bien escarpado y húmedo que nos permitió salvarnos de los malandros. Intentábamos recomponernos cuando grandes ojos iluminaron un breve espacio en la profunda oscuridad, el pasmo y shock de una adolescente cuando su recién nacido resbalaba de sus brazos cayendo en un precipicio al que no había cómo bajar, ni tampoco habría como volver, solo el desasosiego que nos presionaba a seguir. No paraba de temblar, no conseguía controlar mi cuerpo. No paramos, en poco tiempo perdí de vista a esa familia, así como ellos perdieron a uno de sus miembros para el que no hubo despedida y el cual a pocos le importaba, ya fuera de un lado o de otro.

Más cerca, ya se veían las luces, pero la intranquilidad no terminaba allí, la *Força* brasileira de cara cubierta y con uniforme tan negro como esa noche nos devolvería si no conseguía. El paso estaba cerrado para los venezolanos por lo que en Pacaraima estaba el último punto de control que nos separaba de nuestro destino, el definitivo. Decían, pasar bordeando la *Balança* para llegar a Boa Vista, 30 minutos de camino que deberíamos encarar.

Sudaba frío, me sentía vigilada y que en cualquier momento nos agarrarían y nos devolverían a Venezuela. Pensaba ¡Yo no tengo nada a qué volver, si lo poco que tenía lo vendí en los últimos meses para sobrevivir! El desconsuelo de no tener nada... nada que perder, nada a que regresar, ojos de tristeza, profunda desolación y desamparo.

La vida en ese camino se nos presentaba como senderos, curvas, bordes, límites, cuerpos, en el que todo se juntó e instintivamente nos cruzamos y nos traspasamos al atravesarlos.

¿Lo humano tiene un patrón? Absolutamente no, las formas, las estructuras, las condiciones intentan controlar, coartar, limitar y excluir, pero cuando ya no se tiene nada que perder, el riesgo no pesa. Se intenta, y se ansía tener una posibilidad para continuar.

(Militza Pérez Velásquez, 2021)

¿Al volver?

Un año, la inmersión, la adaptación, la identidad y las vivencias, todo revuelto en el sentir al volver a Venezuela por primera vez, luego de nuestro establecimiento en Roraima. Para mi hija eran los primeros días libres, un reencuentro como regalo por su cumpleaños número 14. Su ansiedad se tornaba evidente al recorrer los 214 kilómetros de la BR-174 que separan a la capital Boa Vista y la ciudad de Pacaraima, fronteriza con nuestro país. Éramos las únicas venezolanas en un grupo de turistas que iríamos a La Gran Sabana, los demás, todos brasileños.

Salimos al amanecer y luego de un poco más de dos horas de camino la temperatura comenzaba a bajar, dejábamos atrás las tierras de los Macuxi tornando el paisaje verde intenso, una señal inequívoca de que estábamos llegando al espacio fronterizo. Al pasar la Aduana Federal vislumbramos la calle principal de Pacaraima, de dos canales, con carros estacionados de lado a lado y con una seguidilla de locales comerciales abarrotados de productos de todo tipo. Las personas se aglomeraban en las aceras y el español comenzaba a resonar con el llamado a comprar en oferta o a cambiar divisas, dejando ver el gran número de venezolanos que hacen vida en el espacio.

Cambiamos de vehículo un poco antes de llegar a la Delegación de la Policía Federal, muy cerca del Puesto de Triage donde se asomaban las grandes carpas de la Operación Acogida y toda la infraestructura humanitaria. Allí nos esperaba personal de la agencia de turismo, tenía dispuestas dos camionetas 4x4 con placas y guías venezolanos que estaban identificadas con grandes logos de la empresa en las puertas, según comentaron para evitar retrasos y revisiones por las autoridades del otro lado.

Ya dispuestos a continuar nos ofrecieron consejos de qué y dónde comprar más barato. Lo extraño era que un mismo espacio servía, dependiendo de la situación, para que venezolanos sortearan la escasez de productos básicos, quizás conseguir un trabajo, tener papeles de residencia o para continuar su travesía a otros países, que por estos tiempos puede ser caminando o esperando por un transporte que a buen precio los acerque hasta el próximo destino. El cansancio en sus rostros, lo roído de sus zapatos y el equipaje revelaba a los más frágiles y nosotras de vuelta en plan de turismo, por pocos días.

Retomamos el camino y dejamos el pueblo para dirigirnos a la línea. Mi niña miraba fijamente por la ventana con la ilusión de quién quiere ver lo conocido. Como para entrar en ambiente, salsa y merengue sonaban alternativamente dentro del carro. Al final de la BR-174 un gran cartel nos informaba que entrábamos en territorio venezolano por la Troncal 10. En

pocos metros, el chofer redujo la velocidad al pasar por la Aduana Principal Ecológica de Santa Elena de Uairén; autoridades de la Guardia Nacional y del Servicio de Migración y Extranjería rodeaban los vehículos al solicitar documentos y revisar el equipaje, no de nosotros, sino de aquellos que se trasladaban en sentido contrario.

Mientras tanto mi pequeña sujetaba fuertemente mi brazo y lloraba preguntando ¿Mami ya estamos en Venezuela? ¿Ya estamos en nuestro país? Sus lágrimas no paraban, estaba completamente conmovida. Sería el tricolor en el uniforme de los que reprimían en cada protesta, los que extorsionaban en cada puesto de control, los mismos que señalaban que estábamos en el territorio de nuestro país.

Como diría mi hija, ese llanto reflejaba un año de extrañeza, añoranzas, diferencias y desafíos diarios. Simultáneamente, la adolescencia en una nueva escuela donde aprendería portugués con la urgencia que necesitaba a fin de comunicarse en un ambiente lamentablemente enrarecido. En el fondo, siempre con las expectativas de poder volver. Esa sensación de quien no pertenece, de que faltan seres queridos, costumbres o el azul Caracas. En ese instante nos adentramos al sur más verde, al Roraima venezolano, más bonito, decía Paola.

En esos días libres, el espacio del reencuentro lo vivíamos de forma diferente. Al entrar, las autoridades no nos detuvieron para revisarnos, no nos pidieron papeles, no necesitábamos traducción, la otredad no estaba en nosotras; los que compartían la camioneta 4x4 para ir a La Gran Sabana se convertían, por unos días y, al son de una salsa, en los otros.

WEIRD FEMALE
Andrea Itzel Padilla Mireles

This is her home

This thin edge of

barbwire

Gloria Anzaldúa (1987)

Cruzar la frontera

There's another weird –una pausa de confusión y certeza se colaba por la voz del policía a través del megáfono–*female in the back seat*. Luis tenía las manos en el volante y veía hacia enfrente como le indicaron. Me dijo con voz baja y nerviosa, viéndome por el espejo retrovisor: Solo haz lo que te dicen, no va a pasar nada, tranquila. Yo le respondí: *Did he just call me weird female?*

Después de mucho trabajo y procesos personales, mi forma excéntrica y rara de existir se había convertido en mi estandarte. Justo unos meses antes me había rapado (otra vez) los costados y la parte de atrás de la cabeza; había adquirido nuevas perforaciones en mi cara, adoraba el maquillaje no convencional que involucrara brillantina y *gliter*, además de mi recurrente vestimenta arcoíris punk. Todo esto había sido parte de mi propia forma de asumirme “rara”, pero no es lo mismo cuando te lo dicen los wachos y no es lo mismo cuando te lo dicen los wachos estando en *el otro lado*.

Era una de esas tardes soleadas y cálidas de principios de marzo en Tijuana, de esas en las que cuesta trabajo enfocar la mirada una vez que la bajas desde los cielos hacia los cauces del errático movimiento humano. Aquel jueves, un paisaje de palmeras, aire seco y arenoso se mezclaba con ese horizonte de colores naranjas, rosas y morados brillantes tan característico de la ciudad fronteriza, en un abrumador contraste con las decenas de autos formados para cruzar al otro lado. Un intempestivo espectáculo, pensé, tratando de apurar el paso hacia el límite con el país vecino.

Mientras avanzaba, podía observar a la gente que se amontonaba de manera semi ordenada entre los vendedores de sodas y burritos, “haciendo línea” para pasar por el cruce peatonal, ahora en desuso, de la garita de San Ysidro en Tijuana, al norte del *downtown*.

Las ringleras de personas se ramificaban como trayectos de caminos de hormigas, extendiéndose hasta las tiendas *Duty Free* y las casas de cambio más allá del puente peatonal que pasaba por encima de las hileras de autos y se escuchaba entre los peatones, parecían estar avanzando de manera tranquila.

No pasó mucho tiempo para darme cuenta de los momentos verdaderamente caóticos de la línea, cuando los autos formados alcanzan a llegar hasta la Plaza Río, el corazón financiero y la zona comercial más emblemática de Tijuana, entorpeciendo las rutas principales de la ciudad. Esto sucede principalmente en los *holidays*, como el 5 de mayo, el

4 de julio, *thanksgiving* o alguna fecha por el estilo, cuando la ciudad colapsa y las personas esperan hasta seis, ocho o más horas para cruzar.

Por fortuna nunca me encontré en esa situación. Dos horas máximo, captó mi oído llegando a la fila del cruce peatonal, buenísimo para ser la primera vez, me dije, pronosticando un ligero hartazgo.

La novedad de ese primer recorrido para cruzar me mantenía capturando escenas como láminas instantáneas al estilo de *polaroids*, tratando de atrapar los pormenores de cada encuentro que hacía con la mirada, revelando poco a poco los detalles de las imágenes. Yo había obtenido mi visa a principios de año y llegó por correo con un par de semanas de anticipación. En aquellos días me encontraba en el segundo semestre de la maestría en Estudios Culturales del Colegio de la Frontera Norte, había llegado de Morelia a Tijuana apenas unos meses atrás. Junto con Bruno y Sol, que estudiaban la misma maestría y que ya contaban con su visa, encontramos como la perfecta oportunidad para hacer mi primera excursión al gabacho, asistir al concierto del rapero *queer* Mykki Blanco en el foro Los Globos en el Sunset Boulevard de Los Ángeles.

Gracias a Hess, un amigo de Morelia que había vuelto a encontrar en Tijuana, nos habíamos enterado del concierto y la posibilidad de poder disfrutar del performance travestí de la novedad del rap del Bronx de ese año. Hess, además, tenía un amigo que podía regresarnos a San Diego esa misma noche, lo que implicaba que no tendríamos que pagar autobús, ni tendríamos que preocuparnos por alcanzar el último transporte para el regreso, detalle muy importante si no queríamos perdernos las clases al siguiente día.

Anticipándome a las horas que pudiera tomar hacer la línea en San Ysidro, había sacado mi permiso para ir a Los Ángeles un par de días antes, familiarizándome con la burocracia gringa en su esplendor.

Una vez en la fila para cruzar a San Diego pude observar los tan diferentes y dispares perfiles de las personas que cruzan. Después de algunos meses de convivir, escuchar y observar, entendía las múltiples dinámicas que suceden en el cruce: quienes van de compras, quienes van a trabajar, quienes están viajando, quienes solicitan asilo, quienes viven allá y/o nacieron allá, quienes continuamente cruzan, con o sin la famosa visa SENTRI. Desde la lejanía de aquellos que seguíamos en el lado mexicano resaltaba la puerta giratoria por donde se alcanzaba a leer el anuncio que decía algo así como “*point of no return*”, que se encontraba custodiada por dos migras de aspecto latino con acento pocho.

Aunque era bastante intimidante la manera con la que se referían e indicaban a la gente que esperaba cruzar, detenerse o avanzar por la puerta giratoria, a mí me inundaba sobre todo un fuerte sentimiento de emoción y anticipación, como quien espera en la fila del concierto de su artista favorito y, aunque me entusiasmaba ver en vivo a Mikki Blanco, mi expectativa era la de experimentar, por fin, de primera mano, el lugar del llamado *American Dream*.

Después del entusiasmo estaba, por supuesto, el nerviosismo de lidiar con la autoridad gringa: traer la visa y el pasaporte a la mano, pasarla correctamente por el escáner, entender lo que te pregunta el agente, no parecer que estás completamente perdida, eso les hace pasarte a segunda revisión y perderíamos toda la tarde.

Las caras y voces de acero de los agentes de migración helaban hasta el último hueso, esa primera vez apenas pude verbalizar, creo que solo gesticulé con señas para responder a las preguntas del migra, pero pasé sin ningún contratiempo.

Cuando por fin entré a las “tierras de la libertad”, el spanglish resonaba en el aire como el susurro de las aves, la gente seguía fluyendo hacia lo que veía eran sus actividades cotidianas.

Aunque los rostros me parecían los mismos que los de Tijuana, por lo menos hasta ese momento, otros detalles comenzaban a resaltar, seduciendo mi mirada.

Mi sentido etnográfico de exploración y observación detallada, además del propio resplandor fascinante de la cultura gringa, alimentaban mi curiosidad, avivando mi sorpresa en cada detalle, un poco sobrevaluado, dije disimuladamente.

Bruno tiene varios familiares en L.A. Esa tarde su hermano Luis y su primo Esteban nos esperaban al pasar la garita en el estacionamiento del *Jack in the box* en un auto rojo, enfrente de la estación del *trolley* de San Diego. Un bonachón Luis condujo con un extrovertido Esteban en el asiento del copiloto, entretanto Bruno, Sol y yo tomamos nuestros respectivos lugares en la parte de atrás. Mientras atravesábamos la interestatal 5 hacia la ciudad de Los Ángeles y escuchando el hip hop que nos enseñaban los nativos, nos seguía en paralelo el *trolley* repleto de paisas avanzando hacia *National City* y Chula Vista.

Observaba las grandes carreteras, los múltiples puentes y pasos a desnivel, las casas marrón-caqui con sus cocheras automáticas más allá de la autopista, los amplios estacionamientos, las enormes palmeras verdes y los relucientes *malls*.

Pensaba en aquello que se dice frecuentemente: lo mejor de Tijuana es San Diego. Cruzar esa línea es entrar a otro mundo, sintiendo con ello la anunciada grandeza de mi pequeñez al atravesar la autopista gringa. Desde mis ojos la lente del paisaje se abrió y profundizó, los autos fluyeron como agua, parte del océano que corre del lado izquierdo; fluyendo con esas corrientes miraba expectante a cada nuevo elemento que se incorporaba al paisaje.

Rápidamente comenzó la mutación del escenario, mostrando más detalles de aquel universo desconocido. En la panorámica del Pacífico, el continuum de bases, barcos y armamentos militares impresionan en oposición a las casas enormes y elegantes junto al mar, una vez que pasas La Jolla. Durante el recorrido yo recordaba los tenis que mi papá le había traído a mi hermano de Estados Unidos cuando era adolescente, unos Adidas que lo hacían sentir muy orgulloso porque nadie traía unos como él. Por mi cabeza pasaban los capítulos del Príncipe del Rap y las referencias noventeras de mi infancia y adolescencia que se cruzaban con las improntas visuales de la cultura pop gringa, los McDonalds y KFC que de niños siempre le pedíamos a mi mamá que nos llevara a conocer; recuerdos que resonaban con aquel comentario que hacía mi profesora: el contraste es sorprendente, todo se ve tan bonito.

Todo aquello que me habían hablado del *otro lado*, las fantasías del *otro lado*, ahora por fin conocía *el otro lado*.

Last Action Hero

La primera parada fue en Santa Ana, en una gasolinera para entrar al baño. Recuerdo haber registrado cada pormenor de esa experiencia, los detalles que hacían diferente las instalaciones del baño público en un país y en otro. Cosas como el bote de basura, que era más bien un cajón incorporado al muro de la pared; el papel de baño, que en México es imposible pensar que haya a menos que pagues por él; lo mismo que las golosinas, los dulces y las botanas, los encargados de la tienda y la sensación de pagar ahora con el rostro de George Washington, un papel tan poderoso como emblemático.

En el camino Sol, Bruno y yo íbamos haciendo bromas y riendo, pero algo parecía cortar el aire en la cabina de nuestros guías. Durante el trayecto Esteban iba haciendo llamadas que parecían incluir preocupaciones del tipo legales, bajando la voz para mencionar

algo a Luis constantemente. Sol y yo intuimos que se trataba de algo grave, pero ignoramos por completo esos detalles, ¿qué podía salir mal? en minutos estaríamos en Los Globos disfrutando de la noche. La segunda parada fue a las afueras de la ciudad para dejar a Esteban, que preocupado había pedido ser llevado a su casa; habíamos escuchado que sus padres no se encontraban ahí, pero la premura por llegar lo mantenía tenso.

Parkeamos en un *Seven Eleven*. Sol y yo nos quedamos en el asiento de atrás. Bruno acompañó a Esteban a su casa mientras Luis salía del auto para ir al baño.

Una laguna grisácea interviene la secuencia cuando intento recordar a detalle lo que siguió, pero estoy segura de que primero regresó Luis y después Bruno.

Una vez que los cuatro estuvimos dentro del carro, algo pasó. Unas cegadoras y fulminantes luces nos alumbraron por detrás y alrededor del auto iluminando todo. A decir verdad, creo que no me percaté de esto enseguida, la conversación entre nosotros había seguido y en realidad no creía que las luces tuvieran la intención de señalarnos. Cuando por fin las noté, pensé que era un carro detrás de nosotros, esperando a que saliéramos del lugar. Me tomó más tiempo darme cuenta de que en realidad estábamos siendo rodeados por varios vehículos. En instantes nos encontramos como indefensas presas de fieros cazadores, acechados por el brillo de la luz.

Había un constante sonido que no podía distinguir del todo, parecía el zumbido lejano de muchas abejas mezclado con una voz displicente; ni siquiera pensé que se estuviera dirigiendo a nosotros, era un megáfono. Para entonces tanto Luis como Bruno se habían dado cuenta de que unas siluetas se dibujaban a través los espejos retrovisores. Fueron finalmente ellos quienes nos confirmaron a Sol y a mí que se trataba de la policía de Los Ángeles.

Definitivamente nosotros éramos a quienes tenían en la mira.

Cuando era niña mi hermano y yo solíamos ver una película de acción de Arnold Schwarzenegger llamada *Last Action Hero*. Era recurrente encontrarla los fines de semana en el canal 5. Todavía hoy es común que hagamos referencias a esa película entre bromas. En ella, las aventuras de un niño cinéfilo terminan transportándolo al interior de una película gracias a un boleto mágico de Houdini. En esa otra película, el personaje de Schwarzenegger se llama Jack Slater, un policía poco convencional de L.A. que perseguía a mafiosos de ascendencia italiana. Un evento tras otro, la frontera entre la ficción y la realidad se disipa en una fantasía descabellada que superpone y multiplica a esa ficción dentro de otra ficción, llenando al largometraje de momentos y situaciones completamente exageradas y fuera de control, donde la policía de L.A –los buenos– y delincuentes mafiosos –los malos– pelean sin sentido alguno. Los enfrentamientos involucran armas de todo tipo y tamaño, lluvias de balas, persecuciones tanto en auto como corriendo, peleas al estilo kung fu y karate y sobre todo muchas explosiones. El recuerdo de esta película condensa mucho de los imaginarios que de pequeña me cruzaban al pensar en la ciudad de Los Ángeles: estrellas de televisión, rubias exuberantes, autos veloces en grandes autopistas, las enormes mansiones de Beverly Hills y Hollywood llenas de opulencia y derroche, combinadas con el escenario de crímenes y policías; todas las estampas que a manera de zarcillos se fueron enredando en mi memoria.

Al día de hoy no comprendo del todo por qué esa película me evoca tanto de aquella noche, mi primera noche en L.A. Quizás porque se atraviesa en mi recuerdo como reflejo del escenario que me rodeaba mientras desconcertada trataba de entender lo que nos estaba pasando.

Cuando regreso a ese momento no me puedo separar de la sensación de encontrarme en el set de una película, primero por la incredulidad que me invadía en ese momento: esto

no me está pasando, me decía. ¿Cómo un episodio así podría incluirme a mí?, volvía a repetirme.

Pero al mismo tiempo, porque por primera vez, esas exageradas fantasías *gringas* de las películas no me parecían tan lejanas, esa delgada línea que separaba la realidad de la ficción parecía regresar y materializarse en la frontera que apenas había cruzado, o que seguía cruzando quizás.

Pensaba en cómo sería vivir en esa ciudad y experimentar aquello de que la realidad siempre supera la ficción, así como el giro que mi vida estaba tomado en cinco minutos. Me llevó un momento aclararme la situación: ¿qué exactamente habíamos hecho para que nos detuvieran? “Nada, no hemos hecho nada”, me contesté.

Repasé el camino del viaje y los sucesos de las últimas horas, fuera de la parada en Santa Ana y las casi cuatro horas de tráfico que nos tomó llegar a L.A, no encontraba indicios que explicaran por qué sucedía aquello. Lo cierto era que por cuestiones completamente ajenas a nosotros cuatro estábamos siendo detenidos por la policía gabacha en mi primera excursión a Estados Unidos. Ni siquiera había puesto un pie en L.A y la policía ya me tenía rodeada. Aunque en México ya había tenido un par de experiencias de detención policiaca, casi siempre relacionadas con tomar alcohol en la vía pública o algún evento similar, nada se acercaba a esto.

Esta vez fue muy diferente.

Lo supe porque en el momento nos encontramos completamente acorralados por policías que se comunicaban con otros policías a través de sus radios, mientras nos daban indicaciones en el megáfono. Sus cuerpos altos y robustos, la mayoría rubios de ojos azules, con uniformes de color negro cobalto y chalecos antibalas, se iban acercando de forma intimidante.

Eres un imán para las buenas experiencias, me consolaba, sintiendo la hiel instantánea de sus miradas de afilado cristal. Nunca pude darme cuenta de cuántos eran, solo veía muchos individuos sosteniendo armas de alto alcance, aunque también tenían semiautomáticas más pequeñas, como pude ver después.

A lo lejos también se notaban montones de patrullas de varios tamaños, eran como gigantes muéganos a la distancia.

Esa atmósfera es la que me lleva de inmediato a las escenas de *Last Action Hero*. Cuando lo repaso con detalle me doy cuenta de que no estoy segura de haber visto una escena así en esa película, no con la policía rodeando a los malos, pero en mi recuerdo parece que el paralelismo cobra sentido en la incontable cantidad y variedad de armas, patrullas y policías presentes, tanto en la película como en esa detención. Nunca en mi vida pensé ver tal arsenal apuntándome.

Uno por uno, los policías nos indicaban salir del vehículo con un alto volumen de voz que se combinaba con la interferencia del megáfono. Nos decían: “*Please step out of the car with your hands in the air*”. Primero hicieron salir a Bruno, que en ese momento había tomado el lugar del copiloto donde antes estaba Esteban. Al salir del carro, Sol y yo nos percatamos de que le estaban apuntando a la cabeza mientras le sujetaban las manos por detrás de la espalda. Después continuaron con el asiento trasero, donde estábamos nosotras. Primero la hicieron salir a ella y el protocolo fue el mismo: salir con las manos en alto, con la vista al frente y la espalda hacia ellos. Al indicarme salir del carro, escuché: *There's another weird female in the back seat*.

Pasó mucho tiempo para que pudiera reflexionar sobre ese acontecimiento. Siempre me ha parecido risible que se refirieran a mí así. Se ha convertido en una anécdota que

continuamente recordamos a carcajadas. *Weird female* podría ser el nombre de una guerrera *queer* de algún cómic, un sobrenombre que quedó entre mis conocidos, uno que sigo utilizando para reafirmar que nunca encajo en los moldes esperados por la ley, en esa ocasión de manera literal.

Fronteras paralelas

Al salir del auto con las manos e alto, dando nerviosos pasos hacia atrás en la dirección a la que la voz que me daba las indicaciones, un policía me quitó el pequeño bolso que llevaba con una correa cruzada en mi pecho. Al llegar al lugar donde comenzó el interrogatorio, otras manos comenzaron a tocarme todo el cuerpo y a darme nuevas indicaciones: las manos en la patrulla, viendo hacia el frente y abriendo las piernas. Una mujer rubia, de ojos azules, delgada, de fuertes brazos y bastante alta, recorrió con su palmas y dedos vigorosos y determinantes mi cuello, mis brazos, mis axilas, mis costillas, solo se detuvo en el área de los pezones, pero no tuvo ningún reparo en que sus manos entraran con presión por debajo de mi *brassiere* inspeccionando el contorno de mis senos, de ahí pasó a mi cintura.

Yo vestía unos delgados leggins ajustados de tela elástica, una playera larga de algodón, una ligera chamarra que solo tapaba mi torso y por supuesto, mis coloridos tenis Nike dukies de reminiscencias ochenteras. Por mi atuendo no fue difícil acceder a todos los rincones de mi cuerpo en segundos, pero ella parecía dispuesta a tomarse el tiempo necesario. Sus manos pasaron de mis muslos a mi entrepierna. Fue entonces cuando todo hizo corto circuito. ¿Por qué merecía o qué justificaba ser revisada de esta manera?, me dije mientras ella terminaba de examinar mis talones con presión. Fue una inspección sumamente minuciosa ¡que en cada segundo que duró y mientras me repetía “*Don’t move!*”, me dejó claro que yo no tenía poder sobre mi cuerpo, que su autoridad para buscar en mí le otorgaba todos los derechos sobre mi persona.

Ser *weird female* era estar a su voluntad.

Cuando la policía acabó de revisarme, pude verla a la cara me pareció bonita. ¿Por qué no pude conocerla de manera distinta?, me pregunté. Pensé si en cualquier otro escenario nuestro encuentro corporal hubiera sido diferente, si me hubiera sonreído en lugar de verme de manera despectiva, des arriba hacia abajo, si hubiera podido invitarle una cerveza, si hubiera querido bailar conmigo, si sus manos en mi cuerpo habrían tenido otra oportunidad, otro destino. Si poder conocerla en una situación que no involucrara su autoridad sobre mi cuerpo, sino un encuentro fortuito que hubiese permitido el reconocimiento mutuo y empático, podría habernos acercado de otra manera. Si preguntarle su nombre y no verlo en su placa hubiera tenido otro efecto, si su cabello suelto hubiera pasado por entre mis dedos, si sus dedos recorriendo mi piel habrían comunicado otro estremecimiento, si la experiencia de hablarnos habría generado otro recuerdo de su rostro en mí y entonces podría traer a mis memorias mi primer encuentro corporal con una mujer estadounidense de manera distinta.

¿Qué nos habríamos dicho? ¿Cómo habría sido tocarla? ¿Nos habríamos reído juntas? Pero ahí en ese universo era muy evidente quién era quién. Yo no merecía ni siquiera el contacto visual, al instante volvió la cara.

Un comandante con aspecto latino se puso frente a mí y de manera más suave y atenta me preguntó: *Is english ok or would you rather speak spanish?* Sol estaba a unos metros de mí, yo había observado de reojo que a ella apenas la revisaron. Sol tiene tres pasaportes: uno alemán, por su madre; uno mexicano por su padre, y uno estadounidense por que nació ahí, aunque hacía mucho tiempo que no vivía en ese país. El trato para ella fue muy diferente.

Por supuesto su inglés es perfecto, su largo cabello castaño claro cobrizo y sus ojos verdes tenían otro efecto en los policías gringos, ciudadanos americanos como ella. Le hablaban de igual a igual y hasta bromas comenzaron a hacerle, unas de muy mal gusto, por cierto. Buena forma de socializar, pensé mientras veía sus relajados movimientos corporales, a diferencia de Bruno y de mí que seguíamos siendo interrogados con un semblante algo distinto.

En algún momento antes de hacer ese viaje, con Sol bromeábamos cuando le preguntaba qué pasaría si perdiera su pasaporte gringo y quisiera entrar al gabacho. Ella me contestaba como si le hablara a los migras: “*Let me in! It’s my fucking country!*”. Nos reíamos pensando que era la respuesta más *gringa* que podía haber. Ahora en suelo americano me daba cuenta cómo ella si podía hablarle a la ley. Lo que más recuerdo alcanzar a escuchar, después de que mi nervioso inglés pidiera hablar con alguien en español fue: “*What are you doing in Tijuana?*”, le preguntó la policía que me había revisado. Ella contestó: *Studying. What? ¿In Tijuana?*, replicó la policía. *Yes, there’re schools in Tijuana*, dijo Sol. Una mueca peculiar que anunciaba algo así como una risa sarcástica entre ellas pude detectar. Era evidente que había algo que les permitía hablar con esa cercanía. En ese momento pensé que era una cuestión de lenguaje, pero minutos después al repasar el episodio, me di cuenta de que en ese universo alterno imaginario, donde la policía que me revisó y yo podríamos haber tenido otra oportunidad de encontrarnos, no era suficiente que ella no fuera policía, yo tendría que haber sido *gringa*, o por lo menos parecer y hablar como una, como Sol.

Ese instante me hizo pensar no solo en la frontera que yo había cruzado y que ahora me cruzaba al estar en “otro” país que no era el “mío”, siendo detenida en una situación completamente surreal. Además, me inundaba el pensamiento de que también mi voz y mi lengua estaban cruzadas por no hablar inglés, no como ellas, no performar cierto comportamiento ni compartir los códigos que me hicieran reconocible entre aquellos cuerpos blancos.

Cuando lo analizo más a profundidad, me doy cuenta, además, de esa otra frontera que cruzaba mi cuerpo, la de ser “*wierd female*”, pienso entonces lo evidente que era que, en ese universo paralelo que podía habernos hecho coincidir –quizás bailar, disfrutar, conocernos– a la linda policía de ojos claros y cabello rubio y a mí, no solo tendría que haber sido blanca y hablar inglés, quizás también tendría que haber sido hombre o en dado caso mujer sin lo “rara”. Cada variable se sentía como una centella que trazaba los límites de mis condiciones, era la sensación de un prisma difractando la luz. Mi cuerpo estaba siendo cruzado por múltiples fronteras, no importaba en qué universo fuera, esas fronteras volvían a aparecer, dispersando y trasluciendo sus rayos hacia nuevas direcciones desconocidas, donde nuevas leyes regresaban a detenerme.

Making Friends en la ciudad de Los Ángeles

El amable policía que hablaba español y que tomó mi declaración me explicó que todos habíamos dado la misma versión. Bruno no había visto a su hermano Luis ni a su primo Esteban en años, Sol y yo apenas los habíamos conocido esa tarde, no teníamos ni idea de los asuntos que podían involucrar a Esteban con la policía, así que finalmente nos dejaron ir a los cuatro. Amablemente nos dieron indicaciones para llegar al Foro Los Globos, despidiéndonos con un bonachón: “*Have a good evening!*”.

Ese cambio en el trato me atraviesa como el súbito despertar de una pesadilla, entre la angustia que recorre el cuerpo y el alivio de saber que todo lo anterior ha pasado. “Ahora si nos merecemos una chelita”, soltó alguien al aire, quizá yo.

En tan solo cuestión de minutos regresábamos a esa otra cara de emoción, expectativa y aventura de estar en la ciudad de Los Ángeles; nos relajamos con algunos chistes sobre el suceso y la *weird female*, risas nada cobardes se desbordaron a borbotones. Luis nos explicó que la situación de Esteban era delicada porque involucraba una menor de edad. Hasta ahora no tengo detalles de lo que realmente pasó para que nos detuvieran, pero sí sé que esa noche Esteban fue arrestado por la policía cuando Bruno y él se despidieron. Poco he reparado sobre qué tipo de criminal suponían detener aquellos *officers*, y si en verdad detener a Esteban justificaría o no nuestra detención, tampoco he gastado las noches en ello. Recuerdo que en algún punto Sol mencionó: “para ellos éramos una banda de violadores y secuestradores”.

Con esa frase pude armar el rompecabezas que había estado tratando de resolver hasta ahora, me quedó claro que si a toda la gente que detienen “bajo sospecha” es arrestada de esa manera, en esa ciudad y bajo esa ley debían estar operando muchas otras fronteras.

Animándonos mutuamente, continuamos con la mirada fija en el motivo de nuestra visita a L.A. esa noche. Cuando llegamos al Sunset Boulevard en Silver Lake, el set completo había cambiado. Ahora las luces, los bares, el ruido y el estilo peculiar de la exuberante y emocionante vida nocturna angelina emergía desde el sinsabor de nuestra experiencia surreal con la policía, para pintorescamente dejar ver las postales cotidianas de gente paseando a sus perros, andando en bicicleta o caminando con amigos. Decidimos entrar primero a un bar cercano a Los Globos para tomar unos tragos, ahí nos encontramos con Hess, quien atónito escuchaba nuestro relato, mientras un escenario de terciopelo rojo en los sillones de media luna y pequeñas mesas con una lámpara tenue al centro, nos rodeaba con la música de *Flying Lotus* de fondo.

Mis imaginarios comenzaron a trabajar de nuevo: poco a poco mis polaroids comenzaron a dispararse de nuevo, capturando las imágenes características del ambiente nocturno de la ciudad: las partes perforadas de los cuerpos con sus respectivas bisuterías *dark*, los vistosos y atractivos tatuajes, el maquillaje *glam*, el tinte en el cabello, las manadas *queer*, las elegantes y costosas vestimentas. Sobraba que alguien me recalcará lo mucho que vale cómo te ves en esa ciudad —en todo el mundo me dirán algunos, lo había descubierto de primera mano, tanto por mi experiencia con los policías como con en el *fashion show* que estaba presenciando. En una ciudad donde el glamour y la pretensión son tradición, la ficción es determinante.

Fronteras que cruzan

Recuerdo esa noche y la travesía de cerca de 12 a 14 horas que duró mi primera excursión hacia el *gabacho*. Salir de mi casa en Playas de Tijuana, recorrer la carretera Internacional sobre la cual se levanta el muro de metal que divide Estados Unidos y México desde el Océano Pacífico hasta el desierto, para después llegar a la garita de San Ysidro y cruzar a San Diego, recorrer la autopista hasta L.A, llegar al Sunset Boulevard en Silver Lake, regresar y volver a hacer toda la travesía ahora en la noche. Huellas cuyo patrón se repetiría constantemente en los años posteriores, imágenes que aún se entremezclan en mis recuerdos recurrentes.

Pero quizás lo que más resuena de ese trayecto son los archivos que se fueron guardando como cartografía de ese viaje, el mapa de mi excursión.

Los distintos puntos en los que paramos para comprar agua, sodas y botanas, la casa de cambio en la que obtuve mis primeros dólares, el taxi de ruta para llegar de Playas al *downtown*, los primeros rostros que vi al cruzar al “otro lado”, las personas con las que hablé,

el *trolley*, los artistas urbanos, los ojos de la policía, el bar al estilo David Lynch, el mesero que me hablaba en español en Los Globos, el concierto de Mikki Blanco y Broke Candy, la gente de Los Ángeles que conocería tiempo después, la oportunidad ahora de volver a vivir, escribir y re-sentir mi cuerpo cruzado por esas múltiples fronteras, por esos múltiples *otros lados*.

LOS BORDES, LOS HUECOS

Federica Ambra Psaila

Una gringa en São Paulo: recorriendo los bordes de la frontera sin cruzarla

No era exactamente lo que suelo definir como paseo. Ni siquiera salimos del coche. Observé la ciudad por la ventanilla, en silencio. São Paulo es rascacielos. Rascacielos por todas partes. Es gris, es paradójica. Hay más personas viviendo en la calle que personas que caminan por ellas. Nunca había visto a tantas personas sin hogar juntas en toda mi vida.

Llovía.

Un hombre cruza la calle fumando crack mientras la luz roja del semáforo danza entre las gotas de agua del parabrisas. Un viejito con muletas golpea la ventanilla del coche pidiendo dinero y me mira fijamente, inmóvil, hasta que el semáforo se pone verde y partimos. Una pareja acostada en la acera encima de un periódico y bajo una manta podrida fuma tabaco viendo la televisión en la calle, bajo la lluvia. Como cualquier pareja en la cama o en el sofá de casa, fumando un cigarrillo y viendo la televisión.

Me quedo boquiabierta y mi mirada se pierde en algún lugar afuera.

Al día siguiente visitamos una exposición de arte contemporáneo. El panfleto decía: “Piccinini dibuja criaturas que podrían ser el resultado de experimentos genéticos: divertidas, extrañas, poéticas y monstruosas, pero con una enorme humanidad y bondad en sus ojos. Sus esculturas crean un escenario de preguntas, donde cada espectador debe encontrar su respuesta”. Esto es São Paulo, sus criaturas, sus impactantes paradojas y yo, uno de esos espectadores, tratando de recuperarse entre una pregunta y otra sobre esa realidad social que tanto me confundía.

Cuánto folclore en la Calle 25 de Marzo, pero qué tenso. Allí la gente no camina, corre. Corren, pero no parecen tener prisa. Agarran bien fuerte sus bolsas de compras y corren despiertos, alerta o como dicen aquí: *ligados*. Un ambiente tan tenso que cada vez que pienso en buscar mi celular para sacar una foto, primero pregunto si puedo. A veces ni siquiera pregunto, sigo agarrando bien fuerte mi bolso corriendo sin parar.

Coger un taxi en São Paulo es una experiencia sensorial. Afuera un calor insoportable, dentro aire acondicionado, wifi y cables para cargar la batería del celular. Afuera la gente corriendo y yo en ese micro-mundo disfrutando el viaje a 50 km/h. Aire fresco, confort y seguridad detrás de esos vidrios polarizados que en mi tierra italiana solo tienen los políticos y los privilegiados. Aquí no, cualquier coche los tiene. Por seguridad, para no ver adentro.

Atravesamos una infinidad de barrios. Cada uno diferente, cada uno con sus peculiaridades y paradojas, cada uno contrastando con el otro. Un barrio de casas miserables y justo al lado, uno con guardias de seguridad y cámaras de vigilancia en cada puerta. Así que, en Brasil, la riqueza de unos pocos me sorprende tanto como la pobreza de muchos. No sé decir cuál grita más fuerte.

En el ascensor de un edificio no tuve que presionar el botón del piso deseado porque había una persona contratada para hacerlo por mí. Me pregunté ¿qué tipo de educación recibe un niño que nunca ha tenido que presionar el botón del ascensor para llegar a donde quiere ir?, ¿cuál es la moral de este país, qué valores representa?

Una persona sin hogar que tiene una televisión ¿por qué lucha todos los días? ¿Por qué lucha un *favelado* que tiene un coche igual al de mi dentista? ¿Cómo pasear en la misma acera donde duermen millones de personas sin hogar? ¿cómo puede ser algo normal?

No puedo esperar para volver a salir. En coche. O en taxi. Y entonces desde mi micro-mundo observar esta realidad degradante mientras, gracias al wifi, actualizo mi álbum de fotos en Facebook. Qué ironía en este mundo.

Navidad tropical: los huecos en el borde

Por la mañana, al día siguiente, me quedé en casa escribiendo mi diario para desahogar mis emociones. Era Nochebuena. Para que me sintiera en casa, la madre de Víctor había comprado un *panettone*, o mejor, un “chocottone” para el desayuno y preparado una cafetera italiana para que yo pudiera hacer el café tan pronto como despertara: *Eu sei que vocês italianos têm a vossa maneira toda especial de preparar café. Vocês tomam café forte. Eu também gosto de café forte, vou experimentar o seu!*

Hice café para ella y para mí mientras Víctor aún dormía. “*Credo!!!*”, exclamó haciendo una mueca. Pensó que era demasiado fuerte y lo dejó todo, pero el intento de hacerme sentir como en casa valió la pena, ¿no es Navidad sin *panettone* y un buen café!

Cuando Víctor despertó no salimos a comprar los últimos regalos de una larga lista, ni salimos corriendo de un supermercado a otro para los preparativos de última hora como pasa en mi casa en Nochebuena. Víctor simplemente me llevó al mercado a almorzar con pastel y *suco de caña*, ¡qué delicioso!

Hacía calor. Llevaba pantalones cortos, una camiseta sin mangas, una chaqueta muy ligera encima y un sombrero de paja. Todos me deseaban Feliz Navidad, me pareció más bien *Ferragosto*, una fiesta que en Italia se celebra el 15 de agosto (la época más calurosa del año) junto a amigos o familiares con un rico almuerzo al aire libre, por el mar, el río, o buscando aire puro hacia las montañas y colinas... ¡a menudo con baños y peleas de globos de agua! Pero no. Era Navidad, ¡sí, señor! ¡Mi primera Navidad tropical!

La cena de Navidad era en casa del tío de Víctor, así que al final de la tarde fuimos a un centro comercial a comprar un regalo para nuestro amigo secreto. Simple, esencial, sin desperdicios o exageraciones como a menudo había presenciado al otro lado del mundo. Divertido, bonito y con ¡muchas risas y sonrisas por delante!

En el coche, pasamos por el costado de un puente y, *oh, la lá, ¡Fred!*, debajo había un árbol de Navidad y alrededor de él una pequeña comunidad de personas sin hogar celebrando la ocasión. Niños corriendo y dando vueltas, jugando, bailando, riendo. Jóvenes aplaudiendo como tocando tambores. Sin luces. Sin regalos. Un árbol y pronto es Navidad.

Llegamos a casa de los tíos de Víctor. Inmediatamente me recibieron con una pequeña taza de *cachaça* y una *caipirinha*, mucha samba y conversaciones tan interesantes que hubiera escuchado durante horas. Nunca me había sentido tan bien rodeada de desconocidos. Me sentí parte de la familia. Una gran Navidad en familia, solo que no era la mía, era al otro lado del mundo, en pleno verano fuera y dentro de mi corazón.

Fred, o segurança da minha universidade mora numa favela aqui perto e me convidou a ir lá para um churrasco amanhã, você quer ir comigo. ¡Qué pregunta! La mañana siguiente estábamos en Taipas. Víctor me presentó, pero todos se quedaron mirándome sin hablarme, cortando cada pregunta o intento de interacción. No sé si porque soy gringa, porque soy blanca, porque soy privilegiada y nada que ver con su mundo o simplemente porque no era de allí, pues todos llamaban gringo a Víctor también.

¡Me sentí un trozo de carne en una rueda de lobos, juzgada y vulnerada hasta que... *Ô gringa! Fiz essa caipirinha de morango pra mim, toma. ¡Bebe!*

En mi cabeza la voz de mi madre gritaba “¡Piedad! ¡Ni siquiera pienses en hacer eso! ¡¿Has visto la cantidad de personas que bebieron esa taza? ¡Oh, mamá!, después de tantos intentos de romper el hielo, ¿me iba a negar por no tener un vaso limpio? ¡Lo bebí y se convirtió en una fiesta! ¡Y qué fiesta!

Tiago, Pedro y Helbert: bordeando los huecos en la trama de mi alma

A media tarde nos alejamos de la música y los vasos para fumar un cigarrillo y conversar. Querían saber más sobre mí, de dónde vengo, por qué fui allí y qué estaba pensando de Brasil.

Sin pensarlo dos veces les leí algunas páginas de mi diario. Todavía no había tenido el coraje de compartirlas con ningún brasileño porque no quería que me malinterpretaran, no quería que pensarán que llegué allí para criticar todo y que pensarán que todo estaba mal. Solo necesitaba desahogar todas esas emociones que estaba sintiendo, necesitaba desfogar toda esa indignación por un sistema que era el reflejo inevitable de procesos históricos que me hacían sentir responsable, de alguna manera, por pertenecer al Viejo Mundo. Un desahogo que explotaba en la tinta de un bolígrafo, para aligerar mi cabeza, para tener la oportunidad de volver a leer todo y revivirlo con ojos nuevos y más conscientes. Con los ojos de quien no ha caminado distraídamente por los bordes de una frontera sin cruzarla realmente. Pero con los ojos de quien logró hacer unos huequitos entre los lugares y los cuerpos para cruzarla y bordearla en el alma.

Por alguna razón con ellos gané coraje. Mis amigos de la *favela* fueron mi primera audiencia, algo muy especial y para ellos debió serlo también: cuanto más leía, más querían escucharme. Se identificaron. Me dijeron que leyera más y más, para mirar a su país a través de mis ojos, los ojos de una gringa.

Cuando terminé de leer me pidieron que memorizara sus nombres para luego poder escribir sobre ellos en mi “libro” y así formar parte de mi historia: *¿Você tem que decorar nosso nome senão como que vai escrever sobre nós? Ai ninguém mais vai se lembrá!*. Cuánta esperanza en esas palabras, cuánto orgullo en esos ojos por haber tenido la gran oportunidad de haber recibido una gringa en su *favela*. Y ella escribe, definitivamente también escribirá sobre ellos, *¡ela vai contar pra todo o mundo que aqui é bom e que a galera é gente boa!*

Volvimos a la fiesta y una mujer me tiró del brazo insistiendo en que aprendiera a *sambar*. ¡Qué misión, la de ella! No me dejó ir hasta que aprendí, para poder decirles a todos que aprendí a *sambar* en Taipas, una *favela* brasileña. *Ainda bem que você está gostando de sambá! Que bom, assim você vai escrever no seu livro e vai falá da gente. Vai falá bem da comunidade.*

Mientras terminaba con otro cigarrillo, mirando las nubes que se acercaban con un brillo particular en su hermosa mirada, Tiago me confesó: *Eu também quero sair daqui, ¿sabe? Eu quero ver como é o mundo lá fora. Quero conhecê-lo, como você.*

Nunca olvidaré lo que vi, escuché, viví allí. Nunca olvidaré la simplicidad y humildad de esta gente. Nunca olvidaré el entusiasmo y la curiosidad de Tiago, Pedro y Helbert mientras les leía cuentos, imaginando que algún día ellos también serían protagonistas de una de estas páginas. Nunca olvidaré la mirada de Tiago tomando vuelo como una golondrina que migra en primavera.

Fue uno de los días más hermosos de mi vida.

En Brasil, y de hecho en São Paulo, aprendí a *sambar*. Aprendí a bailar bajo la lluvia y a amarla. Sonreí hasta quedarme con calambres en la cara sin ninguna razón específica, solo porque sí. ¿Quién necesita motivos para sonreír cuando la vida es tan sencilla y llena de colores? Ese día entendí que, en el teatro de la vida, la belleza de São Paulo puede estar precisamente en el hecho de no pretender ser lo que no es. Una realidad cruda y anunciada, a diferencia de otros lugares donde la ilusión del desarrollo atrae la atención hacia las distracciones, São Paulo no. Ella te restriega en la cara todo lo bueno, lo malo y lo absurdo. São Paulo grita. Grita desigualdad. Desigualdad de clase, raza, oportunidades, mundos.

São Paulo me habló de sí misma, pero también del lugar privilegiado que yo ocupo en el mundo. Me enseñó a dejar atrás los prejuicios y las comparaciones. Y que todo viaje es un viaje de ida sin vuelta cuando nos permitimos hacer espacio, abrir huecos entre los límites de las fronteras que nos separan, hasta el punto de lograr bordearlos, uno por uno, en la trama de nuestras nuevas identidades híbridas.

EVACUACIÓN

Omar Vargas

Otoño, montañas de California, Estados Unidos.

Ninguno de los dos sabía cómo actuar en esos momentos. Vimos en el horizonte las grandes columnas de humo ascender la tarde del día anterior y sentimos el mismo escalofrío que dos años antes nos avisó que el peligro se acercaba. Una vez más el aire caliente soplaba con fuerza, es la época de las tormentas de viento seco y caliente, los malditos vientos de Santa Ana. Hace dos años el incendio creció lentamente, esta vez no, nos fuimos a dormir con unas lejanas columnas de humo y al siguiente despertamos con el cielo cubierto de humo, un sol pálido y naranja, cenizas cayendo entre los árboles y sobre nuestro jardín. Despertamos en Marte.

Todavía hoy sigo preguntándome, ¿por qué nos parecía una opción quedarnos y arriesgar la vida? ¿Por qué, aunque solo haya sido un impulso, nos pareció viable pensar en quedarnos? Creo sinceramente que desde afuera todo parece absurdo y estúpido, tal vez lo sea, sin embargo, las granjas de *weed* son mundos extraños. Las reglas de la vida están medio torcidas, tanto acelere te vuelve extraño al mundo externo.

Las granjas de cannabis parecen microcosmos donde se te acelera la vida, andas todo el tiempo a mil por hora, trabajas a mil por hora, tal vez lo más correcto sea decir que no estamos seguros de que eso es realmente parte de la vida, sino, quizá, una especie de paréntesis productivo. Una parada en el camino para comprarte tiempo en el futuro. Ya sé que las metáforas capitalistas son horribles, pero tampoco es que la vida en las granjas sea un paraíso, al contrario, hacer jornadas de 12-14 horas diarias, cagar en una cubeta, acampar durante meses o compartir la vida con un montón de hippies podría parecer una aventura placentera pero no siempre lo es.

Así fue como nos conocimos “Cuatro Píes” y yo. Un amigo en común me avisó que necesitaban alguien que les ayudara en esa granja y le caí, al fin ya andaba por esos rumbos. Cuando llegué ya era de noche, tipo las 11:00 pm; salieron a recogerme Chris, el jardinero, y él. Venían en una vieja camioneta 4x4. “Estuviste cerca, casi llegabas”, me dijo.

En ese negocio es muy apreciada la habilidad de saber moverse por uno mismo, entre menos tiempo le quites a los demás, mejor. “Cuatro Píes” se subió conmigo y seguimos a Chris en el otro auto. Pasamos la cerca que indica Propiedad Privada, lo de siempre. Me advirtió que esa cerca debería estar cerrada siempre porque si se deja abierta la policía puede entrar, aunque no tengan una orden de registro. Le pregunté qué tan “caliente” estaba la zona. Me dijo que no, que tranquila, se rumoreaba que algunos vecinos se dedicaban a cocinar *Meth* y que, sobre el camino principal, unas dos millas más arriba, a otra granja le cayó una redada un par de meses atrás, pero nada más. Aproveché para contarme sobre los vecinos: Jeff, el plomero; Steve, el ex-sheriff ahora retirado; Rick, el contratista de construcción, y en cada casa, un jardín. “Aquí, este pedo es una cultura, todos siembran y si no siembran le rentan su patio a otros para que lo siembren, hasta a la policía”, me dijo Cuatro Piernas. Siempre discretos, por eso no les gusta que haya extraños rondando por los caminos.

“Igual que en todos lados, este chaparrito me está queriendo impresionar con el cuento de vaqueros”, pensé.

Estaban descolgando unas colas de *Girl Scout Cookies* o de *Lemon Kush*, no me acuerdo, solo recuerdo que eran buenas cepas, de las gordas, de las que te hacen quedarte en

una granja. Las colas llevaban colgadas cuatro días y ya estaban listas para embolsarlas o para trimmearlas. Tampoco me sorprendió que estuvieran trabajando a esas horas, mejor para mí, de a veinte la hora, ya salió para la gasolina, me dije. Ni siquiera nos detuvimos a presentarnos, mientras descolgábamos las ramas platicamos, nos fuimos contando nuestras historias. Los dos venían como del mismo círculo de amigos unidos por el gusto de practicar yoga, la comida vegetariana, los viajes por el mundo, las ciencias ocultas y las energías, medio hippies pues.

Así fue como me enteré de que Chris era canadiense, que había dejado la escuela de derecho porque se aburrió, mejor se fue a viajar por el mundo para terminar practicando yoga en la India. En uno de esos viajes conoció a Teresa y ella lo conectó con Matt, el *Grower* de la granja; ahora estaba ahorrando plata para seguir viajando, quería conocer Vietnam, Laos, Cambodia y lo que se pudiera durante ese año. Había llegado tres meses antes a la granja, justo en la época de floración, la última parte del ciclo de las plantas. Le tocó la parte más pesada, hay que regar muchísimo, rociar dos o tres veces a la semana y aplicar complementos. Una chinga.

Cuatro Pies era mexicano, aunque sus papás lo mandaron a vivir con sus tíos en el gabacho desde morrito; ahí aprendió inglés y se le olvidó el español, luego tuvo que recuperarlo cuando regresó a vivir en México. Aunque ahora era muy útil poder hablar los dos idiomas en las granjas, era una especie de intérprete oficial. Nos contaba que desde muy morrito supo que no era como los demás niños.

“Como a los seis años, una vez me pusieron hasta enfrente de la fila; al principio pensé que era por algo chido, pero nel, la banda se estaba burlando de mí. Por chaparro”. Nos contó también por qué le empezaron a decir Cuatro Pies. Cuando entró a la preparatoria ya había desarrollado una gran fuerza física, destacaba en varios deportes, fútbol, rugby, basquetbol y atletismo eran sus favoritos. Corría tan rápido que un día alguien mencionó que parecía que tenía cuatro piernas ¡Y cuatro pies... pero de altura!, dijo alguien más que estaba por ahí.

Desde entonces se convirtió en Cuatro Pies, cuatro pies de altura, cuatro piernas de potencia.

Su manera de encontrar un lugar entre los de su generación fue conocerlos, conocerlos muy bien, saber qué les gustaba, hablar como ellos, saber qué no les gustaba y actuar en consecuencia. Aprendió de la naturaleza humana, ser el *outsider* lo enseñó a no juzgar de primera mano, también le enseñó lo doloroso que es el rechazo.

Al día siguiente Chris se fue a seguir cosechando el jardín y “Four feet” y yo a trimmear lo que habíamos descolgado la noche anterior, las colas estaban preciosas. Le decimos cola al tallo principal de las plantas, es la rama con los cogollos más grandes, los más chidos, te puedes hacer hasta cuatro o cinco *pounds* al día con esos.

Como siempre que estás trabajando a destajo o por peso surge una especie de competencia por ver quién lo hace más rápido. Como todos los jornaleros compites por el dinero, pero también por el prestigio de ser el mejor. Ese año creo que estaba en 150 dólares el *pound*, entonces la mente solo puede pensar en la siguiente libra, la siguiente libra, la siguiente libra, no hay espacio para otra cosa, cada *pound* significa como una semana de vivir sin trabajar cuando cambias tus dólares a otras monedas del tercer mundo. Una semana de dedicarte a lo que de verdad te gusta hacer, una semana de tu vida comprada, “una semana de libertad” dicen lo más hippies. La cosa es que si te aplicas chido puedes sacar hasta dos o tres *pounds* por día, depende la calidad del *strain* también. Ni siquiera necesitas un capataz que te ande apurando, tú solito te apuras en chinga, por eso luego ni quieres platicar, porque te distrae y pues *time is money, my friend*. Si te clavás platicando no sacas la libra diaria, la

libreta, el *pound*. Ya lo dijo Chuchito hace miles de años, y lo repiten los trimmigrants ahora: danos señor el *pound* nuestro de cada día, si se puede dos o tres también, no nos dejes caer en la distracción, y líbranos del malamén. La oración del trimmigrant, la aparente fórmula del éxito en las granjas de cannabis, aparente porque todavía tienes que lograr que en realidad te paguen al final de la temporada.

Pero antes del pago, imagínate que te haces en un día tres o cuatro *pounds*, ya te sacaste 450 bolas, con eso puedes vivir dos o tres semanas. Como todo, hay días buenos y días malos, por eso hay que aprovechar cuando la *weed* está buena, que te la mandan en su punto exacto para trimmearla. Ni muy mojada, ni muy seca, ahí sí, te clavas tus audífonos y adiós a todos, a pegarle a la tijera. Nomás te levantas a comer en chinga, aprovechas para ir a cagar al bote y de regreso a la tijera, ni te bañas, a veces también se te olvida comer. La cosa es que te hagas unas 50-60 unidades en la temporada, ya con eso estás del otro lado, ya salió para viajar el resto del año o para lo que quieras, casi que te compraste un año de tu vida.

El hecho es que todos vendemos nuestra fuerza de trabajo, los trimmigrants solo se la vendemos a un mejor postor. Comprar un año de vida en un par de meses de trabajo suena atractivo y redituable. Perder todo un jardín por un estúpido incendio es una gran tragedia. Pero eso fue después.

Esa temporada que nos conocimos pues nada, el Chris a cosechar y colgar, cuando necesitaba ayuda íbamos a colgar o descolgar también, cuando no a trimmear. En esas estábamos cuando un día apareció Matt, el *grower*, con que teníamos que meterle velocidad al asunto porque le habían encargado 100 unidades para “antier”. La neta eso me lo explicó el Four Feet después, porque al principio no le entendía nada al Matt. Su acento me costaba un chingo de trabajo. A lo mejor por eso él tampoco me hablaba mucho. Chance haya sido ese acelerón el que nos descompuso al Chris, de por sí ya se andaba metiendo todos los días una madre dizque naturista para que le diera energía: se desayunaba dos cafés en la mañana, fumaba cigarrillos de a chingo y también un chingo de mota.

Entonces, para sacar el pedido, pues el Chris se nos tuvo que duplicar la dosis, al amanecer doble taza de café y salía disparado al jardín mientras se prendía el primer porro del día, luego del desayuno se preparaba su termo “energético”, cuatro cucharaditas de maca, dos de guaraná, dos de te verde y doble microdosis de LSD, pum, a volar. Todo bien revuelto y frío para alivianar el calor de andar bajo el sol. Entre viaje y viaje para colgar la hierba, el Cristiano Ronaldo entraba al *trimm room* a platicar. Ya con las pupilas gordas y la quijada dura hablaba tan rápido que de pronto nomás te reías, pero ni le entendías.

Así andaba sube y baja del jardín a los *containers* para colgar la hierba, cuando anochece y ya no podía seguir cosechando se lanzaba al *trimm room* y nos “ayudaba” a trimmear para completar el pedido. Obvio él también quería sacar más lana, por lo menos apuntarla en la libreta. Como al tercer o cuarto día de estarle trabajando a ese ritmo el Chrispin se nos empezó a descomponer. Un día llegó la vecina a preguntar si podía ir con ella para trabajar, necesitaba bajar su jardín rápido porque le estaba saliendo plaga. ChocoChrispin andaba muy irritable y le dijo que no, que si le pagaba doble, iba, se vio mal pues. Ya de tan ansioso que andaba el Matt le dijo que se tomara unos días libres, se lo llevó ese día junto con las 100 unidades del pedido.

Ahí nos quedamos *Cuatro pinzas* y yo, la idea era que nos dedicáramos a trimmear. Ya por esos días nos habían llegado noticias de los incendios cercanos. Un par de semanas atrás se había quemado *Paradise City*, la de la canción de los *Guns and Roses*, una tragedia, se murieron varias personas, se quedaron atrapadas porque el incendio bloqueó las carreteras de salida. Les ganó el tiempo.

Entonces ahí estábamos *Cuatro pies*, alias el doble tracción, y yo, a trimmear desde temprano y a darle todo el día, 12-14 horas de tijera.

Una mañana se nos apareció una columna de humo en el horizonte, el internet como siempre estaba pal perro, funcionando de a ratos. Cuando logramos revisar las noticias pudimos confirmar que sí había un incendio cerca. El Mateo nos dijo que no nos preocupáramos, teníamos que estar pendientes de la página del sheriff del condado nomás. Igual él regresaba en un par de días. En ese par de días el humo no dejó de subir y la columna de engordarse, hasta que cubrió todo el cielo. De día era paisaje marciano, a ratos oscuro como cuando está nublado, pero con menos luz, o de la nada todo se ponía naranja, como cuando el atardecer, pero por todos lados y la ceniza, pequeños copos de nieve grisáceos cayendo a ratos.

La neta sí se veía y se sentía raro, pero pues ya estábamos ahí, ni modo de sacarle la vuelta al parche. Tampoco podíamos parar la cadena de producción, parece que no, pero la *weed* es una flor. Ya sé, *weed* en inglés significa hierba, pero pues lo que se fuma es la flor. Y es bien delicada, se echa a perder con todo, mucho calor, mucho frío, mucha humedad, poca humedad, mucho sol, mucho humo. Todo la daña, más cuando está en el jardín; de un día para otro se te pone triste la planta y si no le pones atención al tercer día ya se está secando. Dependiendo el tamaño, cada planta pueden ser cuatro o cinco libras de *weed* ya trimmeada. Es mucha lana.

Además, apenas íbamos a la mitad del *harvest*, faltaba que regresara nuestro jardinero estrella para terminar su chamba. Al tercer día regresó el Matias, luego luego preguntó por Chris.

“*Where is our gardener? Have you guys talked to him? Why hasn't he returned?*”. Cuatro pies fue el que le hizo el paro, le dijo al jefazo que se había enfermado y que por eso no fue, que iba a regresar en un par de días, que teníamos un montón de bolsas para seguir trimmeando, que tampoco era necesario que regresara en ese momento. Cuatro piernas era así, siempre te hacía sentir que tenía todo bajo control, a veces era un poco difícil de creer porque estabas en un paisaje marciano, pero él se esforzaba por cumplir esa labor y sobre todo Matias parecía creerle.

Nunca supe por qué no regresó el Christiano a la granja, tal vez estaba más malito de lo que se veía, tal vez fue mala suerte, mal cálculo o malas decisiones, la cosa es que le tocó estar fuera cuando la evacuación. En circunstancias normales sería una fortuna, porque escapaste del peligro antes que todos, pero en la granja no, en la granja significa perder tu chamba, no estuviste cuando te necesitábamos, ni modo. Parece que Matías también le dijo que necesitábamos ayuda porque nos iban a evacuar y el muy cabrón se sordeó. La cosa es que ese día estábamos nomás los tres ahí, Cuatro Pies de altura, Mateo y yo y, bueno, los dos perros.

Ese día amaneció despejado, el humo se había ido, entonces pensamos que ya lo peor había pasado, hasta el sol volvió a brillar; se agradece bastante un rayito de sol después de pasarte casi una semana en pinche Marte. San Mateo se puso a hacer el *harvest*, entonces ahí andaba sube y baja del jardín a los *containers*, los otros dos andábamos pegados a la tijera en el *trimm room*, aunque la neta ese día sí le echamos hueva, a cada rato nos salíamos a agarrar sol. Ya lo extrañábamos.

Así estuvimos toda la mañana, como siempre que iba el Matt a la granja, paramos a la hora del lunch para hacernos unos burritos. Ahí nos dijo el jefazo que le ayudáramos en el *harvest* que porque faltaban más plantas de las que se imaginaba y no sé qué. *Forty four inches* y yo solo nos volteamos a ver y nos reímos. Ya se nos había cansado el jefazo, y nomás

llevaba una mañana pegándole a la chamba. Como quiera nos fuimos al jardín, a bajar plantas, está chido cambiar la silla del *trimm* de vez en cuando y agarrar sol. Además, a mí la neta me interesaba esa onda porque pues no cualquiera hace *harvest* (o eso pensaba), tienes que saberle, entonces estaba chido aprender y a Mateo pues como que le gustaba enseñar. Tal vez por eso nos llamó para ayudarlo en el jardín.

Luego de que nos dio el *training* básico para el *harvest* nos fuimos turnando, uno cosechaba en el jardín, otro subía y bajaba con las cajas al *container* y el otro colgando las ramas.

En eso andábamos ocupados, sería media tarde porque ya estaba medio asoleado porque se me olvidó mi gorra, iba bajando con una caja de ramas para colgar, levante la vista hacia el horizonte y ahí estaba la columna de humo, entre gris y blanca, muy delgada, como si hubiera subido muy rápido. En corto le conté al *Cuatro pies* que estaba colgando, y salimos a verla, era inevitable ver esas cosas y no pensar en el incendio que te puede agarrar. Subimos a ver a Matt, y pues nada, seguimos trabajando, no había otra cosa que hacer.

Al poco rato me llegó el SMS al celular, *Evacuation warning*, estaba en el turno de colgar ramas en el container. Cómo chingados le hacen los gringos para ponerme un SMS en mi cel, pensé, luego en corto me espanté y salí a preguntar qué procedía. Matt y *Cuatro Pies* ya estaban revisando noticias en internet, a todos nos había llegado el mensaje, se nos detuvo la cadena de producción y todos nos pusimos a tratar de entender por dónde venía el fuego; qué tan grave era nuestra situación y cuáles eran nuestras opciones. Hablamos un poco de nuestro plan de evacuación. Hubiera sido muy sencillo tomar nuestras cosas y salir corriendo de ahí, el problema era la mariguana, ¿qué hacer con la mariguana?

La zona se iba a llenar de policías, sino es que ya estaba llena, también sabíamos que de esa *weed* dependía que nos pagaran, si el Matt no podía vender no iba a haber paga para nadie, así funcionan las cosas en las granjas, te pagan hasta el final, hasta que se vende la cosecha.

Matt salió con un plan onda “gringo película de Hollywood”, según él, después de la *evacuation warning* seguía la *evacuation order*, ahí sí nos teníamos que salir a fuerza. Como precaución movimos los autos cerca del camino de salida, muy formaditos, para salir corriendo, *just in case*, ordenamos nuestros campamentos y armamos nuestra bolsa de fuga con dinero, llaves, visa, pasaporte y esas cosas, la que se supone que todo *trimmer* debe tener siempre lista, pero que la neta no lo hacemos.

Entonces el plan, los autos listos a un lado de la puerta de salida para salir en chinga, teníamos que cerrar todas las posibles fuentes de explosión, o sea cerrar y desconectar los tanques de gas, el de la cocina, y la regadera, juntar los garrafones de gasolina y los generadores dentro de un *container* y cerrarlo, cerrar la bomba de agua y lo más importante; ¿estábamos dispuestos a mover la operación? Matt nos dijo que él podía conseguir otro lugar donde podríamos aterrizar, si hacíamos eso íbamos a tener que cargar con las herramientas para trabajar y por supuesto con la *weed*. Yo creo que todos pensábamos que esa posibilidad estaba muy lejana, porque el plan quedó en eso, en la plática y ya no se decidió al final si mudábamos la operación.

Al poco rato nos llegó otra vez por SMS el aviso de la orden de evacuación. No sé cómo lo hacen porque mi celular es mexicano, pero ahí estaba, *evacuation order* emitida por el sheriff del condado. Sabíamos que más tarde llegarían las patrullas a hacer efectiva la orden. En ese momento todo se salió de control, como por inercia todos pensamos en mover la operación, llevarnos la hierba para el otro lugar, rescatar lo más que pudiéramos de lo que ya se había cosechado. Metimos las bolsas de la bodega en la casa rodante de Matt, bajamos

lo más que pudimos de los *containers* y empacamos tijeras, charolas, alcohol y esas cosas que necesitábamos para trimmear. Tratamos de ocultar las bolsas negras de *weed* debajo de cobijas, casas de campaña, *sleppings* y todo lo demás que necesitábamos para acampar.

Dejamos los autos a un lado del camino con los motores encendidos y nos fuimos a cerrar y guardar los tanques de gas y gasolina. A tratar de resguardar lo mejor posible lo que fuera de valor. A la mitad de esas carreras nos llamó Matt para pagarnos algo de lo que nos debía. "*I don't wanna you guys go out with empty hands. Just in case*".

Just in case what? Pensé para mis adentros, Cuatro pies se fue a resguardar su dinero, supongo, hice lo mismo. Luego a darle una última vuelta a la granja, cerciorarnos que no se nos quedara nada importante detrás. En eso estábamos cuando Matt se nos desapareció. Teníamos todo listo para salir y el vato se desaparece. Tuvimos que regresar a buscarlo, en eso escuchamos la sirena del Sheriff, por el altavoz de su unidad iba repitiendo: *The evacuation order it's mandatory, please leave the place empty.*

Nos avisaba que el tiempo se había acabado, teníamos que salir, Matt apareció entonces con su vieja bicicleta que no quería dejar atrás. Y salimos por el camino, con mi auto y la casa rodante llena de bolsas de *weed*. *Three guys and a bag of weed*. Al final todo salió bien, todos los vecinos de la zona estaban siendo evacuados y todos estaban haciendo lo mismo, la policía no iba detener a nadie por estar transportando mariguana.

Dos años más tarde, ahí estábamos Cuatro Pies y yo, observando las cenizas caer, el cielo cubierto de humo, la pálida luz del sol y los destellos naranjas anunciando el incendio. Estábamos pensando qué debíamos hacer, todos me han dicho que no había nada que pensar, que lo correcto era evacuar y no arriesgarse, pero el que no arriesga no gana. Además, el jardín ese año estaba precioso, las plantas estaban enormes y saludables, ya empezaban a florear y los cogollos se veían gordos, gordos. Cuatro Pies estaba orgulloso de su jardín, a él le había tocado cuidarlo y crecerlo. Todos los días ir a revisar las plantas, hablarles, regarlas, cuidar que los bichos no acabaran con todo.

En un laberinto de confusiones similar logramos comunicarnos con nuestro *grower*: No se vayan, nos pedía. Todos necesitamos de esta cosecha, si la perdemos, perdemos todo. No se vayan, hace dos años no pasó nada, quédense.

Mientras tanto el humo se había vuelto a cerrar sobre nosotros, el viento seco soplaba fuerte, sabíamos que eso solo avivaba el incendio, el olor a cenizas nos hizo recular, no vale la pena arriesgar la vida por una temporada.

Aun así, antes de irnos dejamos corriendo el sistema de irrigación del jardín, llenamos de gasolina generadores de electricidad y los dejamos encendidos, las baterías del centro de poder cargándose. Queríamos ganarle tiempo al tiempo, salvar nuestro jardín, al final la *cannabis* es una flor, una flor delicada.

EL PUENTE QUEBRADO

Gabriela Pinillos

Pero si no hay futuro –dijo–.

¿Acaso todavía no lo sabes?

Esto es el fin del mundo.

Nosotros tendremos que quedarnos eternamente aquí.

(Haruki Murakami, 1985)

Es el año de la pandemia y las grietas del puente se han convertido en raíces que se asoman en lo que antes fue un río y se extienden hacia la carretera para hacer un remedo de alfombra a los pies de los caminantes.

La frontera que fue mi constante antes de partir se ha transformado, mi desencuentro con ella es también parte de una historia sobre la imposibilidad del retorno y la resistencia al olvido.

Los días que más recuerdo de mi época como estudiante transfronteriza eran los jueves, cuando tenía las clases semanales, programadas a las dos de la tarde. Cambiaba de país para ello, iba de Colombia a Venezuela, algunas veces en el carro de una de mis compañeras, otras, la mayoría de ellas, en transporte público.

Siempre me tomaba mucho tiempo recorrer el trayecto desde mi lugar de trabajo en Cúcuta hasta la Universidad en San Cristóbal, aproximadamente 3 horas, por el tráfico que se hacía en la frontera para cruzarla. El tiempo desigual de media hora adelante para Venezuela me ponía en desventaja.

La diferencia de horario, además de un aspecto de orden geográfico, parecía el símbolo del avance que para mí tuvo siempre ese país sobre el mío en todos los términos. Allí siempre había todo lo que no había acá, ese lado de la frontera colombiana, tan alejado de la sabana de Bogotá y tan cerca de los andes venezolanos.

La abundancia en el otro país se explicaba en las relaciones comerciales, las importaciones, la llegada de migración europea y en el petróleo.

Quienes vivíamos del lado colombiano de la frontera presentíamos al otro lado ajeno y cercano a la vez. Teníamos por costumbre recibir todo lo que venía de allá: la televisión, los pirulines, la harina pan, los diablitos Under Wood, el Toddy, la Maltín Polar, los reinados de belleza.

En Colombia, el furor que causaban los concursos de belleza tuvo su época, sobre todo el de Miss Universo, que era el tema de todos, el sueño de las niñas y el entusiasmo de los niños. Pero al ser las candidatas colombianas las eternas perdedoras frente a las venezolanas, el desánimo era generalizado en nuestro lado de la frontera al siguiente día de la elección. Sin resignación se ha atribuido este relego a la violencia interna en Colombia. Y aunque la fijación permanente en torno a los reinados ya no existe como antes, cuando llega la fecha de este concurso, todavía me sorprende que sea en Colombia donde aún se habla de ello.

Yo, quizás influenciada por otras cosas, me creía capaz de romper ese mito de la belleza, y preferí estudiar con bolívares.

Estudiar en Venezuela la maestría representó una oportunidad en aquella época, porque solo el cruce permitía hacerlo todo: trabajar y estudiar al mismo tiempo. Trabajar y ganar en pesos colombianos y pagar la colegiatura en bolívares venezolanos. Los costos para estudiar en Colombia fueron siempre desproporcionados; las esperanzas de contar con una beca eran básicamente nulas para cualquiera. En este país macondiano atiborrado de narcotráfico, corrupción y reinados, el acceso a la educación era un privilegio de pocos; un abismo entre clases. En las fronteras era difícil soñar sin dinero, vivir lejos del centro era de entrada una desventaja que siempre se subsanó mirando al otro lado y contando en bolívares.

Estar en la frontera permitía el acceso a muchas cosas, sobre todo para quienes residíamos en el lado colombiano. Para mí, esa cercanía me brindó la posibilidad de estudiar en una universidad que contaba con profesoras cuyas discusiones se tornaban muy interesantes, se debatía sobre epistemología y leíamos sobre otras fronteras y sobre muros y no sobre puentes. Me sentía motivada, allá había un aire académico y de novedad que resultaban fascinantes, ¡estaba descubriendo nuevas formas de pensar! Encontrarme ahí era como estar en “otro lado”, pero sin correr tanto, sin tomar un avión o un tren o un barco. A pesar de que hablábamos el mismo idioma y, aunque en silencio nadie podía suponer de qué lado venía una en ese tiempo, quienes vivíamos en esa frontera sí nos encontrábamos en las diferencias que podíamos percibir con los otros sentidos.

Pisar el otro lado del puente ya era diferente; el olor de las calles, la comida, la tensión, el ruido, las monedas, los billetes, las voces, las montañas, que eran un continuo para mí, se veían distintas, las arepas se llamaban también tostadas.

Hasta miedo me daba la sensación de convertirme en la otra tan solo al cruzar el puente y, sobre todo, frente a los guardias venezolanos. Veintitrés años así, calculando, de entrenar el sentimiento de extrañeza y proximidad. Pude haber tenido una buena parte de parientes viviendo en Venezuela y estar en esa supuesta cercanía, pero no había sentimiento más contradictorio y a la vez reconfortante en esa movilidad, que la calma que sentía en el regreso, cuando se asomaba Cúcuta entre los cerros de la carretera de Villa del Rosario.

En esos tiempos no tenía carro, pocas veces lograba salir temprano de mi jornada de trabajo de los jueves, tocaba hacer el traslado en taxis transfronterizos desde Cúcuta o más adelante, después del puente Internacional Simón Bolívar en San Antonio. El mayor reto para no llegar tarde a la clase era cruzar ese puente y luego de ahí, unos kilómetros más adelante, superar la revisión de documentación de la guardia venezolana en la garita de Peracal.

San Antonio del Táchira está en Venezuela, al otro lado del puente.

Ese lugar fue epicentro del apogeo comercial en la época de vacas gordas para Venezuela, una especie de zona de libre comercio informal, un *duty free*. El día a día de ese lugar consistía en ver a cientos de colombianos ahí comprando vainas, electrodomésticos y juguetes, mercado y comida, pan dulce o de maíz, tostadas, cualquier cosa.

En la primera década de este siglo, intentar ingresar a Venezuela desde Colombia a la hora pico era una odisea. Sabía que para hacer eso, teniendo el tiempo en mi contra, no podía tomar un taxi directo desde Cúcuta a San Cristóbal. Tenía que hacerlo por partes y a pie. Muchos días lo hice así, pero particularmente hay uno que recuerdo con total claridad, quizás porque fue el día que viajé con el permiso fronterizo vencido, y sabía que en la garita de Peracal comenzaba la vigilancia y la angustia. Peracal era el punto de revisión ubicado después de San Antonio, en donde se acababa la libertad de movilidad sin documentos, la

que siempre estuvo condicionada, entre otras, al tipo de vehículo en que se intentara cruzar, cuestión de estatus, supongo, y de espacio para transportar gasolina informalmente también.

En las ciudades fronterizas en Colombia era común que las personas tuvieran carros de último modelo con placas blancas venezolanas, era muy fácil acceder a ellos, sobre todo en la década de los noventa, cuando el tipo de cambio definía un mayor valor para la moneda colombiana frente al bolívar y cuando todavía la inflación en Venezuela no era tan alta. Por aquel entonces mucha gente cruzaba diariamente de ida y regreso en estos carros de paseo y de compras. Para los pasajeros de esos carros no había atención a la solicitud de documentos en la mentada garita por parte de los guardias. No era igual para quienes se trasladaban en taxis transfronterizos de modelos viejos, que cruzaban diariamente también para llenar sus enormes tanques de gasolina venezolana subsidiada, y venderla después en la zona fronteriza del lado colombiano.

Ese día llegué a La Parada en un bus grande intermunicipal que había tomado en Cúcuta. Es el lugar donde se encuentra el puente Simón Bolívar en Villa del Rosario, todavía del lado colombiano. La fila de carros en dirección hacia allá era enorme. Se extendía varios kilómetros en las dos direcciones. Hacía muchísimo calor, como siempre, y el sol no daba tregua, más o menos 34°C. En un lugar en donde todo está en constante movimiento y cambio, la temperatura parecía lo único que permanecía igual.

Ahí, en donde me bajé del bus, antes de que empezara el puente, el tránsito estaba parado, los carros avanzaban muy despacio, no había huecos entre éstos, las calles estaban llenas, había gente por todos lados, moviéndose de un lado a otro, yendo y viniendo, caminando en las dos direcciones, bajo el sol, había vendedores ambulantes de todo tipo de productos. Vendedores de gasolina alrededor de las calles. Vendedores de bolívares. Vendedores de todo.

Antes de cruzar el puente cambié unos cuantos pesos a bolívares, caminé como toda la gente, por entre los carros, hacia adelante, miraba la hora cada rato, llevaba prisa y me sentía angustiada, estaba cansada, deseaba que el tránsito fluyera más rápido y poder tomar un taxi que me llevara directo y me permitiera liberarme del sol y del polvo y que el tiempo se volviera a mi favor. Pero sabía que eso no iba a suceder.

Crucé el puente caminando, iba mirando hacia los lados, a lo que quedaba del río Táchira y empecé a observar a muchas personas caminando, por allá entre las ramas de los arbustos más distantes.

Pensé que quienes caminaban fuera del puente buscaban crear una ruta alternativa a las restricciones y la revisión que había cuando se transporta mercancía y se llega a la puerta de entrada oficial a Venezuela que es definida por la presencia de la aduana: “¡Bienvenidos a Venezuela!”, resalta el primer letrero y de inmediato el segundo: “¡SENIAT!”

Pero esa ruta no estaba totalmente oculta: desde el puente se podía ver el flujo cuando los pequeños árboles no alcanzaban a cubrir el camino y se veían los pies y las manos ocupadas con cajas y bolsas grandes.

Aquella fue la primera vez que me percaté de algo: ¡el puente se estaba quebrando! A lo lejos se veían personas que parecían hormigas creando sus propios senderos, parecía que el puente comenzaba a tener raíces y era como los árboles cuando se desbordan y rompen el suelo.

Así reconstruyo en mi mente los pasos que caminábamos ellos y yo al tiempo, hace más de diez años, mientras yo lo hacía “segura”, ingenua e incapaz de imaginar que ese puente un día se podía caer y que entonces se convertiría en un muro para mí. Ellos lo hacían

desbordando la línea y abriendo otras rutas, posibilidades múltiples, entre el peligro y una suerte de subversión.

Ver a las personas caminando debajo del puente llamó mucho mi atención, pero tenía prisa y no podía detenerme, además de que ese tipo de acciones en el puente indicaban un comportamiento extraño. Todas sabíamos que ese lugar era un espacio completamente vigilado por muchas otras, conocidas y desconocidas. Todo el mundo iba con prisa y con calor. Yo corrí muchos metros después de pisar el otro lado del puente para superar un poco las filas lentas del tráfico.

Tomé un taxi donde la fila iba más rápido, y le dije al conductor que no tenía el permiso vigente y que me ayudara a llegar a San Cristóbal, sobre todo en los puntos de revisión migratoria oficiales. El acuerdo fue que el hombre hablaría por mí en la garita de Peracal para informarle a quien fuera necesario acerca de mi situación de indocumentación y entonces ofrecer algo de dinero a quien nos tocara en la revisión a cambio de poder seguir con mi destino.

Ésa era la instrucción que todas las personas en la frontera teníamos ante una situación similar.

Siempre hubo una sensación de temor hacia los guardias venezolanos, había muchos mitos, historias y noticias sobre su trato y sus formas hacia la gente de Colombia, y también sobre sobornos que se daban entre unos y otros para infringir las normas de intercambio y movilidad entre Colombia y Venezuela.

Para nosotras, las de frontera, esas políticas únicamente existían a través de ellos, de los guardias y de los agentes de migración en Colombia, en quienes quedaba completamente sujeta la posibilidad de la libre movilidad. Era una exposición total a la discrecionalidad de los agentes del Estado. Nunca dejé de sentir temor y ansiedad cuando llegaba a Peracal, aunque tuviera permiso o visa o nada.

Al pasar por la garita, el hombre hizo todo al revés. Le dijo al guardia en la revisión que yo no tenía el permiso vigente y volteó a verme, devolviéndome sin pena la responsabilidad que me tocaba. No tuve más remedio que bajarme, hacerme a un lado mientras el taxi en que venía se iba sin mí. Tuve que convencer al hombre uniformado de que necesitaba ir a estudiar y no tenía mucho tiempo; ahí me dejó un rato, pero al final me dijo que le diera algo para la gaseosa. Lo hice. ¡Algún día tenía que pasar! Otro taxi me llevó. Prácticamente no llegué a la clase, pero tenía otra al día siguiente, así que como todas las semanas me fui a una posada con mis compañeras colombianas a descansar.

Estaba cansada, desanimada, molesta y frustrada, pero ya no tenía la imagen del guardia diciéndome nada, estaba pensando en el puente, en el agua que ya no había, y en la gente que vi por primera vez caminando de un lado a otro, desbordando el puente.

A partir de ese día, esas rutas y ese flujo de personas caminando se fue haciendo más visible para mí y, paradójicamente, invisible para ellos, para los guardias, los policías, la gente con uniforme de ambos lados. Poco tiempo después me fui. Con el deseo de encontrarme en otras fronteras. No se puede habitar una misma frontera para siempre. Cruzarla significa ir a otra. Crecer

Moverse entre las grietas

La soledad le había seleccionado los recuerdos,

y había incinerado los entorpecedores montones de basura nostálgica que la vida

había acumulado en su corazón,

y había purificado, magnificado y eternizado los otros, los más amargos.

(Gabriel García Márquez, 1967)

En el año de la pandemia, once años después de la primera vez que me fui, regresé a ese espacio de una manera diferente a como lo había hecho en las otras ocasiones cuando llegaba por temporadas cortas, muy de paso, y seguía viendo cómo continuaba cayendo el puente porque los carros ya no cruzaban por allí.

La orden del confinamiento me jaló hacia ese espacio que habité por tantos años, pensando que estaría segura. Llegué para permanecer por un tiempo más prolongado y busqué estar allí con mayor conciencia.

En esa estancia me encontré con que el puente se había terminado de caer porque ya ni las personas podían caminar sobre él.

¡NO PASE!

Era lo que decían las vallas por todos lados en La Parada. Y, en efecto, el puente estaba convertido en un muro. Estaban sus ruinas, que me impedían el paso a través de él. montones de piedras, vallas de la policía y de Migración Colombia, el piso estaba lleno de polvo, la gente se arremolinaba en La Parada, llegaban al puente y sus pasos no seguían hacia adelante, sino que seguían un nuevo camino que se desviaba hacia los lados, los carros solo encontraban una vuelta en U. No sé si esto era percibido así para todos ellos.

Ya no había más hacia donde ir.

Aquello fue como la primera vez que conocí el otro muro, el de la frontera norte de México en Tijuana. Sin visa para ir a Estados Unidos me sentía Truman Burbank en “The Truman Show”.

Frente al puente caído convertido en muro, a 34°C otra vez, pero con más polvo, con más tierra y con menos agitación, percibí que mis recuerdos sobre la vida en Venezuela podrían borrarse, como en las películas de ciencia ficción y de terror donde la gente se hace polvo y desaparece.

La imposibilidad de ir a ese territorio, tan vívido antes, sumado a lo que se decía en las calles y en las noticias, me planteaba una certeza: Venezuela había dejado de ser el acceso que significó por tantos años, se había cerrado esa puerta. Del otro lado del puente lo que quedaba era un enigma, una historia de soledad y abandono contada por quienes tenían el valor o la necesidad de cruzar por las raíces del puente, abajo, entre lo que quedaba del río.

Del lado colombiano no había forma de ver las raíces que vi antes de irme y que comenzaron a brotar aquellos años antes, pero por las carreteras del interior de Colombia había algo que asocié inmediatamente a aquello que vi debajo del puente: se trataba de cientos de personas que caminaban en grupos, a veces grandes, a veces de dos o tres. Un flujo de personas migrando. Y eso se parecía mucho a aquello que vi debajo del puente.

Parecía que ésas eran las raíces brotando del puente ya crecidas y extendidas por Colombia. Que lo que había surgido en los años anteriores era la antesala de lo que estaría por venir, porque esas rutas que fueron alternativas en algún momento, en el año de la pandemia se habían convertido para la mayoría en la única ruta posible para cruzar.

Estuve seis meses intentando comprender. ¿Qué era lo que había ocurrido? ¿Cómo se había derrumbado el puente definitivamente?, ¿cómo pudo haberse visto eso en el día a día cuando yo me fui?

Me di cuenta de que en los once años que llevo “por fuera”, esa mujer que yo era, caminando sobre el puente, se desvaneció en mí, en la que soy ahora en otro país y en otras fronteras.

Me di cuenta de que yo era otra y la frontera también, esa que crucé tantas veces de múltiples formas y que era yo misma, parecía ahora más un callejón cuya pared de tope decía: “Migración Colombia”, pero al que mucha gente, en cambio, había logrado dar la vuelta, en medio de peripecias con las que se han sembrado caminos por los que transita y trasciende todo aquello que el puente no ha podido sostener.

El puente se cayó. Es cierto. Quizás un día vuelva para ser otro.

LA JODIDA SE LAS LLEVABA Y NO SE OÍA NADA

Patricia Ramos

Debieron estar entre nosotras y las callaron

La vida las necesitaba y ya no están

Roy Sigüenza¹

Temas tabúes de amores y muertes

Él cabecea con sus ojos fijos en el suelo, encuentra una oreja disponible y hurga en sus pensamientos. Más adelante, tres infelices devoran sus esperanzas en medio de las sombras, solo rueda por sus pies una funda vacía hecha pedazos, ya no le sirve, es inútil como el viejo cigarro pintado en su hombro o la flecha con el te amo cerca del corazón.

El desamado cabizbajo mastica entre dientes una traición no confesada, solo piensa en un final.

Una frase amorosa en manuscrito recorre un hombro bien formado, pero ausente. Un nombre de mujer se hace presente, se asoma ya sin temor por debajo de un bonito escote lucido en las últimas fiestas con su tono rosa caramelo. Fue el día del hallazgo, los tatuajes reclamaron a carcajadas su derecho al ninguneo: Evelyn y Liz tenían dueño, no eran de nadie más, sin esas letras quizás ya no serían nadie, hoy ellas están más que ajenas, inalcanzables. A la distancia, desencajada por las dudas, apenas veo fragmentos de cuerpos, rastros de promesas escritas con fruición a punta de pinchazos, y una sentencia cruel en caso de romperlas.

Los titulares amatorios cuidan su espacio en los relatos de desengaño de las mujeres, van en tinta rojiazul entre poro y poro: Evelyn dejó este mundo con su nombre en la parte delantera del hombro; Liz, sobreviviente, grabó en el pecho su historia: *we need is love*. Los tatuajes nos filtran con crueldad solapada los ideales del amor y sus señuelos; roto el encanto, hecha la norma, la piel marcada se erige y ondea para perpetuar los límites de suyo infranqueables. El tatuaje, me digo, en un intento de frase elaborada, es el eslabón nada extraviado de una cadena de violencias, es la frontera viva sobre un cuadro de ajenidades y muertes.

Sí, sí, la muerte, otra trampa ladina ataviada con vestido y sobrenombres que asustan en femenino: la parca, la ganchuda, la calavera, calva, la fría, la jodida. A decir de mi amigo Roy, se trataría de un ser travestido, pues los crímenes contra mujeres son cometidos por ellos; el Muerte debería llamarse, agrega con sorna el poeta de la loma, para llevarnos de la oreja por otro vericuerdo lingüístico que se suma a las violencias de la frontera sur.

Las presencias distorsionadas del lenguaje, y también sus ausencias, son los escondrijos donde la muerte guarda sus impunidades después de separar los cuerpos de sus almas; en la costa sur ecuatoriana sus escenarios favoritos se relacionan con el poder y la gloria del

¹ Los fragmentos del texto de Roy Sigüenza, (sin título) que inserto a manera de espejo con mi propia reflexión son parte de una serie de carteles publicados por el Movimiento de Mujeres de El Oro (MMO), con historias de femicidios que se han cometido en la provincia de El Oro. Sigüenza, Roy (2019). Carteles sobre historias de femicidios publicados por el Movimiento de Mujeres de El Oro. Machala.

reinado mundial del banano: la pequeña Yurbis, de apenas 15 años, apareció vacía de sí entre los canales de una gran plantación, y cuatro mujeres más han sido halladas en este tipo de haciendas. El feminicidio es un impacto socio ambiental de los monocultivos industriales y nuestra fruta de exportación se va impune a los mercados de ultramar manchada con sangre. Así es.

Hombres cuya mejor destreza

es la muerte de las mujeres

Roy Sigüenza

Stefi y su bolso rojo cerca de la autopista

En la oscuridad pude ver cómo la parca se masturbaba bajo los puentes.

Hay casos en que una no se da cuenta de que los números nos llaman la atención; tal vez es parte de nuestras construcciones femeninas, cálidas, querendonas, húmedas. Ahora resulta que un par de cifras me retumban en la cabeza como un timbre de esos que se pegan y suenan sin parar: son las treinta y cuatro historias de crímenes sin respuestas que van y vienen entre la trocha y la carretera E25, la gran serpiente de asfalto que mastica día a día a los andantes del sur.

Arrastran sus pies por esta vía las familias y sus enormes morrales llenos con pedazos de sueños sacudidos sin cesar por la avalancha del tráfico de alta velocidad; solo de vez en cuando un gran ceibo preñado estira sus ramas llenas de barbas de San Pedro y los protege de vientos y temblores que sacuden la frontera aspergeando gente entre los bordes, como si fueran granos de maíz.

Cerca del otro lado, bajo un puente de la autopista E25, apareció. El viento se ocupó de marcar su sombra como una fantasma derrumbada que te señala en voz baja la ruta hacia el sur: ¿quién o qué te llevó Stefi?, mujer de tierra lejana y cantos extraviados en el camino. Habló su bolso rojo con una Biblia adentro más un par de zapatillas usadas que le ayudaron a cargar sola a su hijo recién nacido en su travesía por el país rumbo a la frontera. El amor siempre yerra, me digo trilladamente con tono de mujer grande, mientras golpeo con mi cabeza la pared. El servicio forense se la llevó sin un tatuaje que la identifique.

Un grupo de mujeres de nalgas enormes y un joven de cabello amarillo asoman por la autopista tras el nombre de la chica. Es solo una cifra. En esos días ella sería la número treinta y dos.

Por allí cruzaron, le dicen a don Suco unos melenudos sin camisa en el parador turístico junto al puente internacional, mientras gesticulan en dirección de los pasadizos de madera y latón sobre el río Zarumilla, la línea divisoria de aguas entre Ecuador y Perú. Ella vino de Guayaquil, cuentan, salió a comprar un viernes y no regresó. Unos desconocidos se llevaron su bebé.

Liz aparece después del viaje

Mientras duerme rodamos sin fin, perseguimos al viento. La radio toca una canción de tristezas y a mi lado la mujer se acurruca en los brazos de su amado. Un gran signo de interrogación en mi mochila baila solo su música vacía, de pregunta inacabada. En los bordes de la vía los cerros transitan en sentido contrario para hilar memorias abandonadas que luego

el tiempo desatará. Mientras duerme velo su sueño, después también soñaré. Duermevela en noche de grillos con hambre de sueños. Duerme la vela después de llorar su desconsuelo sobre una hoja de candor pintada en la palma de su mano. Mientras duerme las siluetas de mi asombro ensayan sus adioses, suspiran por un sosiego que no llega.

Si has crecido como cliente de buses y vives en un pueblo chico en Ecuador sabrás de los chulíos. Antes llevaban el cabello ensortijado, largo y despeinado, ahora se hacen diseños curiosos sacados de internet. Son delgados, morenos y sudorosos. Al igual que los antiguos, los de ahora siguen con su talante de seres alados y se mueven con agilidad entre un bus y otro.

Al paso del tiempo son capaces de verte crecer y envejecer, tú también los ves. En las ciudades más grandes se les conoce como ayudantes de buses. Con cierto espasmo en el pecho mientras escribo estas líneas, siento que de la mano de los chulíos viajeros me acerco sin querer, pero con horrorosa fluidez, a Liz.

A la casa morada, a la casa morada, ¡ey, doñita!, venga, venga, la trece va al puerto, suba, suba. Allí están, angelicales y buenos como el pan, los chulíos de la terminal terrestre de Machala, dándome luces para avanzar, en medio de la algarabía mañanera. Los chulíos ya conocen el chaleco negro con el logotipo y la frase “no a la violencia” bordada en la espalda, saben que allí van las mujeres si lo necesitan, y no se equivocan al enviar a la casa morada a las familias andantes agobiadas de tanto circular. Esta mañana, de paso, solo me pregunto por qué Stefi, la chica del bolso rojo, no los escuchó.

Soy yo, y cientos de fulanos aludidos, aturdidos, aburridos, alucinados y cansados antes de comenzar el día. Entre empujones y codazos se embarcan con apuro a su destino de vía rápida, la más veloz para llegar a donde no quieren ir.

Me embarco en el bus de la trece rumbo a la casa morada, la mascarilla quirúrgica y el visor ocultan mi rostro descompuesto por la apnea de sueño y manchado de tanta respiración contenida; desde la pandemia fui marcada con un mapa de sol que revela viejas historias en mi rostro.

Ya son las nueve y desembarco en la parada de la vía a Puerto Bolívar, junto a un solar vacío, el basurero de los barrios de la Curva, justo en el sitio donde, seguramente en estos instantes, una joven lucha contra sus agresores. No la escucho, solo evado con cierto temor la opacidad de ese lugar maldito.

Hoy la parada está más caótica que nunca entre tanto ruido de camiones bananeros, buses y taxis rumbo al puerto. Se ensañan los comerciantes con sus alaridos ofreciendo horchata, gas, mangos, naranja, cangrejo, pescado y camarón. Suenan con furor los grillos para romper el mito de que solo se les ve en invierno, muestran el diente las conciencias fugitivas que chiflan a escondidas desde los rincones junto al diablo, allí donde éste se oculta.

En esta parada fúnebre incomoda hasta la bruma que en el verano del filo costero nos acorta vista y oídos; el bullicio no deja que las mujeriles de la casa morada, ni nadie alrededor, nos demos cuenta del horrible episodio que sufre Liz. No muy lejos del lugar la ganchuda pasa su lengua rugosa por los motores de la camioneta del servicio forense.

Unos chamberos asiduos al basurero junto a la parada la encuentran mientras escarban entre los desechos el sustento del día. Sucios y malolientes vociferan la alerta sobre una joven malherida en el terreno baldío. Rápido se sabe quién es. Vive en el mismo barrio del hallazgo, tiene veinte años, su nombre es Liz. Se alborotan las mujeres de la casa morada y el vecindario de la Curva. Hay lamentos, indignación, banderas lilas, embotellamiento, gente curiosa, quién sabe si hasta el victimario y sus compinches son parte de una intensa tarde de reclamos entreverados. La incertidumbre nos confunde con sus versiones sobre el fin de este

episodio caótico, pero el vehículo forense con la parca rugosa prendida en los motores no llega a tiempo. Respiro: la ambulancia le gana, le arrebató a Liz y ella llega viva al hospital.

Ángeles recogidos

en un canto silencioso

–lleno de miedo–

Roy Sigüenza

Duendes verdes en Buenavista

Rostros violetas con dientes de panela le sonreían por las hendiduras de las ventanas. Señores pequeñitos de sombrero ancho la invitaban a caminar con sus pisadas al revés por los senderos de un cuento perdido. Dame tu alma, le imploraban. Sus mayores, ver, oír y callar le enseñaban, se mira y no se toca, le advertían. Y no pudo: tocó, se quedó con su alma, y habló.

Con no más de mil quinientos habitantes, las hijas de las familias buenavisteñas que no poseían tierras ni en las uñas crecimos mirando la televisión desde las ventanas de casas ajenas. Una de esas viviendas era la de mis vecinos de siempre, donde nació y se hizo grande Blanquita, la princesa del barrio Bolívar, en el centro de la parroquia.

Buenavista se formó como parte de antiguas haciendas frutales y hoy es un pueblo bananero de paisajes uniformes. En apariencia no hay mucho que contar, pero las nativas sabemos de sus historias que pasan agazapadas mirándote de reojo. Se filtran con urgencia entre recuerdos a punto de disolverse, como el azúcar en una taza humeante de café. Ya casi nadie queda de la generación de 1941, época en la que el pueblo fue zona de ocupación a causa de los conflictos limítrofes con el vecino país del sur. Eran entonces, relataban las ancianas hace años en sus casas de caña y olor a palo santo, los tiempos en que la gente en mayor pobreza huyó a pie hacia las montañas; allí, entre la inclemencia del tiempo y sin dónde cobijarse, los niños morían de gripe y diarrea, mi abuela misma salió con siete hijos y regresó con tres una vez calmadas las aguas, mientras las familias hacendadas se trasladaron en sus propios medios de transporte hacia lugares seguros en Guayaquil.

Buenavista siempre fue un lugar de paso con una sola vía principal; en su composición urbano-rural, la parroquia no ha cambiado mucho en más de medio siglo, solo se transformó la ye del enano, que antes era un matorral habitado por un hombre pequeñito de verdad, y hoy se conecta con la modernizada E25, la autopista del sur, como la de la canción, que acá nos lleva hasta la línea de frontera con Perú. La tienda de don Toribio, el río y el monocultivo hacen parte de nuestros relatos parroquianos. En la tienda se compraba melcocha y pinol por dos céntimos, el río se ha llevado cuanto ha podido cada veinte años, y, en la década de los ochenta, cuando las avionetas pasaban a ras de las bananeras y del pueblo, los niños y niñas las mirábamos asombrados desde los patios de las casas y jugábamos con alegría a untar por brazos y rostros aquel mágico aceite que las aeronaves rociaban a su paso. Estas inocencias definieron nuestro futuro poco sustentable, porque quedamos ungidos con glifosato y otros químicos que perduran tras generaciones. Demasiado tarde me enteré que somos portadores de contaminantes orgánicos persistentes, COPS para ser más breves. Ahora ya es una

normalidad que en la parroquia la gente se muera joven, del corazón, de cáncer o se aloquen, aparte de otros crímenes como el cometido contra Blanquita.

Muy joven aún, la traición disfrazada de lealtad se llevó a Blanquita. Fue en un dudoso accidente de viaje con su novio, donde solo ella pereció. No sabemos si luchó como Liz, pero sí es seguro que, con el asombro por compañía, sus ilusiones más caras le hicieron una mueca y se alzaron con su vida.

De los 34 feminicidios contabilizados en la provincia desde el año 2014 por las mujeres de la casa morada, Blanquita porta el número cinco. Aún no se le hace justicia, como a muchas en la fatídica lista. Mientras su madre llora, y lo hará hasta que ya no esté, la historia de Blanquita posiblemente se diluirá, así como la de los duendecillos que se llevan a las niñas onjotas y otras leyendas de las vecinas que hacen la memoria buenavistea.

Solo las mujeres vemos

como la justicia calla:

es otro hombre violento

Roy Sigüenza

Liz lucha en Guayaquil

Raudos circulan por sus guaridas los habitantes nocturnos de la ciudad. Ella mira asustada. No hay nadie allí, le dice el taxista. Se esconden, le replica la pasajera. Una silueta se pierde entre los azulejos del siguiente paso a desnivel.

Guayaquil es una ciudad flotante, sobre ella se hamaquean imperceptibles como tréboles al viento los grandes distribuidores de tráfico urbano. La Perla del Pacífico, o a secas la perla, como le decimos algunas, navega en sus sueños de grandeza como el puerto más grande del país y acoge en su interior a su hiperactiva población, sobre todo la que se pone once fuera de cámaras, y le hace el quite a las temibles crisis que le ha tocado vivir. En cambio, Machala, la fronteriza, es como una hermanita menor, porque está cerca, se tiende sobre brazos de mar y también tiene puerto exportador. Aunque no lo reconocen, los machaleños sueñan con ser guayaquileños. Muchos dicen que son nacidos allá, o lo son, los que han tenido cómo, pues sus madres fueron llevadas a parir al puerto principal por cuestión de estatus y ego familiar. En el centro de Machala hay una obra de regeneración urbana a la que le dicen Guayaquil Chiquito, por el parecido con la perla. El día en que mi amiga Dominga vio este lugar, exclamó: “ya parece la plaga, hay regeneración igualita en todas partes”.

Otro aspecto que asemeja mucho a Machala y Guayaquil son sus espacios marginales que sintetizan la desigualdad, y donde se asientan los pueblos negros, migrantes internos y de países vecinos que llegan en busca de trabajo. En el caso de Machala, capital de la provincia de El Oro, estos grupos se ocultan en la pesca artesanal o se sumergen en las bananeras, camaroneras y minería, actividades de las que viven los catorce municipios de la provincia. Los Barrios de la Curva son un reducto de la negritud local, lo confirma la Cuero, lideresa negra de la casa morada. Nuestra Liz pertenece a una de esas familias.

Luego del atentado contra su vida, Liz fue llevada a Guayaquil, a una clínica privada y con resguardo policial. Todo agenciado por la casa morada y su tropa de caderonas. La

madre de Liz reza que te reza mientras sus hermanos cuchichean, se dice que el familiar de un líder de los Latin King está involucrado. Liz está en coma inducido, es el limbo donde se ha atrincherado para seguir la batalla por su vida, ya no frente a una docena de puños enfebrecidos por la violencia, sino con su alma en un hilo, expectante ante los médicos que con sus pequeños bisturís intentan responder al ímpetu de la joven sobreviviente.

Ella es una mujer barbuda

Dos hojas de afeitar murmuran su incertidumbre frente al espejo. Un mechón de cabello le descuelga los recuerdos sobre el hombro desnudo y corretea por los encajes del sujetador, se le oculta entre los senos. Ella acaricia su barba ensortijada. Pronuncia un nombre.

Cientos de caracoles de luto, prendidos en su rostro como un remolino de vértigos, contemplan sus apuestas, le hablan de trampas estruja-corazones. Ella se asoma entre su barba y no escucha, solo cruza.

Mientras alisto mi computador y me instalo junto a la ventana que da a los barrios de la Curva, rememoro lo que una voz me comentó: Liz reinicia su vida sin memoria, hace planes entre su silla de ruedas y su pequeña cama a la que le cuesta trabajo arreglar en las mañanas. No recuerda lo que le pasó, cree que fue un accidente, nadie se atreve a decirle ni dejar que se entere. Solo el tiempo sabrá, pero sí es seguro que Liz no engrosó la lista de las treinta y cuatro pérdidas entre la trocha y la E25.

Un mosaico de rostros cuenta historias de violencias encadenadas que se repiten una y otra vez. María Fernanda, Mariana, Elvira, Evelyn, sus identidades, muertas o vivas, están en disputa, treinta y cuatro feminicidios, entre ellos un transfeminicidio, es más que una cifra, sus nombres no deben ser olvidados, se exclama en internet.

Sus ausencias son vidas robadas, sus presencias nombradas son voces que reclaman. Es cuestión de discurso, pues la voz del vecindario, o la violencia moral como dice Rita Segato², observa a quienes gritan los registros con nombres completos de las muertas a manos de sus novios, amantes, maridos, esposos o como se llamen esos animales. ¿Tienen autorización para decir el nombre? ¿Dónde está el código de ética?, nos insisten. Para disimular, ante la furia de las caderonas, alguien les dora la píldora: pongan solo el nombre, Evelyn, María Fernanda, Leticia, sonaría más íntimo, nos sugiere. Parece broma, pero no lo es.

Debieron estar entre nosotras y las callaron,

aun así, desde ese imposible las escuchamos:

dicen sus vidas desde la ceniza

Roy Sigüenza

² Segato, Rita Laura (2003). *La argamasa jerárquica: violencia moral, reproducción del mundo y la eficacia simbólica del derecho*, Brazilia: Serie Antropología.

TRANSGRESIONES

Alethia González

Amargo despertar

Como todos los días a las seis y media de la mañana el despertador hace su aparición. *Here comes the sun* suena a lo lejos una y otra vez; estiro la mano, apago el despertador y tomo mi celular, lo enciendo y como si se tratara casi de un acto instintivo más que adictivo, abro Facebook, y la primera publicación que aparece en mi muro hace que sienta un terrible nudo en el estómago. Mi corazón se acelera y me levanto de golpe de la cama para encender la luz de la habitación, con los ojos semiabiertos y aún hinchados consigo leer:

Cruzó la frontera de Matamoros a Brownsville el 7 de septiembre de 2021

Está confinado en una habitación con otros 7 compañeros

Sufrió traumatismo craneal

Se le negó la libertad condicional humanitaria

Falló en su entrevista de miedo creíble

Podría ser deportado en cualquier momento

-Firma la petición-

Habían pasado ya casi cuatro meses desde la última vez que nos escribimos. Nuestras conversaciones siempre giraban en torno a tu trabajo y lo difícil que era seguir viviendo con lo poco que recibías de sueldo y propinas, no te sentías a gusto, pero por el momento ése era el único trabajo que permitía que te mantuvieras a flote en esa emblemática y pintoresca ciudad. Meses atrás habías concluido tu certificación como maestro de inglés, estabas muy emocionado por ese logro que llevó un par de años en concretarse. Dejaste San Miguel, volviste a San Luis y por azares del destino regresaste a San Miguel. Fue ahí donde COVID-19 se apoderó de tu cuerpo, pasaste un par de días complicados; sin embargo, con esa fortaleza que te caracteriza lograste darle la vuelta. El último mensaje enviado fue para preguntarme si conocía a alguien que pudiera ayudarte a tramitar una visa de trabajo para Estados Unidos, te noté ansioso y desesperado, alcancé a contestarte que investigaría y después de eso, ya no supe más de ti. Hasta hace tres semanas.

Los orígenes

Recuerdo perfectamente mis primeras clases de la licenciatura en antropología (¡hace casi veinte años!), la emoción que me causaba leer esas grandes etnografías clásicas donde los aventurados antropólogos, en su mayoría hombres, blancos, del primer mundo, occidentales, con un halo de conquistadores, que recorrían comunidades exóticas y lejanas por meses e incluso años, hacían que la pasión por lo desconocido siempre estuviera presente. Aquellos hombres nos mostraban geografías plagadas de misticismo donde se remarcaba la existencia de entes salvajes y primitivos, quienes parecían estar envueltos por un aura especial, mágica, ajenos por completo al *mundo moderno*.

Sí, lo confieso. Mi acercamiento en esos primeros meses (o años) a la antropología encajaban a la perfección con todos esos clichés que se han ido construyendo a lo largo de generaciones y que puedo estar casi segura que quienes hemos pasado por las mieles

embelesadoras de la antropología, caímos envueltas en el algún punto, aunque fuese por instantes breves, en ese lugar que ahora me resulta tan común y chocante.

La constante en las clases y que daban pie a largas discusiones que muchas veces no llegaban a ninguna parte transcurrían en lograr identificar al *otro*, en materializar esa otredad que nos hacía situarnos en ese lugar de privilegio donde la reflexión empujaba a pensar en ese alguien que podía reflejarse a través de nuestras miradas y que debía de ser dotado de voz (como si no contara con la capacidad de autorrepresentarse y de autoevocarse). Todo con la firme finalidad de descodificar, interpretar y comprender a ese ente que habitaba en geografías sinuosas y que se presentaba ante nosotras las poseedoras de palabras como un extranjero que debía ser analizado.

Como si se tratara de un mantra, la frase *choque de culturas* resonaba en mi cabeza día a día, los aprendizajes vertidos los primeros años de mi formación (o deformación) como antropóloga me hacían seguir al pie de la letra las instrucciones para realizar trabajo de campo, y serían el insumo cuasi mágico para consagrarse en el mundo científico:

1. Contacto directo y prolongado con la sociedad de estudio
2. Observación participante
3. Presencia directa con el “objeto de estudio”
4. Distancia investigador-investigado

Lo anterior debía de verse reflejado en una investigación científica objetiva que diera cuenta de esa frontera infranqueable entre el sujeto de estudio y el otro (la ahora investigadora). Por años trataba de llevar de manera fiel lo aprendido y creo que ésa fue una de las tantas razones que hacían que mi búsqueda siempre me llevara a caer en los lugares comunes de la antropología: estudios sobre mitos, magia y religión en comunidades indígenas y que no lograban satisfacerme ni emocional ni intelectualmente. Por eso, años después de terminar la carrera, de haberme enfrentado al mundo real, de acercarme a otros horizontes que no son más el otro, el salvaje o el extranjero, me vi en ese espacio de transgresión. En ese cruce que me ha sido difícil manejar y que día a día hace que me cuestione sobre mi propia integridad como estudiante, investigadora, docente y persona: ¿hasta dónde?

El primer encuentro

He intentado recordar cómo fue que logramos ponernos en contacto, pero no logro hacerlo, aunque puedo estar casi segura que fue a través del grupo de *Dreamers relocating* por Facebook. Habían transcurrido apenas unas semanas de ese encierro involuntario que nos trajo consigo la pandemia cuando respondiste a uno de mis tantos llamados desesperados en los que buscaba a jóvenes con experiencia migratoria y que se hubieran enfrentado a procesos de deportación o retorno no planeado de Estados Unidos a México para ser entrevistados vía online. Hicimos *click* muy rápido, había una cierta complicidad entre ambos, parecía que llevábamos años de conocernos y que a pesar de las diferencias de edades compartíamos un terrible humor ácido, un gusto exagerado por el café americano y un cierto recelo-amor por el vecino país del norte que hacía que nuestros encuentros trascendieran más allá de las entrevistas pactadas.

Los días miércoles, religiosamente a las cinco de la tarde nos conectábamos por *Jitsi Meet* para hacer las entrevistas. Así transcurrieron casi dos meses. Había días en que nuestros encuentros los hacíamos vía telefónica porque salías tarde del trabajo y en el trayecto hacia tu casa hablábamos por teléfono; otras veces preferías salir a caminar mientras la molesta

socióloga, con alma de antropóloga, te hacía miles de preguntas. Tus respuestas hacían que en más de una ocasión nuestras voces se quebraran ante tus relatos. Sabía bien que esas caminatas te permitían hablar libremente sin que tu mamá pudiera escucharnos y era en esos momentos en los cuales te sentía más liviano, era como si cada palabra vertida te llevara a soltar un poco de esa frustración, dolor, enojo e impotencia que te seguía y que constantemente te hacía pensar en desaparecer y aparecer en una realidad distinta.

A cada palabra tuya, a cada relato, trataba de enfocar lo más posible cada uno de mis conocimientos; buscaba la manera de hacer las preguntas correctas, de guiarte/guiarnos cuando sentía que la conversación se iba hacia otro lado y no hacia donde se suponía que tenían que ir. Había momentos en que sabía que el uso de ciertas palabras te llevaría a abrir heridas que sin duda yo no sería capaz de contener, y no sería justo para ti que simplemente abriera y extrajera y usara como material para mi investigación. Al final sabía que lo que tu estabas por decir sería parte fundamental para comprobar una de mis tantas premisas. Pero, simplemente no puedo, nunca he podido hacerlo. Muchas veces he escuchado: es que tienes corazón de pollo, te enganchas muy rápido, eres demasiado sensible. Pues sí, no puedo negar que me atraviesa, que me duele, que me llega y que mis capacidades para lidiar con los sentimientos siempre me sobrepasan.

En fin, nuestras pláticas no duraban más de tres horas porque Godzilla (mi hija), como cariñosamente comenzaste a llamarla, demandaba de mi presencia para llevarla a dormir; así que nos fuimos acostumbrando a eso. Sin embargo, los mensajes de buenos días, los memes y los *stickers* se convirtieron en parte de nuestro escenario diario. Llegó un punto en esta relación de entrevistadora-entrevistado que tuve que parar. Leí mis apuntes, escuché las grabaciones de las entrevistas, miré mis notas y el objetivo de nuestro encuentro se había cumplido. Tenía que buscar la forma de decirte que ya no nos veríamos más los miércoles a las cinco de la tarde, no sé si la noticia te impactaría más a ti que a mí. Confieso que me había acostumbrado a nuestros encuentros, que también resultaban una especie de desfogue en medio del caos de una pandemia mundial. ¡Ja! una pandemia mundial, ¿puedes creerlo? Había tantas cosas que quería seguir platicando, conocer más de tu historia, de tu vida en Atlanta, de tus miles de luchas, de tus amigos, de tu familia, de cómo fue renacer después de ese accidente automovilístico y de cómo a partir de ese día todo se empezó a venir abajo, y en un abrir y cerrar de ojos llegaste a *La Puerta*, al rancho de tu abuelo. Todo aquello que conocías simplemente había quedado atrás, como si hubiera sido parte de un sueño. En ese momento me percaté de que había traspasado *la frontera*.

Distancias

Por varias semanas estuve rastreando información que me llevara a saber dónde estabas, cómo te encontrabas, qué necesitabas, pero parecía que todos los esfuerzos eran en vano. Escribí correos, busqué a la persona que había creado la petición y la respuesta era: no sabemos, no hemos tenido más noticias, probablemente ya se puso en contacto con su familia. Recordé una de las tantas entrevistas que sostuvimos en las que me platicabas sobre tus hermanos, identifiqué la grabación y saqué sus nombres, y bueno, gracias a mi habilidad para stalkear gente (adquirida a través de los años, como método de obtención de información), a mi terquedad, obstinación y sobre todo a la ¿maravilla? de las redes sociales, pude dar con uno de tus hermanos. Le escribí, tardó un par de días en responder, pregunté por ti y me dijo: todavía sigue detenido por ICE en Texas, la última vez que hablé con él dijo que estaba

esperando que lo viera un juez para determinar si se quedaba acá o lo deportaban, pero por lo que dice está bien.

Eso fue todo, no había mayor información. Obviamente la respuesta no me tranquilizó, pero no había nada más que pudiera hacer, más que esperar. Esperar a que te liberaran, a que te deportaran y que entonces la historia se repitiera; o esperar a que el fallo de la corte te permitiera quedarte en casa. Confieso que pude haberme movido más y contactar al amigo del amigo, del compadre que podría darme santo y seña, o que por lo menos podría orientarme sobre cuáles serían los pasos a seguir para poder contactarte, pero entre la locura del día a día y la plena conciencia de que si hacía eso ¿qué podría aportarte?, ¿de qué manera mi acercamiento te ayudaría a salir de ahí? Así que, como muchas veces, me senté, pensé y decidí esperar.

No sé en qué momento las historias comenzaron a volverse tan personales. Llevo cuatro años haciendo esta investigación con la que espero poder doctorarme (pronto), he entrevistado a una veintena de personas; algunos relatos me han marcado más que otros. Las relaciones que han surgido de estos encuentros han traspasado esos límites de investigadora-investigado, se han forjado amistades, encuentros académicos y sociales. De vez en cuando nos mensajamos para saber de nuestras vidas, otras veces solo para mandar alguna nota periodística interesante, compartir becas educativas o de trabajo, e incluso también hemos sido paño de lágrimas cuando en días grises pareciera que el sol no saldrá. Sus experiencias, vivencias y sentires se han vuelto una parte importante de mi propia subjetividad.

El proceso de escritura y redacción se ha tornado complejo, intento hacer ese cruce entre la teoría y sus vidas, busco interpretar, describir, analizar, hacer hablar a ese *otro/a* que ha confiado en una perfecta extraña, la que un día, así sin más, apareció para investigar. Pero, ¿investigar qué?, ¿con qué finalidad?, ¿cuál es la motivación real que me ha llevado a indagar sobre sus vidas?, ¿qué impacto tendrá no solo en ellos y en ellas, sino en las futuras generaciones que seguirán formando parte de esa población deportable? Lo que escribo ¿servirá para que te liberen pronto, para que te dejen quedarte, para que puedas saborear esa hamburguesa de McDonald's (que perjuras y juras que no saben igual aquí, de este lado)?, es más, ¿soy yo quién debería de escribir sobre sus vidas?

Miles de preguntas rondan por mi cabeza todos los días cuando me siento frente a la computadora y esa hoja en blanco aparece y los correos del instituto no paran de llegar, solicitando el borrador final. No quiero echarle la culpa a la pandemia y al poco tiempo que me ha dejado para sentarme y escribir. Escribir como parte de ese compromiso firmado hace 4 años y medio, que al principio no se sentía como una piedra sobre los hombros, pero ahora cada día que pasa y que llego frente a la máquina es como si todo el peso del mundo estuviera sobre mí. Distancia, solo pienso en ello.

Noticias desde el otro lado

*Like Micheal Jordan said in his 2nd coming into the NBA, -I'm back!-
Y.D.T*

¡Por fin! Después de varias semanas de no saber nada, absolutamente nada de ti, tu muro de Facebook habló. No sabes la felicidad que me ocasionó leerte, aunque no dijeras nada más, el hecho de saber que ya no te encontrabas en detención fue motivo suficiente para brincar de alegría. Ahora solo faltaba saber: ¿dónde estabas?, ¿te dejaron quedarte?, ¿te deportaron?, ¿estabas con tu familia? Quise escribirte luego, pero como dicen en mi rancho, metí freno

de mano; seguramente mucha gente estaría tratando de contactarte para saber de ti y no quería ser una carga más. Al final, soy esa tesista de doctorado que nos encontró por aquello que llaman azares del destino y me parecía realmente imprudente correr a buscarte. Así que no me quedó otra más que seguir tus rastros en la cara de libro. De vez en cuando subías alguna foto, un meme, una canción y así podía saber que estabas bien.

En una de esas acechadas a tu muro, vi que habías escrito que cualquier comunicación la harías a través de Messenger, porque en detención te habían despojado de tu cartera y de tu celular y que por ahora solo estarías usando la Tablet de tu hermano. Mencionaste que te liberaron, que te dejaron en el aeropuerto de Texas y no te dijeron nada más. Es decir, ¡habías logrado quedarte! Sin embargo, dejaron abierta la puerta a la incertidumbre, a esa incertidumbre con la que has tenido que lidiar por años y que fue la misma que te hizo hacerte presente, nombrarte y visibilizarte. La misma incertidumbre que se transformó en indignación, en lucha, en resistencia y que llevó a que recorrieras varios kilómetros en ese camión cargado de sueños y dignidad por varias ciudades de Estados Unidos, esa misma indignación que hizo que el día de tu graduación de *high school*, con tu toga y birrete puesta, la policía te detuviera; y que la foto que te tomaron en ese justo momento se viralizara por las redes sociales y se volviera un ícono de resistencia. A partir de ese día los ojos de periodistas, activistas, documentalistas e investigadoras como yo se posaron en ti, y tu historia se ha vuelto la voz de miles de jóvenes mexicanos y latinos que, como tú, solo buscan vivir.

Los días que siguen

La comunicación poco a poco se ha ido restableciendo, hemos intercambiado palabras y sé que a pesar de todo lo que has tenido que pasar te mantienes firme, seguro y entusiasta. Pareciera que el rompecabezas en el que se había convertido tu historia en los últimos años desde que llegaste de manera obligada a México va tomando forma, a pesar de que el camino legal que te falta por recorrer en Estados Unidos se vislumbra largo y tortuoso. Pero vale la pena celebrar estos días en los que el sol brilla más que nunca, y las piezas, tus piezas, se van acomodando, y eso es digno de celebrarse.

Llegaste a Atlanta con tu familia y tus amigos. ¡Llegaste por fin a casa!, después de haber experimentado la realidad mexicana a la que te empujaron y la que te llevó de vuelta a Estados Unidos. Quisiera decir que lamento mucho que la hostilidad con la que fuiste tratado en México y que todas las trabas que se te fueron acumulando haciendo trámites, consiguiendo certificados, cédulas de identidad y todas esas cosas que te identificaran como mexicano; así como haber sido víctima de la delincuencia, del narco y la violencia de este país que no para de sangrar, te hayan llevado a tomar la decisión de arriesgar tu vida una vez más intentando cruzar esa frontera, pero sé que de una u otra forma tu corazón y pensamientos siempre se mantuvieron allá. Y que tarde o temprano te las arreglarías para regresar.

Ahora sé que empezaste un nuevo trabajo y que de manera casi inmediata te reincorporaste a tu vida en GLAHR, retomaste tu activismo sin pensarlo dos veces, a pesar de los múltiples comentarios de gente cercana que te pedía que no te metieras en líos y que trataras de aprovechar al máximo esta nueva oportunidad. Pero, definitivamente, sé que eso no está en tu sangre, sé que tu regreso no ha sido en vano y que pondrás cuerpo y alma para seguir luchando, combatiendo y resistiendo. A pesar de que tu próxima audiencia será en junio de 2022, lo que sin duda te pondrá una vez más en el ojo del huracán, sé que intentarás mantenerte al margen, pero también podría apostar que no podrás estar quieto por mucho

tiempo; ambos sabemos que los otros nos mueven, porque al final los otros somos nosotros mismos.

Y bueno, mientras yo sigo tratando de armar mi propio rompecabezas, tú estás leyendo los últimos párrafos que te he enviado para que puedas dar el visto bueno a todo lo que voy escribiendo. No sé exactamente qué espero que pase después de que leas, no sé tampoco si es un pretexto más para seguir conectada y no perderte la pista. Ahora sí se siente la distancia (lo que hace pensarnos a través de una frontera ¿no?). En México vivíamos a unas 10 horas y nunca pudimos concretar ese café, a pesar de que solo había que tomar ese camión y ya. Hoy, pensar en un encuentro se mira tan lejano, ahora que estás del otro lado y yo me he quedado aquí: observando.

¿Mantenerse en la línea?

No sé cuánto tiempo me lleve colocar cada una de las ideas que se me presentan constantemente. Hay días en los que la emocionalidad es mucho más latente y no consigo escribir sin derramar lágrimas o sin enojarme y terminar gritando por toda la casa, tratando de comprender en qué momento el sistema en el que vivimos nos ha llevado a cometer las más atroces injusticias, a ejercer dolor, control y poder sobre otros y otras.

Sus historias me atraviesan, tu historia me llena de rabia y de impotencia porque te pienso constantemente, porque pienso en lo que has tenido que vivir, en las luchas que has tenido que enfrentar, en lo que has tenido que dejar para lograr perseguir tus sueños. Y eso simplemente no sé cómo transmitirlo. ¿Cómo se logra escribir una vida?, ¿cómo la dotas de sentido cuando el propio piso académico pareciera que te empuja a la desensibilización? Miro a mi alrededor y todo pareciera ser una carrera, una constante acumulación de artículos, libros, tesis, puntos. Un camino que apunta a una producción desmedida y hasta innecesaria, que te (in)visibiliza en un pequeño gremio privilegiado que constantemente busca tu expulsión con sus procesos de selectividad minuciosos y tortuosos.

En fin, no quiero romantizar tu existencia ni tu historia, pero tampoco puedo permanecer ajena ni lejana, no sé qué hacer, no sé cómo denunciar, ser portavoz y mantenerme en la línea. Quizás ése sea el problema, quizás el seguir pensando en no traspasar esa línea es lo que me detiene y no deja que las palabras fluyan, trasciendan, resuenen, resistan y, sobre todo, transgredan.

LINAJE DE *PEANUT BUTTER* Y OTRAS HISTORIAS

Carolina Aguilar Román

La familia atrapada en el cable

El día que llegué para mudarme al que sería mi siguiente hogar, después de haber dejado Los Ángeles para empezar con una plaza de investigadora en la Universidad de Chicago, encontré el departamento polvoso, aunque nada que un trapo húmedo no arreglara. Recorrí el lugar y al llegar a mi nueva habitación me sorprendió que había un teléfono en el suelo. Era negro con cable, de esos que se estiran mucho sin romperse, me recordó a mi infancia. Me dio curiosidad, me acerqué. El departamento estaba completamente vacío salvo por el polvo y el teléfono. Levanté la bocina, escuché un ruido fuerte, como de interferencia mezclado con un rasguño a un globo. Estaba a punto de colgar cuando escuché entre todo el ruido que tenía línea, algo en la bocina no me dejaba escuchar bien, entonces colgué. No me gusta el ruido ni los decibeles altos, soy más de silencios.

En la noche, después de limpiar a profundidad el lugar, me metí a bañar y me recosté en la cama, volví a ver el teléfono. ¿Por qué tenía línea? Al rentar me dijeron que ningún servicio estaba incluido y a mí lo único que me importaba era contratar internet. Mientras pensaba en eso volví a levantar la bocina, el ruido había disminuido notablemente, ahora se escuchaba con toda claridad el tono de línea listo para marcar. De repente, con la bocina en mi oído y pensando en cuál compañía de internet contrataría, escuché varias voces. Me dio miedo, aunque reí nerviosamente, me dije que no era nada, seguro el cansancio de la mudanza. Así sin más, escuché claramente como alguien me decía: no cuelgues.

Era toda una familia que vivía en el teléfono, supongo que llevaban muchos años, ahí estaban: Luz, Pedro y sus tres hijas: Karla, Mónica y Julieta. Luz me contó que ella, su esposo y Karla, su hija menor, se habían ido a vivir a Chicago en 2005, no tenían papeles y no podían visitar a sus otras dos hijas que se quedaron a vivir en el Distrito Federal. En esa época no eran populares las videollamadas o la mensajería rápida al estilo WhatsApp, las familias se comunicaban por teléfono. En Estados Unidos abundaban tarjetas de teléfono para hablar a todo el mundo, de hecho, me contó Pedro que en su barrio de La Villita eran comunes las tiendas de tarjetas, locales que únicamente vendían tarjetas para hablar a cualquier parte del mundo. Luz me aclaró que esas tarjetas eran mucho más baratas que utilizar su propia compañía de telefonía de casa, Karla interrumpió a su mamá y dijo que había tarjetas de muchos colores, con nombres chistosos, como su favorita, Señor Frijoles.

Mónica agarró aire y en voz baja, con un tono triste mencionó que ella a veces quería hablar con su mamá y su hermana, pero era muy caro llamar por Telmex a Chicago, entonces tenía que esperar a que ellas le marcaran usando a Señor Frijoles. Julieta sollozó y suspiró profundamente, después nos dijo a todas, y por primera vez a su mamá y papá, que había días en los que se sentía triste y quería hablar con ellos, pero no podía, tenía que esperar y que en esos momentos deseaba que vivieran todas juntas, bajo el mismo techo. Irónicamente a los deseos de Julieta, ahora la familia entera vivía en el mismo cable.

Pasé más de tres horas hablando con ellas, al final de la charla me dijeron que antes de estar atrapadas en la línea, la familia se sentía en otro tipo de encierro al vivir sin documentos y separadas por las fronteras. Ya era tarde, casi la una de la mañana, así que me despedí y les di las gracias por querer hablarme y colgué. A la mañana siguiente mi mamá me dijo que acababa de pasar la basura y que había tirado un teléfono viejo que vio en mi cuarto. En ese momento me di cuenta de que no podría volver a hablar con esa familia, entonces, me vestí y salí a buscar una tienda vintage. No conocía la ciudad, pero sabía que, en Pilsen, un barrio

tradicionalmente latino, encontraría alguna tienda vintage, porque la gentrificación cada vez se acerca más.

Regresé al nuevo departamento y conecté el teléfono “viejo” que compré en *Pilsen Vintage*, y para mi sorpresa, esta vez, no había nadie atrapado en el cable. No desistí y ahora ando por la vida buscando teléfonos antiguos, mi intuición me dice que debe haber más personas atoradas en otros cables y estoy dispuesta a encontrarles.

La crueldad del transnacionalismo

Soy mi propia frontera

Mi propio policía, mi propio CBP, mi propia migra.
Tengo que salir de ahí, salirme de mis límites y recordar que al mismo tiempo soy y no soy. ¿Puedo dejar de ser mi propio policía y seguir siendo disciplinada?

Soy mi propia frontera

*Migration is not beautiful.
Migration sometimes, or at least for me is pain.
A lot of pain...I've been displaced from my family, from home, from being a teenager.*

Soy mi propia frontera

La *Migration* me hizo loca, es esa herida que no cierra *and actually, I don't know when is gonna heal.*

¿En algún momento se termina de sanar? ¿La vida es un sanar constante?

Soy mi propia frontera

¿Se puede ser abandonada? Se abandonan las cosas, no las personas ¿Será?
Have I been abandoned? Sí.

Trauma, *lot of trauma on the borders*, en las experiencias, *on the margins*, en la separación.

Linaje de Peanut Butter

Morí. Era finales de noviembre cuando mis venas se reventaron, pensé que se debía al embarazo y era algo parecido a romper fuente, ingenua. A partir de ese momento y durante las siguientes tres horas aprendería conscientemente acerca de materner. Aunque ya todos esos saberes me habían sido transmitidos cuando nació, junto con el trauma intergeneracional, también se me transmitió la fuerza, alegría y saberes de mis ancestras. Era mi turno de pasarle todo lo aprendido por mi linaje al pequeño ser que se gestaba dentro mío y que luchaban por salvarle la vida.

Un año antes de morir, mi familia se había reunido en México, fue todo un suceso. Por diferentes razones mi familia y yo vivíamos fuera del lugar en que nacimos. Mi mamá Flor y mi papá Enrique decidieron mudar nuestro hogar al norte, eligieron Phoenix y cruzando el desierto nos asentaron en aquella ciudad llena de cactus gigantes. Con el paso de los años

mis hermanas y yo emprendimos nuestras propias migraciones. Mi hermana Estela se enamoró de un francés y al cabo de unos años se fueron a vivir a París. Camila, la mediana de las tres, se convirtió en una reconocida bartender y el departamento de recursos humanos de un hotel en Dubai la contrató. Yo soy Francisca, la menor, me fui a estudiar el doctorado en Ciencias Marinas a Queensland, Australia, y me especialicé en medusas.

Vengo de una familia de mujeres migrantes, nacidas en Zacatecas, que tuvieron sus propias historias de mudar a la familia y hacer hogar en otros lugares. Antes de que mi agüe (mi Lupe), dejará su rancho, su mamá le contó un secreto: eres parte de un linaje ancestral de Crema de Cacahuate.

Mi Lupe se le quedó viendo a su mamá con cara de no te entiendo. Mi bisabuela la llevó a la cocina y le enseñó una lata, se la pasó y le dijo: ábrela y pruébala. Mi Lupe la abrió y encontró una pasta color marrón con sabor a cacahuate. El sabor le hizo alucinar, literal, tuvo un viaje de cacahuate. Su cuerpo se sentía ligero y vio mujeres, muchas mujeres, con ropas distintas, que hablaban en un idioma que no entendía, pero se sentía segura y amada por ellas. En su viaje, las mujeres, sus ancestras, le enseñaron a preparar Crema de Cacahuate y le revelaron que las mujeres del linaje de Crema de Cacahuate tienen como misión crear puentes y derribar muros para que la gente pueda vivir dignamente en el lugar que elijan, sin fronteras, sin restricciones.

En la época antes de que mi mamá y toda mi familia emprendiéramos el viaje a Phoenix, mi Lupe le dijo el secreto. Mi mamá se quedó viendo con cara de no te entiendo. Mi Lupe se la llevó a la cocina, tomó de la alacena un bote de vidrio y le dijo: ábrela y pruébala, eres parte de un linaje de Crema de Cacahuate. A pesar del viaje alucinógeno de cacahuate, mi mamá no tenía claro cómo cumpliría la misión de ayudar a construir un mundo sin fronteras. Todo cambió diez años después de mudarnos a Arizona; por no tener papeles, mi mamá había dejado pasar varias oportunidades de trabajo, así que poco a poco fue involucrándose con organizaciones que apoyan a personas migrantes. Sin proponérselo y habiendo olvidado todo acerca de su linaje ancestral, se volvió una líder del movimiento migrante. Una de sus principales demandas era cerrar los centros de detención e impedir deportaciones.

Por su activismo, mi mamá fue objeto de represalias, por eso ella y mi papá decidieron regresar a México. Una vez que se instalaron en la Ciudad de México, mis hermanas y yo decidimos ir a visitarles. Unos meses después de regresar, ya en Queensland, me enteré de mi embarazo. Una mañana fui en busca de muestras de medusas, siempre iba a la parte sur de la Gran Barrera de Coral y de regreso en el bote, me sentí mareada. No era normal, desde que empecé a bucear, nunca me mareaba. Esa misma noche me hice una prueba y confirmé lo que mi intuición me decía, tenía dos meses de embarazo. Durante los siguientes cinco meses, todo iba bien, en cada revisión mensual la ginecóloga decía que todo estaba en orden.

Cuando faltaban dos meses para dar a luz, mi mamá y papá viajaron desde México hasta Australia para estar conmigo el día del parto. Me sentía cómoda, querida, en familia, para seguir construyendo familia. Empezaba la última semana de noviembre y desperté en la madrugada, tuve un sueño diferente, se sintió como si estuviera despierta, pero drogada, como una alucinación de LSD. Había muchas mujeres cantando, hablando, cuidándose unas a otras, todas estaban preparando peanut butter. Vi a mi Lupe y a su mamá, ambas me decían que éramos parte de un linaje ancestral de Crema de Cacahuate y nuestra misión era crear puentes y derribar muros para vivir dignamente. En eso desperté sudando y vi cómo una vena de mi pierna se reventaba, pensé que se había roto la fuente. Desperté a mi novio y le grité a

mi mamá. La ambulancia llegó en ocho minutos y mis venas seguían rompiéndose, salía un líquido espeso, color marrón.

Llegando al hospital, la médica que me atendió fue directa, me dijo que había aire en mis venas, pensaba que era derivado de algún posible descuido en el equipo de buceo. Sin preámbulos dijo que no había “sangre” compatible con la mía, que nunca había visto algo así, dijo con su acento australiano *“that looks like peanut butter, there's nothing to do, sorry”*. No entendía qué pasaba, estaba en shock, me acababan de decir que, en lugar de sangre, tenía Peanut Butter (PB) en la sangre. Conocí la PB cuando llegamos a Phoenix, aunque mi Lupe me había hablado de una cremita cacahuatosa muy deliciosa, pero pensé que era fantasía y que no existía. En Arizona, descubrí la PB en diferentes formas: helado, malteadas, en la avena, en sandwich, en bolillo, en los licuados.

Desde que probé por primera vez la PB me enamoré, se sentía como un abrazo de mi Lupe, sabía a amor y cuidado. Ahora, años después y después de tres horas de venas reventándose, entendí todo. Entendí que las mujeres de mi familia me habían enseñado a cuidarme a través de comer PB, que somos migrantes, que nos maternamos unas a otras migrantes (aunque no lo queramos). En las últimas tres horas me conecté con mis ancestras y el dolor que me había causado crecer como migrante, se volvía aprendizaje. Conocer a todo mi linaje ancestral de PB me salvó. Entendí la importancia de los cuidados, del amor por y para mujeres. Parece mágico, pero, la Peanut Butter corre por nuestras venas y luchamos por un mundo sin fronteras.

SOBRE LXS AUTORXS

Alethia González

Licenciada en Antropología Social por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Maestra y Doctora en Sociología por el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Actualmente se desempeña como investigadora independiente y forma parte del Seminario de Fronteras, Migraciones y Subjetividades en el Capitalismo Contemporáneo (ICSyH-BUAP). Sus líneas de investigación son: Retorno, Generación 1.5, Régimen de Fronteras y de Deportación. pau.alethia@gmail.com

Andrea Itzel Padilla Mireles

Licenciada en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Maestra en Estudios Culturales por el Colegio de la Frontera Norte. Profesora de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de Baja California campus Tijuana del 2014 al 2018. Actualmente es estudiante del Doctorado en Estudios Críticos de Género de la Universidad Iberoamericana CDMX. andrea.itzelpm@gmail.com

Carolina Aguilar

Candidata a Doctora en Ciencias Sociales en el Colegio de la Frontera Norte (El Colef). Tiene una maestría en Estudios Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Navega entre la academia y el activismo. Ha escrito artículos académicos y varios capítulos de libro acerca de migración, ciudadanía, feminismo y agencia política. Carolina es aliada en la lucha del movimiento migrante en EUA y de la comunidad retornada/deportada en México. Sus líneas de investigación son: luchas migrantes, centros de detención y racismo. Como las y los compas zapatistas, sueña con un mundo donde quepan muchos mundos. carolina.aguilar.dcsr2018@colef.mx

Federica Ambra Psaila

Doctoranda en “Política Internacional y Resolución de Conflictos” de la Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra, Portugal, en colaboración con el Centro de Estudios Sociales (CES), tiene un Máster en Relaciones Internacionales de la misma facultad y licenciada en Lenguas, Literaturas y Estudios Interculturales en la Facultad de Letras de la Universidad de Firenze, Italia. Investiga sobre arte y frontera en el contexto disciplinar de las Relaciones Internacionales y cuestiones asociadas a las políticas del afecto y la ciudadanía. federicapsaila@gmail.com

Gabriela Pinillos

Investigadora posdoctoral en Ciesas-Sureste. PRONACES-CONACyT. Investigadora posdoctoral Seminario Migración, Desigualdad y Políticas Públicas 2018-2020 El Colegio de México. Coordinadora del Grupo de Estudios Fronterizos; miembro del Grupo de Trabajo CLACSO “Fronteras, movilidades, identidades y comercio”. Sus intereses se centran en comprender los procesos de construcción de ciudadanía y las movilidades, la relación con el Estado y los estudios críticos de frontera. Su experiencia se ha dirigido a estudiar el contexto entre México y Estados Unidos, y Colombia y Venezuela. gpinillosquintero@gmail.com

Lucía Cristina Ortiz Domínguez

Investigadora posdoctoral-CONACyT en El Colegio Mexiquense A.C. Profesora en la Universidad Autónoma del Estado de México. Forma parte de Estudios Fronterizos- Grupo de investigación sobre fronteras y migraciones; del Grupo de Trabajo CLACSO “Fronteras,

Movilidades, Identidades y Comercio”. Sus líneas de investigación son migración, jóvenes, ciudadanías, fronteras y etnicidades. luciaortizdom@gmail.com

Militza Pérez

Caraqueña que vive en el norte del sur del continente americano, con estudios en Relaciones Internacionales en la Universidad Central de Venezuela. El curso de la Maestría en Sociedade y Fronteiras en la Universidade Federal de Roraima, finalizado en 2021, tuvo como foco de investigación la movilidad forzada de venezolanos al Brasil, que a su vez fue la base para trabajar en el área humanitaria en la zona fronteriza entre ambos países. perez.militza@mail.com

Omar Vargas

Estudios de migración y fronteras. Doctorante por el Ciesas Sureste. Actualmente es parte del Colegio Internacional de Graduados (CIG) 2021-2022 “Temporalidades del futuro en América Latina: dinámicas de aspiración y anticipación”. o.vargas@cieras.edu.mx

Patricia Ramos

Después de 20 años de periodismo en la frontera sur, ha investigado el género en comunicación y la triada migraciones, comunicación y género en el sur del Ecuador. Tiene un Diploma en Género, Gestión y Desarrollo y una Maestría en Ciencias Sociales, mención Sociología, en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Ecuador, así como un doctorado en Ciencias Sociales y Políticas en la Universidad de Lieja, Bélgica. mpramos64@gmail.com

Yolanda Alfaro

Socióloga. Investigadora adjunta al Centro de Estudios Superiores Universitarios de la Universidad Mayor de San Simón (CESU-UMSS). Doctorado en Estudios del Desarrollo por Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Actualmente es co-coordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO “Fronteras: movilidades, identidades y comercio”. Sus actuales líneas de investigación son: migración calificada, movilidades académicas y científicas; memoria autobiográfica, narrativa y retorno. corredijolatortug@gmail.com

Yulliam Moncada

Licenciada en Comunicación Social por la Universidad de Los Andes Táchira, Venezuela, magíster Interdisciplinar en Estudios Latinoamericanos por la Universidade Federal da Integração Latino-Americana, Brasil. Oriunda de la frontera Colombo-venezolana, habitante actual de la frontera Foz do Iguazu (Brasil)-Ciudad del Este (Paraguay), periodista con más de 10 años de experiencia en medios impresos, actualmente es investigadora de fronteras con énfasis en las construcciones socioculturales de sus habitantes. yulliamm@gmail.com